

PETER ANDERSON

***LAS SOMBRAS DEL
VALLE DE LA LUZ***

Esta novela, distribuída bajo licencia Creative Commons, se puede encontrar en
<http://cultura-libre.blogspot.com>

Al final del libro encontrará más información sobre Creative Commons.

Opiniones: petertheprogrammer@gmail.com

CAPÍTULO 1

Seis y media de la tarde de un magnífico día de primavera. Daniel subía por la ladera de la montaña hacia la cumbre; llevaba mucho tiempo deseando subirla y ese día se cumplía su deseo. Sus piernas tenían la fuerza necesaria para subir tres montañas seguidas; se sentía fuerte y estaba dispuesto a no descansar hasta llegar a la cima.

- Eh Dani, no vayas tan rápido -le gritó su amigo Alejandro desde más abajo.

Daniel y Alejandro eran dos jóvenes de veinte años, tenían una gran afición por el senderismo, alpinismo y, por regla general, por todas las actividades físicas relacionadas con la naturaleza.

- Ahora estoy en racha -respondió Daniel entusiasmado por el ritmo que llevaba-. Te espero un poco más arriba.

- Vale.

Daniel continuó con el ascenso hasta llegar hasta un pequeño llano desde el que se divisaba un bello paisaje. Bastantes metros más abajo se veía a Alejandro subiendo con más dificultad de lo normal en él. «Tengo tiempo» se dijo Daniel. Comenzó a andar hasta el otro extremo del llano donde se divisaba el comienzo de un bosque lleno de maleza. «Qué cantidad de vegetación hay en este lado de la montaña» pensó Daniel, al que siempre le gustaba analizar los detalles aunque parecieran insignificantes. La curiosidad le impulsó a entrar en el bosque; la parte por la que había subido no tenía árboles y ver vegetación siempre le causaba curiosidad.

Daniel comenzó a andar por el poco sitio que quedaba entre las ramas de los árboles y la espesa maleza que había. Estuvo unos cinco minutos andando al paso más ligero que le permitía aquel bosque hasta que se detuvo de repente. Había llegado a un claro y allí había una especie de cueva. «Vaya, esto tiene que ser interesante» pensó, tras lo que se acercó a explorarla. Llegando a la entrada se dio cuenta de que más que una cueva era una sima ya que, a los pocos pasos había un gran agujero en el suelo del que no se veía el final. Daniel cogió una piedra y la lanzó para calcular la profundidad; esperó hasta dos minutos sin oír el ruido de la piedra; era increíble. Lanzó otra piedra y obtuvo igual respuesta: silencio absoluto. Daniel no se lo creía, se dio la vuelta dispuesto a avisar a Alejandro de semejante descubrimiento, sin embargo, al dar la vuelta perdió el equilibrio; lo que, unido a una fuerte bocanada de viento le hizo precipitarse en la extraordinaria sima.

Infinidad de recuerdos e imágenes llegaron a la mente de Daniel mientras caía por la oscura sima durante los primeros siete u ocho segundos de caída; después perdió el conocimiento a causa de la misma ansiedad producida por la, al parecer, cercana muerte que le aguardaba.

CAPÍTULO 2

Daniel abrió los ojos, retiró el pelo rubio y lacio que le caía por la cara impidiéndole ver. Cuando vio lo que había delante de él no se lo creía: un paisaje totalmente diferente a cualquier otro que hubiera visto en su vida; veía flores que no conocía, árboles que ni siquiera había imaginado, el olor que se respiraba en el ambiente era desconocido y a la vez embriagador e incluso el cielo parecía tener una tonalidad azul mas intensa de lo normal.

Daniel comenzó a recordar como había llegado hasta allí. ¿Cómo había perdido el equilibrio de esa forma tan absurda? ¿Qué había sido el viento tan fuerte que le terminó de tirar a la sima? ¿Cómo era posible que después de una caída como lo que había tenido no se hubiera matado y, aparentemente, tampoco herido? Todo era como mágico para Daniel; el suelo estaba cubierto de suave hierba y junto a el pasaba un arroyo con agua cristalina.

Se echó agua en la cara para cerciorarse de que todo lo que veía y sentía era cierto. De repente, apareció algo totalmente inesperado para él: una muchacha delgada, de rostro entre pálido y rosado estaba ante sus ojos. La joven tenía la apariencia de una joven normal con la excepción del color de la piel y los finos rasgos que se dibujaban en su rostro inmaculado. Tenía largo pelo rubio y ojos azules, de un azul como ese cielo que se encontraba por encima de ambos; un azul tan intenso, tan profundo, que para Daniel era imposible retirar la mirada de esos ojos.

La muchacha miraba fijamente a los ojos color miel de Daniel, quien se sentía todo lo débil que se puede sentir una persona. Sentía que ninguna parte de su cuerpo respondía, como si fuera preso de un veneno paralizante que le inutilizara por completo. Daniel comenzó a sentir algo en su cabeza, algo similar a martillazos. La muchacha seguía inmóvil, mirándole a los ojos con rostro sereno.

Daniel comenzó a distinguir algo entre esos martillazos que venían a su cabeza; eran letras. Vocales, consonantes, letras desordenadas que le asaltaban su cabeza.

krod, txlhq hv xvwhg

wlhqh dojxq sureohpd

gljdphor b oh dbxgduh hq or txh sxhgd

Daniel estaba perplejo, no conseguía entender por qué esas letras iban a su cabeza sin motivo; por otro lado no conseguía pensar con claridad, no podía dejar de mirar esos ojos en los que le parecía

hundirse más y más y que parecían no tener fin.

- ¿Quién eres? -preguntó Daniel con una voz que salió casi ahogada.

Daniel observó en el rostro de la muchacha una expresión de asombro que, no obstante, no desfiguraba su expresión de serenidad.

- ¿Por qué usa el lenguaje hablado? ¿Quién es usted? -preguntó la muchacha con una voz dulce y suave, una voz similar a un susurro.

- Me llamo Daniel y no conozco otro medio de expresión -respondió Daniel usando también un tono de voz bajo y sorprendido por lo que oía.

El rostro de la joven se llenó aún más de asombro.

- ¿De qué parte del valle es? -le preguntó la muchacha con curiosidad.

- ¿Valle? Este sitio es totalmente desconocido para mí, me caí en la sima de una cueva y ni siquiera sé como he llegado hasta aquí.

La joven se sorprendió aún más. En su cara sólo se veía un atisbo de la serenidad que impresionó a Daniel en un primer momento.

- Le llevaré a Somper -dijo la muchacha, que conservaba el suave tono de voz.

Daniel no tenía ni idea de lo que era eso; pero la muchacha le inspiraba confianza y decidió ir con ella.

Durante treinta minutos siguieron un camino atravesando un bosque; la paz se palpaba en el ambiente. No había suciedad por ningún lado, los únicos ruidos que se podían escuchar eran el de los pájaros cantando y el de un arroyo lejano que traía el relajante sonido del agua. Daniel estaba sobrecogido por el lugar; él era un amante de la naturaleza, pero en sus muchas excursiones nunca había visto un sitio como ese. Veía animales totalmente desconocidos para él, cantos de pájaros que parecían estar ensayando para una gran actuación. La muchacha le acompañaba en silencio con sus finos rasgos y elegancia en sus movimientos.

- ¿Puedo preguntarte algo? -inquirió Daniel en voz baja, sin querer romper la paz del paisaje.

- Sí -se limitó a contestar la muchacha.

- Antes me preguntaste por qué usaba el lenguaje hablado; ¿Es que existe otro?

- Sí. El lenguaje de la mente -respondió la joven mirándole a los ojos.

Daniel volvió a experimentar algo parecido a la sensación de la primera vez. Cuando miró de nuevo los ojos de la muchacha, volvía a estar paralizado e imbuido en esos ojos azules. Las letras volvieron a asaltar su mente, aunque en esta ocasión Daniel podía distinguir tonos interrogativos en estas letras.

hv ho ohqjxdmh txh oh kdeor dkrud
qr ph sxhgh hqwhqghu éyhugdg?

- Esas letras que retumban en mi mente... -dijo Daniel sin poder dejar de mirar los ojos de la joven.
- Es el lenguaje de la mente ¿verdad? -prosiguió Daniel.

v/

Daniel entendió el significado de esas dos letras. No sabía cómo lo había podido entender, no podía explicar cómo lo sabía, pero sabía que significaba "sí".

La muchacha comenzó a escuchar palabras en su mente, era Daniel que le hablaba:

ésru txh xvdv ho ohqjxdmh gh od phqwh?
(¿por qué usas el lenguaje de la mente?)

Daniel sintió la respuesta de la joven:

sdud qr prohvwdv d odv rwudv fuldwxudv
(para no molestar a las otras criaturas)

Las palabras volvieron a la mente de la joven:

dxq qr vh wx qrpeuh
(aún no sé tu nombre)

- Shela -contestó la joven con un susurro.

Después de esto reanudaron el paso, el caminó salió del bosque llegando a una encrucijada, en la que se podían leer las siguientes direcciones: Somper, Tudmin, Jedmen, Ralen y Las Tierras Desconocidas.

Siguieron el camino hacia Somper.

CAPÍTULO 3

Transcurrieron unos siete minutos de camino entre sembrados, pastos y bosquecillos hasta llegar a Somper.

La sorpresa de Daniel fue enorme al entrar en el pueblo. No había automóviles ni ningún rastro de tecnología, todo era similar a tiempos antiguos; además, la forma de las casas era muy extraña. Eran edificaciones hechas de piedra, con un tejado que terminaba en punta y que caía en ocho lados.

Daniel observó a las personas: ancianos, jóvenes, niños... Las mujeres vestían ropas similares a las de Shela, vestidos largos, delicados, de tejidos finos y con colores claros. Los hombres con unas ropas extrañas para lo que Daniel estaba acostumbrado a ver.

Todo el mundo lo miraba, era evidente que Daniel desentonaba con el entorno; él llevaba unos viejos pantalones cortos de color negro, camiseta de color celeste y zapatillas deportivas.

El silencio del campo se había disipado; en el pueblo se podía escuchar a los vendedores de un mercado ambulante anunciando sus productos, además de los niños jugando y comentarios acerca de quién sería ese joven de ropa tan extraña, que no habían visto nunca y que ahora estaba en su pueblo. Daniel podía escuchar los comentarios pero no les dio mayor importancia; aunque seguía perplejo, tenía la sensación de estar en un sueño muy profundo del que despertaría más tarde o más temprano.

Llegaron a una casa grande, muy cuidada; con varios árboles junto a la puerta de entrada. Shela hizo pasar a Daniel.

La decoración de la casa hacía pensar que, dentro del estilo antiguo y humilde que tenía el pueblo, la casa era de alguien importante. La serenidad se respiraba de nuevo en el ambiente. A petición de Shela, Daniel se sentó en una silla mientras que la joven iba a otra parte de su casa.

Daniel tuvo tiempo de pensar durante los, aproximadamente, cinco minutos que Shela tardó en volver. Pensó en las extrañas circunstancias que se produjeron en la montaña antes de caer en la sima; la pérdida del equilibrio al darse la vuelta, el viento que le precipitó hacia la caída, la pérdida de consciencia que experimentó en plena caída y la, al parecer, ausencia de daño en él. Todo ello le hacía concluir que o bien era un sueño, (que era muy real), o que algo poderoso le había llevado hasta allí.

Cuando Shela llegó con su madre se encontraron la cara meditativa de Daniel, quien estaba tan absorto en sus pensamientos que ni siquiera se percató de su llegada.

- Madre, este joven es el señor Daniel -dijo Shela.
- Hola, me pueden tutear si lo desean -dijo Daniel después de incorporarse, como no sabiendo que decir ni hacer.
- Encantada de conocerte Daniel, mi nombre es Ashla, soy la madre de Shela y esposa de Tander.
- Mucho gusto -dijo Daniel, sorprendido por la ausencia de contacto físico para el saludo que había visto tanto en el saludo de Ashla como en el anterior de Shela.
- Mi hija me ha contado las extrañas circunstancias en las que te encontró; además, por tus vestimentas es evidente que procedes de un lugar y cultura distintos a los nuestros.
- Sí -exclamó Daniel tomando aire, cuando iba a proseguir con el relato de cómo había llegado hasta allí miró a Shela y sintió palabras en su mente:

*qr hv qhfhdulr txh uhodwhv od klvwruld dkrud
hvshud d od oohjdgd gh pl sdguh*

Daniel se detuvo sin decir nada más, mirando a Ashla. Una débil sonrisa se dibujo en la cara de Ashla antes de continuar.

- Muy bien, estás invitado a almorzar. Espero que puedas aceptar la invitación y así podrás conocer a mi marido.
- Sí, acepto su invitación gustosamente -respondió Daniel intrigado; esa leve sonrisa en ese rostro calmado había despertado en él una gran curiosidad. Era como si Ashla comprendiera por qué él estaba allí; al menos esa fue la sensación que le causó a Daniel.
- Te ruego que me disculpes, tengo que preparar algunas cosas para que el almuerzo esté hecho a tiempo -dijo Ashla antes de irse.

Ashla salió de la habitación por la puerta por la que había entrado. Daniel miró a Shela y en su delicado rostro pudo ver una sonrisa, una sonrisa de alegría que causó en Daniel un efecto tranquilizador; en ese ambiente ajeno eso era lo que más necesitaba.

Eran alrededor de las doce del mediodía.

CAPÍTULO 4

Sobre la una y media llegó un hombre de unos cincuenta y cinco años, con cara serena, pequeños ojos verdes y amplia barba marrón. Era Tander, el padre de Shela.

Shela fue a abrir la puerta a su padre y le contó la historia de Daniel. Tander entró por la puerta de la habitación, se acercó a Daniel, quién se incorporó y le saludó.

- Me llamo Tander, es un placer conocerte Daniel.

- Lo mismo digo señor.

- Me han contado algo de cómo apareciste, supongo que no te importará relatarme los detalles después de almorzar -dijo Tander con gesto interrogante.

- Claro que no, se los contaré con mucho gusto.

Unos cinco minutos después ya estaban almorzando. En la mesa estaban Daniel, Shela, Ashla, Tander y Kimal, la hermana de Shela, de unos nueve años. La comida era una carne bastante dura y de color oscuro, junto con una ensalada y de postre una fruta que no había visto en su vida, de color anaranjado. Durante casi toda la comida hubo un silencio absoluto sólo interrumpido por unas cuantas protestas de Kimal a causa de unas discusiones que había tenido con sus amigas.

Después de comer Tander instó a Daniel a que relatara como había llegado hasta allí. Daniel contó con todo detalle como llegó hasta el sitio donde Shela lo encontró.

Cuando terminó el relato Daniel observó las expresiones de los rostros. El de Ashla era de incredulidad, el de Shela de ilusión, incluso le brillaban los ojos como si estuviera viendo algo sobrenatural, algo sólo propio de los cuentos y las leyendas. Sin embargo, el rostro de Tander tenía cierta tonalidad de desasosiego y preocupación.

Unas palabras vinieron a la mente de Daniel procedentes de Tander:

¿sxhghv hqwhqghu or txh slhqvr dkrud?

(¿puedes entender lo que pienso ahora?)

La respuesta de Daniel se hizo sentir en Tander:

vl, shur qr vh frpr

(sí, pero no se cómo)

El rostro de Tander demostró que la comunicación mantenida con Daniel mediante el lenguaje de la mente implicaba un significado profundo; un significado que escapaba a la mente de todos excepto la de Tander. Daniel percibió el gesto de Tander.

- ¿Ocorre algo malo? -preguntó Daniel con preocupación.

- No joven, no te preocupes. Simplemente me ha extrañado que si no conocías el lenguaje de la mente lo hayas aprendido como por arte de magia -respondió Tander intentando ocultar su intranquilidad.

- Padre, cuando lo encontré no entendía el lenguaje de la mente, posteriormente lo aprendió -intervino Shela.

- ¿Se lo enseñaste tú? -inquirió Tander manteniendo el tono tranquilo de la conversación.

- No, lo aprendió solo -dijo Shela con la mirada ausente, como reparando en la extraordinaria manera en la que Daniel había aprendido el lenguaje de la mente.

- La primera vez que me habló no entendí nada; pero después comencé a comprenderlo y a poder comunicarme sin saber bien de qué manera lo había aprendido -aclaró Daniel.

El silencio se hizo durante unos dos minutos, cada uno discurría en sus propias hipótesis sobre la extraña forma en la que Daniel había aprendido el lenguaje de la mente, exceptuando a Kimal que jugaba en el suelo con una de sus muñecas.

- Supongo que te sentirás algo desorientado en este lugar -dijo Tander dirigiéndose a Daniel-, puedes permanecer aquí mientras buscamos una explicación a todos los interrogantes que nos asaltan y hallamos la forma de que vuelvas a casa.

- Gracias por su amable invitación -dijo Daniel aliviado. El verse solo en un lugar desconocido siempre había sido algo temido por él, y ese lugar era el más distante de su país de lo que podía imaginar.

Sobre las dos y media Tander se dispuso a salir de la casa.

- Ahora debo irme, he de hacer algunas averiguaciones -dijo Tander, pensativo.

Daniel, que se encontraba sentado en una silla, se incorporó rápidamente.

- Si lo desea iré con usted y le ayudaré en lo que pueda -se ofreció Daniel con aire servicial.
- Gracias, pero no es necesario. Debo hacerlo yo mismo -exclamó Tander antes de irse.

Daniel volvió a la silla, se encontraba fuera de lugar, sin saber que hacer. Ashla se encontraba en la cocina fregando los platos, vasos, cubiertos y cacerolas, Kimal seguía con sus juegos y Shela permanecía en la silla que estaba junto a él. Daniel quería preguntarle algo acerca de esa tierra donde se encontraba, pero no sabía qué preguntar exactamente ni como expresarlo. Shela pareció leerle el pensamiento.

- Supongo que querrás saber donde te encuentras -le dijo Shela con su tono sereno y suave de voz.
- Daniel asintió con la cabeza.

- La tierra donde vivimos se llama el valle de la luz, hay cuatro poblaciones que habitan en este valle. Además de Somper, donde nos encontramos, están Tudmin, Jedmen y Ralen. Somper es la población más grande de todas; además, en cada una de ellas hay sabios que legislan las leyes e imparten justicia. Mi padre es uno de ellos.

- ¿Qué hay más allá de este valle? -preguntó Daniel intrigado.
- Nadie lo sabe, se dice que algunos marcharon para conocer esos lugares y nunca volvieron. Nosotros las llamamos Las Tierras Desconocidas -le explicó Shela con gesto melancólico.

Daniel observó en el rostro de Shela una sensación de pérdida, una sensación de desconocimiento que, al parecer, la turbaba en cierta medida. Miró a lo profundo de sus ojos y pudo leer en ellos todas esas sensaciones que Shela experimentaba. Ella le devolvió la mirada e igualmente pudo sentir unos profundos sentimientos de desconcierto y soledad en Daniel.

Ambos permanecieron mirándose a los ojos durante horas, descubriendo cosas acerca del otro. Era como conocerse profundamente sin necesidad de conversación.

CAPÍTULO 5

Tander llegó a un gran edificio hecho de piedra tallada y con multitud de adornos en su fachada. Entró en él, atravesando un pasillo y llegando hasta un amplio patio interior en cuyo centro se encontraba un gran árbol. Junto al árbol había varios hombres, todos ellos de cierta edad y vestidos con ropas de color gris oscuro. Todos ellos tenían barba y en sus rostros se apreciaban gestos de preocupación, se encontraban sentados en viejas y ornamentadas sillas de madera.

Tander se sentó en una silla. Algunos le miraron, otros continuaban absortos en sus pensamientos.

- La situación empeora -dijo uno de ellos-, hemos tenido constancia de más hurtos y mentiras; así como de una actitud de codicia que se está extendiendo por todo el valle. Incluso ha habido disputas violentas debido a asuntos triviales como el ganado, las tierras o las diferentes costumbres de las familias.

- ¿Quién habrá podido introducir estas actitudes entre la gente del valle? -inquirió otro-. Todo esto viene pasando desde hace cinco días y cada día empeora.

- Hemos de estudiar nuestro libro sagrado, puede que en él se predigan estos acontecimientos -opinó Tander.

Varios de ellos, incluido Tander, se dirigieron hacia una vieja puerta de madera de color corinto desgastado. Introdujeron una gran llave y accedieron al interior de la habitación. El interior era impresionante, la habitación era inmensa y había viejos libros en todos lados. Era imposible ver ninguna pared debido a las estanterías llenas de libros que alcanzaban hasta donde terminaba la pared y comenzaba el techo, a unos treinta metros de altura.

Tander tomó un viejo libro, titulado *El valle de la luz, origen y destino*. Era un libro grande y muy viejo. Comenzó a leerlo minuciosamente por el índice; en él se indicaba que el libro no debía ser consultado a no ser que la situación realmente lo requiriera; una buena muestra de ello es que en toda su vida no se había consultado y el aspecto del libro daba prueba de que no se había tocado en mucho tiempo.

Tander comenzó a examinar el índice del libro; confiaba ciegamente en ese viejo libro escrito en

tiempos inmemoriales por no se sabía quién. Encontró varios capítulos en el libro hasta llegar al que, aparentemente, contenía la respuesta a todas las incógnitas que asaltaban la mente de todos los sabios.

De los dioses

El origen de la tierra

El valle de la luz

Las tierras oscuras

La pérdida

Las sombras del valle de la luz

Al encontrar este capítulo, Tander dejó de mirar el índice y se dirigió a él:

Llegará el tiempo en el que el valle de la luz experimentará el temor, la duda, la codicia, la mentira, el egoísmo y el desconcierto. Todos estos males se sembrarán en la tierra del valle de la luz, las circunstancias empeorarán, nadie estará seguro. La desconfianza se generalizará; la semilla del odio y el rencor se extenderán como el viento esparce las semillas. Nadie podrá escapar.

Tander dejó de leer, un temor lo invadió. Era consciente de que se comenzaban a enfrentar a una situación terriblemente desconocida y cruel que las, hasta ahora, pacíficas gentes del valle de la luz no habían acertado a imaginar ni siquiera en sus peores pesadillas. El capítulo proseguía explicando las malas condiciones y diciendo que una fuerza maligna, superior a la malicia que pudiera tener cualquier mortal, era la que se había encargado de extender esta maldad por el valle de la luz.

Tander se remitió a los capítulos anteriores para intentar determinar el por qué de esta fuerza maligna y su procedencia.

Tras cinco horas de exhaustiva investigación ayudado por otros sabios, Tander halló respuesta a muchas preguntas. Descubrió que el origen de la malicia que ahora se extendía por el valle eran antiguos hombres nobles, que recibieron de los dioses *La piedra plateada*, que les confirió la inmortalidad y un gran poder. Este poder les había corrompido y se habían vuelto seres malvados, que disfrutaban con la muerte y el sufrimiento ajeno. Sin embargo, había una manera para acabar con su inmortalidad: si alguien era capaz de llegar a *La fortaleza de la tinieblas* y conseguía llegar hasta el

último cuarto de ella, podría destruir *La piedra plateada*, donde residía la fuerza de la inmortalidad de estos seres.

Otro aspecto más se veía aquí implicado; estos seres en su afán de más poder y dominación habían acabado con el rey del valle de la luz. El libro relataba como desde el principio había existido una línea real que había ejercido el reinado con justicia e imparcialidad. Sin embargo, en un viaje del rey a las tierras oscuras (o tierras desconocidas) estos seres se habían encargado de encerrarlo en las cavernas de su fortaleza hasta morir. Hicieron llegar un comunicado a las gentes del valle en el que, haciéndose pasar por el rey, manifestaban su renuncia a la corona así como la imposibilidad de que su descendencia la continuara y en el que, como última ley, prohibió toda mención de la corona para siempre. Por lo que la generación actual no había llegado a tener conocimiento de ese pasado. Toda esta parte estaba escrita en tiempo futuro, aunque incorporaba la línea genealógica de los primeros reyes.

- Hemos de hallar al hombre de la descendencia real -exclamó uno de los sabios que había analizado el libro.

- Él debe resolver esta situación -dijo otro.

- No nos precipitemos -dijo con tono pausado uno de los más ancianos-, puede que el libro contenga el papel que el rey debe desempeñar.

Se dirigieron al índice, dirigiendo sus miradas hacia el siguiente capítulo.

El elegido

Cuando el avance de las sombras en el valle de la luz parezca imposible de detener surgirá un hombre. Será de apariencia débil, como la de un muchacho, pero su espíritu será fuerte y su corazón puro. Procederá de un lugar lejano y su llegada será sin aviso previo. A él está destinada la tarea de liberar al valle de la luz, sólo él podrá enfrentarse a tan maligna fuerza.

- ¿Quién podrá ser? -preguntó uno de los ancianos-. Nadie de fuera del valle ha venido nunca a estas tierras.

- Yo creo que sé quién puede ser -dijo Tander solemne.

Todos los ancianos dirigieron sus miradas hacia Tander; la intriga se había adueñado de la mente de cada uno de ellos.

- Mi hija encontró hoy a un muchacho en el llano del aljibe. No es del valle, sus ropas son diferentes y ni siquiera conocía el lenguaje de la mente cuando mi hija lo halló, aunque lo aprendió enseguida sin ninguna explicación aparente.

- ¡Eso es imposible! -exclamó uno de los ancianos-. Nadie en semejante situación puede comprender ni acometer empresa de tal magnitud.

- Lo predice el libro sagrado -le respondió otro-. Debemos asegurarnos de encontrar a alguien de esas características y comprobar que es el verdadero elegido.

- ¿Y qué hay del papel del rey? Él tendrá que ver algo en todo esto, -interrumpió uno de los que antes había sugerido buscar el descendiente en la línea genealógica real.

Decidieron seguir leyendo en el libro sagrado para obtener más información acerca de lo que debían hacer.

El elegido sólo podrá ser reconocido por una persona, una persona cuyo corazón sea puro y en cuya mente no haya malicia. A los ojos de los hombres será tan sólo una niña sin valor, pero esta guardará más sabiduría que la unión de todos los reyes y sabios habidos y por haber. Su corazón dictará la identidad del elegido.

El libro también incluía las primeras generaciones de la línea genealógica de la familia a la que la niña pertenecería. Después de ver esto siguieron leyendo para ver si el libro daba instrucciones acerca del papel del rey.

El descendiente legítimo del último rey del valle de la luz no deberá ser hallado hasta después de ser conocida la identidad del elegido, los acontecimientos entonces se precipitarán como la inexorable lluvia de una fuerte tormenta sobre el vasto campo. Deberá estar preparado para lo peor, pues tiempos no gratos le aguardan.

- Yo creo que lo correcto sería buscar en primer lugar a la niña y una vez que sea hallada llevaremos a los posibles candidatos para que descifre al verdadero elegido. Pienso que el libro transmite ese pensamiento -opinó Tander.

- Creo que es una buena idea, debemos extender la noticia por todo el valle para que si alguien conoce

a un hombre que coincida con la descripción pueda comunicárnoslo y nosotros lo llevemos ante la niñita -opinó uno de los más ancianos.

- ¡Que se difunda, por tanto, la palabra de que buscamos a un joven extranjero! Todo el mundo debe saberlo -concluyó otro.

Muchos de los sabios salieron entonces del edificio, hacia las plazas públicas para comunicar la noticia al pueblo, también enviaron mensajeros a las poblaciones de Tudmin, Jedmen y Ralen. Sin embargo, otros permanecieron allí, escrutando los libros de registro en busca de la familia de la niña anunciada en el libro sagrado.

CAPÍTULO 6

Daniel y Shela salieron de la casa. Shela había descubierto en los ojos de Daniel que él era una persona tremendamente introvertida, alguien que pensaba que revelar sus sentimientos no merecía la pena; su humildad llegaba al mismísimo punto de menospreciarse. La muerte de sus padres cuando él era tan sólo un niño de cinco años había contribuido a ello.

Daniel también había descubierto muchas cosas acerca de Shela. Aunque él no acababa de creerse todo lo que le estaba pasando. No comprendía cómo era posible comunicarse con los demás mentalmente, ni como había podido aprender ese lenguaje como por arte de magia, ni como ahora era capaz de descubrir cosas acerca de Shela con sólo mirarle a los ojos; pero lo que más le desconcertaba era la sensación que sentía cuando miraba a los ojos de Shela, era como si algo sobrenatural estuviera envuelto en sus miradas.

Dieron un paseo por los campos cercanos; los campos estaban cultivados y había agricultores labrándolos, algunos de ellos discutían acaloradamente entre ellos.

- No sé qué pasa -confesó Shela con aire triste-, hace varios días que las gentes del valle tienen una actitud egoísta, agresiva y violenta con los demás. No sé qué puede estar pasando.

- ¿Desde hace varios días? -preguntó Daniel extrañado-. En mi país es común todo eso. Sé que es triste, pero es común.

- Para nosotros es algo totalmente desconocido, esta situación nos desconcierta y appena -respondió Shela bajando la mirada.

Ambos continuaron caminando de vuelta a Somper, Daniel estaba disfrutando de ese paseo, no sólo por el maravilloso paisaje y las extrañas especies vegetales, sino por la compañía de esa muchacha tan agradable que con tan fina educación y modales le acompañaba. Desde que perdió a sus padres Daniel se había convencido de que no necesitaba a nadie y que tenía que hacer su vida solo. Sin embargo ahora un nuevo sentimiento le invadía y desconcertaba.

CAPÍTULO 7

Tander llegó a su casa pasadas ya las diez de la noche. Shela, Ashla y Daniel le esperaban despiertos.

- Fue un día duro, ¿verdad? -se interesó Ashla mientras le servía el plato de comida.
- Sí, hemos hallado a respuesta de muchos interrogantes, aunque muchos otros quedan por averiguar; tuvimos que recurrir al libro sagrado -respondió Tander con tono de voz cansado.

Ashla y Shela se quedaron perplejas, para ellas el libro sagrado era conocido por los relatos de sus antepasados, pero nunca imaginaron que sería consultado, y menos aún por alguien tan cercano. Daniel sin embargo, no captó la magnitud de la situación.

Tander por otro lado se hallaba cansado aunque satisfecho, ya que había conseguido averiguar muchas cosas; entre ellas la familia de la niña predicha.

- Ahora buscamos a un hombre predicho, un elegido. Mañana os lo relataré con más detalle. Pero lo que está claro es que vivimos en tiempos cruciales para la identidad del valle de la luz.

Tander había creado expectación con sus palabras. Todos se miraban entre sí pensando en la magnitud de esta nueva situación o incluso el riesgo que corrían.

Daniel comenzó a sentir la mirada de Tander y unas palabras en su cabeza:

wx sxhghv vhu ho hohjlgr, txladv hvh vhd ho prwlyr sru ho txh hvwdv dtxl

(tú puedes ser el elegido, quizás ese sea el motivo por el que estás aquí)

Daniel se sorprendió de lo que le dijo Tander, no podía entender cómo podían creer en antiguas profecías ni pensar que él iba a ser un elegido. Él, "el Dani", ¿en qué cabeza cabría esperar algo de él?

- Acompaña a Daniel al cuarto de invitados -ordenó Tander a Shela interrumpiendo los pensamientos de Daniel.

Shela acompañó servicialmente a Daniel hasta un cuarto en la planta de arriba de la casa. Llevaba una lámpara de aceite en la mano que le servía para iluminar vagamente por donde andaba; al llegar a la habitación le dio la lámpara a Daniel.

- Que tengas una buena noche Daniel -le deseó con una cálida sonrisa.

- Gracias, que descanses -respondió Daniel.

Daniel entró en la habitación, el suelo de madera crujía levemente al peso de sus pasos. Había una cama de tamaño normal en un rincón de la habitación y, junto a ella, una pequeña ventana que daba a la calle, por la que se veía como comenzaba a llover y donde ningún alma quedaba ya. «Mañana será otro día» se dijo Daniel suspirando tras lo que se acostó, pensando que quizás al día siguiente se levantaría en su casa, o en un hospital o ni siquiera despertaría.

CAPÍTULO 8

Los rayos de sol penetraban por la ventana y llegaban hasta la cara de Daniel, quien comenzó a despertarse sintiendo la luz sobre sus ojos y la calidez sobre su cara. Bajó las escaleras y se encontró con Ashla.

- Buenos días Daniel -le dijo con una media sonrisa.
- Buenos días -respondió Daniel con los ojos aún medio cerrados.
- Siéntate ahí, ahora te sirvo el desayuno.

Daniel se sentó en una silla junto a la mesa, la casa estaba en calma, fuera se escuchaba el ruido de la gente al pasar. Daniel se miró, sin duda desentonaba con el entorno. Pensó que le vendría bien una ducha y cambiarse de ropa, pero le parecía atrevido sugerirlo. Ashla llegó con un vaso de leche y unas rebanadas de pan grueso.

- Shela se fue al mercado para comprar algunas cosas. Cuando desayunes si quieres puedes ducharte, yo te proporcionaré ropa limpia que tejí ayer para ti.

Esa frase desconcertó a Daniel. Ashla había dedicado el día anterior a hacerle ropa. ¿Significaba eso que esperaban que permaneciera mucho tiempo allí? ¿Qué esperaban de él? Por otro lado quizás en su tierra lo echaran en falta. Pensó en su tío y su tía con quienes vivía y también en Alejandro, la última persona que había visto antes de la caída y la llegada al valle de la luz. Finalmente concluyó que no le echarían mucho en falta.

Daniel desayunó, se tomó la leche sola y el pan con aceite. Ambas cosas tenían un sabor especial, tan especial que si no hubiera sido porque lo sabía previamente hubiera jurado que eso no era leche.

- Agua caliente ¿verdad? -le preguntó Ashla desde la cocina.
- Sí.

Ashla calentó una olla de agua y llevó a Daniel hasta un pequeño cuarto que había junto al patio; cerrada la puerta la única iluminación de la que constaba era una pequeña ventana que se encontraba en un extremo del cuarto. En el suelo una bañera de piedra daba sensación de frialdad.

Daniel se duchó de la única forma que tenía, usando una jarra para coger el agua y mezclándola con la que sacaba de otra olla de agua, fría . Después de vestirse con esas extrañas ropas de tonos marrón oscuro y gris le llevó las ollas a Ashla quien le dijo que Tander le había pedido que fuera al *keshta*, el centro de los sabios, porque quería hablar con él.

Después de algunas explicaciones para llegar hasta allí Daniel salió de la casa.

CAPÍTULO 9

Daniel atravesó gran parte de Somper, pudo ver por sus calles de piedra a mucha gente, entretenida con quehaceres cotidianos, con animales y carretas; algunos de los cuales discutían sobre asuntos triviales. De todas maneras, la sensación general era de paz en comparación a la ciudad atestada a la que Daniel estaba acostumbrado.

Después de un rato caminando llegó al keshtal. Entró por una enorme puerta que se encontraba abierta, un gran pasillo le esperaba, había en él algunos hombres, ataviados de ropas aún más extrañas que las que usaban allí; muchos hablaban entre ellos, otros tantos se hallaban en un estado de concentración.

Tander vino desde el fondo del pasillo y saludó a Daniel.

- Buenos días, como sabes leímos el libro sagrado, y él nos indicó que había un elegido, un hombre que está destinado a liberar al valle de la luz de estas maldad que nos está invadiendo -dijo Tander mientras Daniel no perdía detalle de sus palabras-. Ahora sólo falta que la niña predicha en el libro desvele la identidad del hombre elegido. Muchos de los candidatos esperan ya a las puertas de su casa, te hice venir porque me gustaría que te presentaras a la prueba.

Esa última frase sorprendió a Daniel.

- ¿Cómo puedes pensar eso? -le preguntó Daniel algo nervioso, en sus ojos se reflejaba una evidente inquietud-. Yo soy un simple chico, no soy ningún héroe, no sería capaz de hacer nada grande ni importante.

- Tu humildad es grande, y eso es propio de los escogidos. No te ves capaz de hacer algo que quizás te pertenezca hacer; pero estoy seguro de que si es tu porción, lo harás. Acompáñame por favor -dijo Tander reanudando el paso.

Daniel siguió a Tander hasta una humilde casa situada a las afueras del pueblo. Dos grandes árboles adornaban la entrada creando un efecto de puerta, el color era un gris claro, la casa presentaba un aspecto de ser algo más nueva que otras del pueblo.

Varios jóvenes esperaban junto a la puerta, Daniel estimó que ninguno de ellos sobrepasaría los veinticinco años, aunque quizás él era el más joven del grupo. Se encontraban también dos ancianos a los que Tander saludó.

- El libro anunciaba la línea genealógica hasta una muy temprana generación, nos tomó mucho tiempo encontrar la familia actual -comentó uno de ellos.
- Sí, pero ya no hay duda. Esta mujer debe tener una niña de corta edad. Ella será la encargada de designar al escogido -confirmó el otro.
- Hagamos por tanto tal y como el libro sagrado nos indicó.

Los tres hombres se dirigieron a la puerta y uno de ellos llamó. Poco después apareció una mujer que, a juzgar por su apariencia, en ningún caso sobrepasaba los treinta años.

- ¿Qué desean? -preguntó intrigada por la expectación que había en la calle, justo delante de su puerta.
- Venimos por un asunto muy importante, el futuro del valle de la luz está envuelta en esta cuestión.

La mujer hizo pasar a los tres hombres, durante un rato estuvieron explicándole las averiguaciones concernientes a su hija en el libro sagrado y la importancia que tenía en el futuro de su tierra. La mujer no estaba muy convencida de que esas viejas profecías fueran confiables, ni tampoco entendía como una niña de siete años podía escoger algo importante, pero no puso objeciones y se preparó el encuentro.

La mujer explicó a su hija, Sanyar, que debía hablar con todos los hombres que esperaban en la puerta. Que debía verlos a todos y luego contarle la opinión que tenía de cada uno de ellos; para la niña resultaba como un entretenido nuevo juego.

El primero entró en la casa. Sanyar charló con él durante poco tiempo, preguntándole cosas en general. Así fue haciendo con los siguientes.

Daniel esperaba pacientemente en la puerta, su mente divagaba, no conseguía tener la claridad de pensamiento que era característica de él hasta en las peores situaciones. Cuando sólo quedaban él y otro joven uno de los ancianos mandó llamar a que ya era hora de que entrara otro. Daniel cedió su turno al otro joven pero este insistió en entrar el último, la causa era que tenía la firme convicción de que el último sería el elegido. Ajeno a todo ello Daniel entró en la casa, la madre de Sanyar lo guió

hasta el cuarto de la niña. Daniel abrió la puerta lentamente y observó que la niña lloraba desconsoladamente, se encontraba sentada en su cama, en el rincón más lejano de la habitación, tapando su cara con las manos y vuelta hacia la pared. Daniel entró lentamente y le preguntó qué le pasaba.

- Todos son malos, son malos y egoístas. Sólo les importa ellos mismos; todos tratan que hable bien de ellos mediante regalos, pero son mentirosos y su corazón es malvado -respondió Sanyar entre sollozos.

Daniel se acercó y se sentó en la cama junto a Sanyar, tomó su mano y trató de consolarla.

- Todavía hay uno más, hay un hombre en la calle, seguro que él es bueno y generoso, seguro que está dispuesto a hacer muchas cosas por los demás -dijo Daniel con una leve sonrisa en el rostro.

Sanyar miró a los ojos de Daniel, quien al encontrarse con los ojos verdes de la niña sintió una sensación similar a la que sentía cuando miraba a lo profundo de los azules ojos de Shela.

wx huhv glihuhqwh, wx frudarq hv exhqr

(tú eres diferente, tu corazón es bueno)

Daniel no fue capaz de responder, había escuchado las palabras en su mente pero simplemente estaba demasiado débil como para hablar ni tan solo pensar. El único pensamiento que se le vino a la mente es que era imposible que todo eso le estuviera ocurriendo a él. Que sin duda no era lógico esperar nada de él. Sanyar pareció notar lo que Daniel pensaba en su interior, su gesto facial varió y comenzó a mirarlo aún más fijamente con una expresión de ligera curiosidad; como la de la persona que examina profundamente algo que a simple vista parecía ya examinada.

qr ghehv whphu, kdb dojr ghqwur gh wl txh qlqjxq rwur srvhh, hq wx lqwhulru

vh hqfxhqwd xqd ixhuad pxb sxud b srghurvd

(no debes temer, hay algo dentro de ti que ningún otro posee, en tu interior se encuentra una fuerza muy pura y poderosa)

Sanyar se echó a los brazos de Daniel, abrazándolo fuertemente. Daniel comenzaba a asimilar que algo muy grande le aguardaba, sintió que ese abrazo significaba mucho más que el abrazo de una niña de siete años agradecida después de unas cuantas palabras amables. Sanyar se levantó y, tomando de

la mano a Daniel, se dirigió hacia la habitación donde esperaban su madre y los tres sabios.

- Él es la mejor persona de cuantos hay -afirmó Sanyar con convicción mirando su madre.
- Aún hay uno más ahí fuera -objetó ella.
- No es necesario que hable con él, ya sé que Daniel es la persona a la que buscábais -afirmó mirando a los sabios.

Hubo un silencio en la habitación, tanto los sabios como la madre de Sanyar se preguntaban como era posible que la niña supiera que buscaban a alguien, cuando le habían presentado el encuentro como un juego y cuando ella no había escuchado la conversación que habían mantenido. Por otra parte Daniel se preguntaba como había averiguado su nombre, aunque tampoco le causó muchos quebraderos de cabeza esa idea teniendo en cuenta que antes la niña había averiguado lo que él pensaba en sus adentros.

Uno de los tres ancianos hizo un gesto de afirmación.

- Despacha a los otros -ordenó Tander a la mujer.

La madre de Sanyar lo hizo y algunos de ellos se fueron bastante enfadados, en especial Jet, el joven que esperaba ansioso que llegara su turno.

Mientras los sabios le agradecían a la mujer su colaboración Sanyar se despedía de Daniel.

- Sé que lo conseguirás -le dijo con una gran sonrisa en el rostro.
- Bueno, aún no sé lo que tengo que hacer -respondió Daniel pensativo.
- Tú los vencerás -concluyó Sanyar cogiéndole de la mano y apretándola fuertemente. El apretón le dio fuerzas a Daniel que salió animado de la casa de esa especial y, sin duda, sobrenatural niña.

CAPÍTULO 10

Era mediodía, el sol brillaba en todo lo alto del cielo creando una temperatura muy agradable.

Daniel llegó a casa de Tander, quien había tardado algo más en salir de la casa de Sanyar y que, al parecer, se había entretenido hablando con otros sabios. Shela abrió la puerta con gesto preocupado.

- Bienvenido Daniel -dijo tratando de mostrar un gesto más cálido-. ¿Cómo te fue?

- Bien -se limitó a decir él.

Daniel entró en la casa, no paraba de pensar en lo que ahora se esperaba de él, tenía una gran inquietud por el desconocimiento de la situación real que existía.

- No debes inquietarte en vano -le dijo Shela acercándose a él.

Daniel le contó todo lo que había ocurrido durante su visita a la casa de Sanyar. Shela le escuchó atentamente a lo largo de todo el relato, sorprendiéndose en algunos momentos. Después le explicó que allí, en el valle de la luz, cualquier contacto físico simple como el de darle la mano a alguien se consideraba un gesto grande de confianza en esa persona, o de fuertes sentimientos románticos hacia aquella persona. Por lo que Daniel llegó a la conclusión de que Sanyar le había querido demostrar que confiaba totalmente en él cuando lo llevó de la mano ante su madre y los sabios.

Alrededor de media hora después todos excepto Tander, quien todavía no había llegado, se sentaron a la mesa para el almuerzo. Esta tardanza impacientaba a Daniel, a quien los nervios ya tenían atenazado por dentro. Después del almuerzo Daniel insistió en ayudar a Ashla y Shela a lavar los platos y demás tareas, sin embargo ellas no se lo permitieron argumentando que eso era trabajo suyo y que él era su invitado.

Daniel permaneció durante una larga hora allí en el comedor, observando con detenimiento todo lo que le rodeaba, esperando a que Tander llegara. Kimal jugaba en una piel de animal estirada sobre el suelo de madera, los muros de piedra vieja eran un escaparate para Daniel quien los miraba vez tras vez intentando ver algo en ellos que le distrajera, algo que acabara con ese tortuoso esperar. Una mirada al techo reveló una rudimentaria lámpara compuesta de velas que se encontraban apagadas debido a la temprana hora de la tarde en la que aún se encontraban.

Entonces llegó Shela de nuevo y la siguiente hora de espera se le hizo mucho más corta. Hablaron sobre su vida, de las cosas que le gustaban, de las aficiones y aspiraciones que tenía. Daniel se dio cuenta de que ni el estilo de vida, ni las aspiraciones, ni el modo de pensar correspondía en aspecto alguno con el de su vida. Cada vez estaba más seguro de que no podía estar en el año 2005, pero también se daba cuenta de que esa vida podía ser mucho más agradable para su forma de ser que la vida que él conocía. No echaba de menos lo más mínimo la ciudad, los coches, las prisas, las colas, la contaminación, su trabajo de electricista ni siquiera la televisión. Allí, en un ambiente tan diferente como ese, se encontraba a gusto.

Daniel también explicó a Shela su oficio y su vida, pero omitiendo todos los detalles que pudieran dar lugar a falta de entendimiento; era obvio que allí no se conocía la electricidad, así que Daniel le explicó a Shela que, allí de donde procedía, era el encargado de que las luces de las calles estuvieran encendidas por las noches. Shela escuchó ilusionada todas las aventuras que Daniel le contó acerca de sus excursiones y escaladas con Alejandro.

Sin embargo después de otra hora Daniel volvió a acordarse de la espera que estaba llevando a cabo y que aún no había concluido, ya que Tander aún no había vuelto. Impaciente le dijo a Shela que debía ir al Keshtal para enterarse del asunto importante por el que le hicieron ir a casa de Sanyar. Daniel estaba seguro de que si Tander ni siquiera había vuelto a su casa para almorzar es porque algo muy importante se estaba debatiendo. Shela trató de detenerlo.

- Ten paciencia, mi padre volverá. Puede que esté reunido en asamblea con los otros sabios, y si es así no deben ser molestados -argumentó Shela.
- Si es así esperaré en la puerta, pero debo ir -le contestó Daniel decidido.
- Por favor, no te vayas, tengo un mal presentimiento -le suplicó Shela con una gran inquietud reflejada en sus ojos.

Daniel permaneció con ella, sentado a su lado y tratando de ver que le turbaba tanto. La mirada de Shela era triste y perdida, Daniel trataba de averiguar el por qué de ese cambio. Shela le confesó que un escalofrío le había recorrido el cuerpo cuando él le dijo que debía marcharse y que siempre que había sentido algo así habían sucedido cosas malas. Además la sensación que había sentido había sido aterradora. Daniel miró a sus ojos y percibió la necesidad que tenía Shela de sentirse acompañada. También era consciente de las costumbres de esa tierra, pero a pesar de todo ello al mirar a esos ojos azules sentía que Shela necesitaba un gesto cariñoso. La tomó de la mano, consciente de lo que ese gesto implicaba. Shela le miró a los ojos y Daniel sintió una pregunta en su

mente.

¿shupdqhfhuídv d pl odgr sru ho uhvwr gh qxhvwudv ylgdv?
(¿Permanecerías a mi lado por el resto de nuestras vidas?)

La joven sintió la respuesta de Daniel.

hv or txh pdv dqkhod pl frudarq, frpsduwlu pl ylgd frqwljr
(es lo que más anhela mi corazón, compartir mi vida contigo)

Ambos se abrazaron, ambos deseaban que ese momento durara eternamente. Sin embargo después de unos cinco minutos Daniel sintió que debía ir al Keshtal, que era un deber que no podía pasar por alto y que no podía demorarse más. Viendo que definitivamente se iba a ir, y volviendo a sentir los terribles escalofríos que le indicaban que algo nada bueno se avecinaba Shela lo llevó hasta una habitación en la planta de arriba de la casa y le enseñó una vieja espada que se había transmitido en su familia por generación tras generación.

- Quiero que la lleves contigo -dijo Shela con gesto de preocupación en su rostro.

- Solo voy al Keshtal, ni siquiera creo que tarde mucho, y puede que a tu padre le moleste que me lleve esa espada -objetó Daniel.

- No se enfadará, simplemente sabrá que te has convertido en alguien muy especial para mi y quiero que estés protegido -dijo Shela casi llorando.

Daniel iba a indicar que ni siquiera sabía manejar la espada, sin embargo, viendo el estado de Shela decidió llevarla y no poner ninguna objeción.

Ya había comenzado a atardecer cuando Daniel salió a la calle.

CAPÍTULO 11

Daniel llegó al Keshtal unos diez minutos más tarde; los sabios seguían reunidos en su interior. Sin embargo al enterarse que Daniel estaba fuera esperando lo mandaron llamar.

Daniel entró en una habitación inmensa y bien iluminada; si existía el lujo en el valle de la luz sin duda estaba allí. Había cuadros diversos colgados en las paredes, lámparas ornamentales de gran belleza, suelo de mármol, así como muebles de pino de gran calidad.

- Daniel, has sido identificado como el elegido predicho en nuestro libro sagrado. La sabiduría de este libro es muy grande, por lo que no hay lugar para la confusión. ¿Estás dispuesto a desempeñar el papel que se te ha reservado en el destino del valle de la luz? -preguntó el sabio más anciano, quien presidía la asamblea.

Daniel echó una mirada a todo lo que le rodeaba, los veinte sabios tenían sus miradas fijas en él, el silencio era total. Daniel tomó fuerzas y respondió a la pregunta.

- Sí, haré todo lo que esté en mi mano por esta tierra.

El silencio se vio alterado por los murmullos ante la nueva situación.

- Bien, tu misión no será sencilla ni liviana, deberás hacer gala de todo tu valor. El valle de la luz se está viendo invadido por una maldad desconocida hasta ahora. Las noticias cada vez son peores; hoy hemos llegado a un extremo al que nunca pensábamos que se llegaría. Hoy un hombre, habitante de la población de Jedmen le ha quitado la vida a otro. El motivo que argumentó fue que el otro le había robado dos gallinas. Cosas como estas no son propias de nuestra gente, hay algo que está envenenando nuestras mentes y corazones y el libro sagrado nos ha revelado que los causantes de esto son antiguos hombres, ahora poderosos e inmortales cuyo objetivo es envolver en las sombras al valle de la luz.

El anciano se detuvo durante unos segundos, la tensión en la sala era evidente.

- La fuerza de estos seres reside en la piedra plateada, un regalo de los dioses a estos hombres por las buenas cualidades que mostraron hace muchos años. Pero el poder les corrompió, se marcharon a las tierras desconocidas y comenzaron a reinar allí, pero ahora no les basta con eso y quieren que el

valle de la luz también esté bajo su poder. La única forma en la que se pueden detener es llegando hasta La fortaleza de las tinieblas, su lugar de morada, que debe hallarse en las tierras desconocidas. Según el libro sagrado al final de esa fortaleza, en la torre más alta, en el último cuarto se encuentra guardada la piedra plateada, que tan sobrenaturales poderes les concede. Deberás llegar hasta ella y destruirla. El material de la piedra plateada no es simple roca terrestre; el libro sagrado indica que procede de otro mundo y que el contacto con el agua de cierto estanque hará que se diluya, acabando así con todo su poder. Por lo que deberás, arrojarla a un estanque que seguro encontrarás cerca de su fortaleza. Seguro que los *mendhires*, u hombres inmortales tratarán de evitarlo; pero de seguro los dioses buenos te protegerán ya que lucharás contra la más alta representación de la maldad.

Daniel permanecía de pie, pensativo. ¿Qué locura era esa en la que iba a adentrarse? Hombres inmortales, tierras desconocidas, piedras mágicas... Nunca había creído en ese tipo de cosas y ahora se veía ante un viaje hacia un lugar que no conocía, y ante un desafío más propio de grandes titanes que de un joven débil cuyo único "gran logro" en su vida había sido el finalizar con éxito varios juegos de ordenador.

- Daré mi vida si es necesario a esta causa -dijo Daniel sin saber muy bien de donde habían salido esas palabras.
- Bien, ahora ten la bondad de dejarnos a solas. Debemos revelar la identidad de otro personaje muy importante en el futuro de esta tierra -le dijo el anciano.

Daniel salió de esa habitación, salió del Keshtal y fijó su mirada hacia la dirección en la que se encontraba la casa de Tander, la noche ya había caído con toda su oscuridad sobre Somper.

CAPÍTULO 12

La asamblea proseguía en el Keshtal.

- Yo creo que ahora lo propio sería buscar la identidad del rey -propuso uno.
- Sí, el libro sagrado indicaba que una vez determinado el elegido se debía revelar su identidad -dijo Tander.
- Sigamos la línea genealógica de los primogénitos revelada en el libro -concluyó el más anciano.

Un rato después ya iban por las generaciones más cercanas a su época. Tander se estaba poniendo más y más nervioso tras cada nombre que se confirmaba. El sabio más anciano lo notó y le preguntó que le ocurría.

- Creo que los nombres que se están citando son los de mis antepasados -contestó Tander inquieto.
- Si es así debes estar dispuesto a aceptar la función que te asigne el libro sagrado.

Los sabios se apresuraron a terminar de encontrar al descendiente legítimo del rey, todos estaban ansiosos por conocer si sería Tander. Finalmente llegaron al último nombre del registro: Tander hijo de Zalner. Sin duda era él, un incómodo silencio se adueñó de la sala. Al instante Tander recordó las palabras del libro sagrado:

El descendiente legítimo del último rey del valle de la luz no deberá ser hallado hasta después de ser conocida la identidad del elegido, los acontecimientos entonces se precipitarán como la inexorable lluvia de una fuerte tormenta sobre el vasto campo. Deberá estar preparado para lo peor, pues tiempos no gratos le aguardan.

Tander también recordó que había que Daniel llevaba una espada en su vaina durante su comparecencia ante la asamblea, intuyendo de donde la había sacado corrió hacia la calle.

Daniel se encontraba de pie, echado ligeramente sobre los muros exteriores del Keshtal, Tander llegó con gesto de urgencia.

- ¿Ocurre algo malo? -preguntó Daniel.
- Muéstrame la espada que llevas -le ordenó Tander nervioso.

- Es la tuya, Shela me hizo traerla conmigo -dijo Daniel mientras desenvainaba la espada, tratando de disculparse.

- ¿Shela te la dio? -preguntó Tander con gesto de incredulidad.

- Sí, el caso es que... -contestó Daniel tratando de explicar la situación.

- ¿Qué ocurrió? -preguntó Tander cada vez más nervioso.

- Shela se ha convertido en una persona muy importante para mí -dijo Daniel sacando valor-, la amo y ella comparte mis sentimientos. Le dije que tenía que venir aquí porque sentía que era mi deber; ella trató de impedírmelo porque decía que tenía un mal presentimiento. Pero cuando vio que iba a venir me hizo traer esta espada, me dijo que quería que estuviera protegido.

Casi no había acabado de decir la frase cuando un gran resplandor iluminó el cielo. El resplandor fue acompañado de una especie de tornado, que procedía de la zona del pueblo en donde se encontraba la casa de Tander y se alejó rápidamente.

- ¡Aprisa! -exhortó Tander a Daniel-. ¡Corre, ve a ver qué ha sido eso!

Daniel salió corriendo en dirección a casa de Tander, corría todo lo que podía mientras un mal presentimiento invadía su mente. Llegó en apenas tres minutos. La puerta de la casa estaba rota y tirada en el suelo. La casa estaba a oscuras, Daniel penetró en la casa portando la espada, anduvo con cuidado en la oscuridad, sintiendo que había multitud de objetos desparramados por el suelo. Daniel comenzó a escuchar sollozos ahogados en el fondo del comedor, encendió una cerilla que tenía a mano y, al hacerlo, sintió como esos sollozos se ahogaban un poco más, como tratando de no llamar la atención hacia ese lugar. Daniel prendió una vela y distinguió la figura de Kimal, que lloraba en un rincón. La niña se asustó aun más al ver la luz de la vela, pero no se movió del sitio. Daniel fue a donde estaba y al distinguirlo Kimal dejó de ahogar sus llantos. Daniel le preguntó que había pasado pero la niña apenas atinaba a hablar, tenía una brecha en la sien, que aun no siendo muy profunda, sangraba.

- Ellos se la llevaron -dijo con una voz ahogada.

- ¿Quiénes? -preguntó Daniel nervioso.

- Los hombres fuertes y malos, su luz cegaba, me duelen los ojos -contestó Kimal tras lo que echó a llorar.

Tander entró por la puerta, en su respiración se intuía el esfuerzo físico que había hecho y la agitación que le causaba ver su casa en aquel estado. Kimal corrió hacia su padre al que abrazó dando rienda suelta a su llanto.

- ¿Dónde está mamá? -le preguntó él.
- Estaba arriba cuando ellos llegaron.
- ¿Y Shela? -inquirió Daniel, sabiendo la respuesta a la pregunta pero negándose a aceptarla.
- Ellos se la llevaron, yo me puse por medio pero me golpearon y me echaron al suelo. Me dolió mucho
- contestó Kimal refugiándose en los brazos de su padre.

Daniel y Tander se miraron, en la mirada de Tander no había ningún reproche pero Daniel no pudo mantener la mirada y la bajó. No soportaba la idea de que solo un rato antes Shela estaba en sus brazos y que a pesar de haberle pedido que se quedara se fue, dejándola sola y aterrada.

- Quédate con Daniel -ordenó Tander a Kimal-. Yo voy a buscar a mamá.

Tander tomó una vela y subió las escaleras; se dirigió hacia su habitación y allí se encontró a Ashla tirada en el suelo. Su piel estaba muy pálida y parecía carecer de vida. Tander corrió asustado hacia ella y se echó al suelo, cogió su muñeca y comprobó que tenía pulso. La cogió en brazos y bajó las escaleras. Kimal corrió hacia él cuando vio a su madre.

- ¿Qué le pasa a mamá? -preguntó Kimal con gesto aterrado.
- No te preocupes nena, se pondrá bien. Vamos a llevarla al médico y a ti también. Acompáñanos Daniel.

Los cuatro se dirigieron hacia la parte central del pueblo, Ashla permanecía inconsciente. Llegaron a una casa muy grande, enfrente del Keshtal. Daniel llamó a la puerta y después de casi un minuto de espera apareció un hombre de unos sesenta años con gesto de sueño, evidentemente se había despertado con el ruido de la puerta.

- ¿Qué le ha pasado? -preguntó dirigiendo su mirada a Ashla y mientras hacía el gesto de que pasaran.
- No lo sabemos -respondió Tander ausente-. Sólo la pequeña estaba en casa cuando ocurrió el incidente, pero es más que probable que haya algo fuera de lo normal en enfermedad.
- En ese caso no podré hacer nada -respondió el doctor-. Trataré de sanarla con los conocimientos que tengo.

El doctor examinó a Ashla, exteriormente no presentaba gestos de haber sufrido violencia, sin

embargo su pulso era débil y su piel preocupantemente más pálida de lo normal.

- Con respecto a ella sólo podemos esperar.

Posteriormente examinó a Kimal, a quien administró alcohol para limpiar su herida y le aplicó un vendaje compresivo. Sin embargo no dio mucha importancia a las heridas de esta.

- Se pondrá bien pronto -afirmó respecto a Kimal.

El doctor les ofreció camas a Daniel y Tander al enterarse del estado en el que había quedado su casa. Tander rechazó el ofrecimiento pero le pidió a Daniel que se quedara allí a fin de descansar y de estar cerca de Kimal y también para que se enterara pronto de cualquier novedad que surgiera con respecto al estado de Ashla. Daniel sabía que no podría dormir pero aceptó obedientemente.

CAPÍTULO 13

La noche estaba ya muy avanzada cuando Tander volvió al Kehstal. Entró en el pasillo y llegó hasta la habitación donde seguía la asamblea de los sabios. Tander entró en la habitación y sintió las miradas de la entera asamblea, algunas acusadoras, otras curiosas, otras indecisas.

- Siento haberme ido así, sé que no actúe de la forma más correcta pero sentí que algo grave estaba a punto de pasar y así fue -dijo Tander a medida que el corazón se le entristecía al darse cuenta de la magnitud que había tomado la situación. Estaba seguro de que su hija había sido secuestrada por los mendhires y ante el poder de esos seres cabían pocas esperanzas, especialmente cuando tenían en su poder a su hija de veinte años; para él ella aún era una niña y ahora estaba a merced de esos seres malvados. ¿Quién podía saber qué le estarían haciendo ahora?

Los sabios volvieron a acudir al libro sagrado. En esta ocasión se dirigieron al siguiente capítulo: ***La gran pérdida.***

Una vez conocido el legítimo rey él mismo sufrirá la desdicha en su propia piel. Su descendencia le será tomada y no se le devolverá a menos que el elegido cumpla su comisión correctamente. Tiempos angustiosos y difíciles serán para él, pero deberá ejercer su papel. El trono debe volver y él debe reinar; no será fácil porque se extenderá una gran maldad, superior a la conocida hasta el momento. Tendrá que ejercer su autoridad con equidad y justicia.

El capítulo continuaba con los principios que el rey debía encargarse de legislar y hacer que se cumplieran. También explicaba cómo debía ser su coronación y otros aspectos de orden y prioridades. Autorizaba también a leer el siguiente capítulo llamado ***El viaje.***

Antes de que la identidad del rey se eleve a las gentes del valle deberá tener lugar 'El viaje'. El elegido marchará hacia las tierras lejanas; su cometido será destruir a los mendhires y recuperar la descendencia real arrebatada. No deberá conocer la identidad del rey, pues de ser así se podría corromper por el orgullo propio de los humanos. Otros querrán la recompensa, pero mientras la motivación de estos otros será egoísta el elegido deberá probar la motivación pura y sincera de su corazón.

- Bien Tander, parece que a partir de ahora serás nuestro rey. Permíteme que te trate esta última noche como a un amigo cercano -exclamó el más anciano de los sabios mientras los otros terminaban de leer el capítulo.

- No sé si seré capaz de acometer esta responsabilidad de forma honrada, honorable y justa -le confesó Tander.

- Seguro que lo harás; esas cualidades, al igual que la sangre real, corren por tus venas. Y Ashla estará a tu lado para ayudarte -concluyó con una sonrisa tranquilizadora.

Las nubes comenzaban a extenderse por todo el valle de la luz, ocultando la luna y las estrellas.

CAPÍTULO 14

Tander observaba el horizonte mientras el alba comenzaba a despuntar. Veía la cumbre del Kirsell, la montaña más alta que conocían las gentes del valle, iluminada por los primeros rayos de sol de la mañana. La quietud del lugar era absoluta; se encontraba fuera de Somper, a la orilla de uno de tantos caminos que discurrían entre sembrados y arroyos.

Un sonido de pasos ligeros llegó a Tander, giró la cabeza y divisó a Daniel a lo lejos quien al verlo, apresuró aún más su paso.

- ¡Ashla ha despertado! -exclamó Daniel, en cuyo rostro se denotaba la excitación propia de un momento importante.

Tander comenzó a andar con paso apresurado dirigiéndose a Somper. Daniel marchó a su lado.

- ¿Dijo algo al despertar? -preguntó Tander nervioso.

- Sólo que le dolían los ojos, lo mismo que me dijo Kimal cuando la encontré anoche. El doctor me dijo que era aconsejable dejarla descansar; eso fue hace ya unas tres horas. Yo salí a buscarte, pero como ves no te he podido encontrar antes.

Tander llamó con fuerza a la casa del doctor, la puerta se abrió a los pocos segundos.

- La dejé descansando, ha dormido un rato, creo que ya ha recobrado algunas fuerzas -le dijo el doctor inmediatamente.

- Gracias -dijo Tander-. ¿Hay algún inconveniente en que la vea ahora?

- Pase y véala.

Tander abrió la puerta de la habitación sin hacer ruido y entró. Ashla lo miraba con ojos cansados.

- ¿Cómo te encuentras? -le preguntó él sentándose en una silla que se encontraba junto a la cama.

- Débil -contestó Ashla con voz apagada-. Esas criaturas no eran hombres, no podían serlo, despedían energía. Los ojos aún me duelen del brillo cegador que emanaba de ellos. Preguntaron por Shela, yo me negué a decirles nada, uno de ellos me tocó y perdí el conocimiento. Cuando me tocó fue como si una energía sobrenatural pasara a mi cuerpo, y parecía que mi cuerpo no podía albergar todo eso. Durante los dos o tres segundos que me tocaron sentí que moría. ¿Cómo están nuestras pequeñas?

- Kimal sufrió un golpe, pero el doctor dijo que solo tiene una pequeña brecha.
- ¿Y Shela? La buscaban a ella, ¿le ha ocurrido algo malo? -preguntó Ashla mirando con ojos inquietos a Tander.
- Se la llevaron -respondió Tander bajando la cabeza.
- ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué eran esas cosas? -preguntó Ashla mientras el pánico comenzaba a adueñarse de ella.
- Descansa ahora, han sucedido muchas cosas. Trata de recuperarte, haremos todo lo posible por recuperar a Shela sana -dijo Tander tratando de tranquilizar a su esposa, mientras tomaba su mano.

Daniel daba vueltas nerviosamente en la calle, las largas ropas oscuras que llevaba no eran demasiado gruesas y, a pesar de que las nubes habían ocultado al sol y la temperatura bajaba continuamente, seguía ahogado. Se sentía culpable y no paraba de recordar unas de las últimas palabras que Shela, ya casi con lágrimas en los ojos, le dirigió antes de que se la llevaran: *'mi padre sabrá que te has convertido en alguien muy especial para mi y quiero que estés protegido'*. Las palabras resonaban una y otra vez en la cabeza de Daniel y mientras lo hacían parecía sentir puñaladas en su corazón. Era demasiado dolor, sentía que debía hacer algo. Tander salió a la calle y vio a Daniel, quien se dirigió hacia él.

- Tengo que hacer algo, por mi culpa se llevaron a Shela. No puedo vivir con este peso en mi conciencia, dime qué he de hacer o a donde he de ir y lo haré -le confesó Daniel angustiado.
- No fue culpa tuya Daniel, el libro sagrado ya predecía que se produciría esta gran pérdida. Aunque sí hay algo que puedes hacer; los mendhires fueron quienes se llevaron a Shela; así que además de destruir la piedra plateada deberás rescatarla sana del lugar donde esté. Sé que no será fácil pero confié en que tú nos la devolverás -dijo Tander mientras apoyaba su mano sobre el hombro de Daniel mostrándole así su plena confianza en él-. Quiero darte algo, acompáñame.

Daniel acompañó a Tander hasta su casa. Fue a una habitación y abrió un baúl que se encontraba cubierto de ropa. Daniel reconoció la habitación, era la misma a la que le llevó Shela cuando le dio la espada. Tander sacó un escudo y unas viejas ropas de color verde oscuro junto con un gorro picudo del mismo color y unas botas de color marrón oscuro.

- Estas ropas son muy resistentes y cómodas, llévalas durante tu viaje. El escudo te será útil, seguro que te encontrarás con fieras salvajes y otros enemigos.

- Nunca he manejado espada ni escudo -le confesó Daniel.
- Aprenderás igual que aprendiste el lenguaje de la mente -dijo Tander guiñándole.

Daniel se cambió de ropa, se echó la espada junto con su vaina a la espalda, al igual que el escudo y salió a la calle donde esperaba Tander. Ambos se dirigieron hacia el Keshtal mientras la lluvia comenzaba a caer sobre Somper.

Un rato más tarde Tander y Daniel entraban al Keshtal; el edificio estaba vacío. Llegaron hasta la habitación donde se encontraba el libro sagrado y donde también estaba el más anciano de los sabios.

- Todo está dispuesto para la partida -anunció Tander.
- Muy bien, joven Daniel, recuerda siempre lo que significa esta misión. Nunca olvides que, aunque no será fácil, podrás acometerla con éxito con la debida humildad y fortaleza que se hayan en tu corazón. Para hallar el camino hasta la fortaleza de las tinieblas necesitarás ayuda de otras criaturas; si tu corazón es bueno para con todos los seres el de ellos también lo será para contigo. Sé valiente y fuerte. Hasta la vista Daniel.

Daniel salió del Kesthal, no sin antes agradecer al anciano sus consejos. Llegó a una de las entradas de Somper acompañado de Tander, la misma entrada por la que días atrás había pasado con Shela. Ambos se detuvieron, Tander observó a Daniel, se le veía repleto de energía y fuerza a pesar de ser un joven de constitución delgada; el pelo que no tapaba el gorro le caía por ambos lados de la cara y en su rostro se reflejaba la gran responsabilidad que había tomado.

- Confío en que puedas devolverme a Shela, pero en caso de que tengas que elegir entre salvarla y destruir la piedra plateada debes saber que el futuro del valle de la luz debe prevalecer sobre el de una persona en particular -dijo Tander mientras bajaba la mirada, incapaz de mirar a los ojos a Daniel mientras le otorgaba prioridad a otro asunto antes que a la vida de su hija.

Daniel escuchó con rostro serio las palabras de Tander y comenzó a andar. La lluvia comenzó a caer fuertemente sobre Somper. Poco después de cinco minutos Daniel llegó a una encrucijada, siguió en dirección hacia las Tierras Desconocidas siguiendo un camino llano que se veía subir al fondo y dirigirse hacia arriba de una de las montañas que delimitaban el valle.

Aún faltaba para la hora de comer.

CAPÍTULO 15

Daniel anduvo sin descanso durante unas dos horas y media. Durante la primera hora de camino atravesó varios campos cultivados, tras lo cual se apreciaba un cambio en el paisaje que revelaba que la mano del hombre apenas había tocado allí. Daniel vio multitud de praderas verdes, ríos que las atravesaban así como pequeños bosques que quedaban a la izquierda o derecha del camino. A pesar de la quietud de los lugares por los que pasaba había intranquilidad en su interior, tenía la sensación de que no conocía los peligros de esa tierra y que esos peligros podían aparecer sin previo aviso.

Daniel se detuvo media hora después. Se sentó al borde del camino y se dispuso a tomar algo. Llevaba una especie de cilindro a la espalda, que se cerraba con cremallera en la parte superior. Lo abrió para ver que contenía, ya que desde que el doctor se lo dio antes de salir de Somper no lo había abierto. Contenía bastantes piezas de pan, así como algunas longanizas caseras, un par de manzanas y una pequeña petaca llena de agua. «Aquí no tengo ni para dos días» se dijo Daniel, tras lo que cayó en la cuenta de que se tendría que buscar la comida en su viaje. Después de comer algo y descansar unos diez minutos retomó el camino, que ya comenzaba a ascender.

Daniel observó la trayectoria del camino, este seguía recto durante cierta distancia, con pequeñas subidas, tras lo que pasaba junto a una vieja cabaña de madera que a lo lejos no acertaba a discernir si estaría o no habitada; después entraba en un bosque y a partir de ahí los árboles no dejaban ver hacia donde se dirigía pero daba la sensación que continuaría hasta sobrepasar una de las montañas que delimitaban el valle de la luz.

Daniel reanudó el camino, estaba resuelto a descansar lo mínimo hasta llegar a su destino. El sol comenzaba a brillar en el cielo y Daniel agradecía el gorro; siendo como era él un amante de la naturaleza no paraba de maravillarse con el paisaje. ¿Qué calificación de espacio protegido recibiría aquella zona en su país? Después de pensarlo llegó a la conclusión de que ese paisaje simplemente no podría sostenerse en su país; ya se habría explotado y deteriorado.

Daniel llegó a la casa al cabo de unas dos horas, una vez allí pudo apreciar que era mayor de lo que le había parecido de lejos. Era una casa de una planta, no simplemente una pequeña cabaña. Estaba toda entera hecha de madera de un color marrón claro, tenía también un par de ventanucos no hechos con

cristal, sino también de madera, de un tono más oscura esta. Daniel llamó a la puerta pero no obtuvo ninguna respuesta, la casa parecía estar habitada porque incluso salía humo de la chimenea. También había huellas frescas junto a la casa, las huellas eran similares a la de un pie de hombre, un pie grande pero tampoco algo fuera de lo común.

Daniel se asomó a la entrada del bosque, el camino continuaba en su interior aunque se difuminaba un poco entre las ramas y barro del suelo. Se adentró en el bosque sin pensárselo, el aire era frío y húmedo; hubo un sonido, Daniel desenvainó la espada con la mano derecha y sujetó el escudo con la izquierda. Avanzó lentamente entre los altos árboles que parecían guarecerse unos a otros; a pesar de que el sol estaba sobre el cielo la luz y el calor eran incapaces de penetrar entre los frondosos árboles y llegar al suelo. Daniel volvió a escuchar otro ruido, miró nerviosamente hacia la derecha e izquierda; no vio nada. Miró hacia arriba, sólo vio las ramas de los árboles que se elevaban, majestuosas, hasta las alturas. Bajó de nuevo la mirada y frente a él se encontraba un hombre, un hombre curtido y fornido que en ningún caso pasaría de los cuarenta y cinco años. La apariencia de este era la de alguien que ha permanecido mucho tiempo solo; tenía pelo largo y una larga barba negra, estaba cubierto por unas pieles y andaba descalzo. Portaba un hacha y llevaba un arco a la espalda, su gesto era serio y desconfiado.

- ¿Quién eres? -preguntó desde su posición el desconocido con voz fuerte.

- Me llamo Daniel y voy rumbo hacia las Tierras Desconocidas -dijo este con voz temblorosa y sin bajar la espada.

El desconocido se le acercó.

- Mi nombre es Jesré-aser. ¿Eres un aventurero? ¿No te han dicho que quien va hacía allí ya no regresa?

Daniel bajó la espada y el escudo.

- Es algo que debo hacer -le contestó con una expresión en su cara que evidenciaba que no bromeaba.

Jesré-aser se echó a reír.

- De acuerdo hijo, pero ven y descansa. Está anocheciendo y si alguien puede ayudarte a encontrar el camino hacia las Tierras Desconocidas soy yo.

Ambos salieron del bosque y entraron en la casa.

- Seguramente no esperabas encontrar a nadie en esta dirección ¿verdad? -le preguntó Jesré-aser mientras lo miraba con ojos inquisitivos.

- Sí, lo cierto es que pensaba que todo el mundo vivía en alguna de las poblaciones del valle.
- Antaño acudían a mí las gentes de Somper y Ralen, algunos incluso venían desde Tudmin -decía Jesré-aser con la mirada perdida-. Yo les vendía leña que cortaba de los árboles del bosque con mi hacha. Pero un temor se adueñó de ellos desde hace ya algún tiempo. Algunos de ellos querían explorar, decían que se sentían aventureros y se marcharon hacia las Tierras Desconocidas; todos pasaron por aquí. Yo les mostré el camino del bosque hasta el paso de montaña del Endter pero les desaconsejé que siguieran. A partir de ahí uno ya no sabe con lo que se puede encontrar; mi padre me habló de los *orcires*, pequeños hombres que no nos llegan ni a los tobillos. A pesar de su tamaño son muy poderosos y habitan cerca de esa zona; son muy avariciosos y de seguro que no dudan en emplear todo su poder para conseguir lo que quieren. Apuesto a que querrán tu espada y tu escudo y que no cejarán en su empeño hasta tenerlos y tú puedes que salgas mal parado.

Jesré-aser hizo un alto en el relato para tomar un vaso de agua. Daniel le observaba atento.

- No sé qué ocurrió con esos aventureros, pero ninguno volvió nunca. Quizás se encontraron con los *orcires* y se resistieron a darles lo que pedían, eso no creo que lo sepamos nunca. Pero lo que está claro es que se conocieron las desapariciones y todo el mundo comenzó a tenerle miedo a abandonar las poblaciones. Muchos de los que tenían casas en los campos cerca de aquí se mudaron a Ralen o a Somper y solo quedaron los que tenían casas cerca de las poblaciones. Nadie se atreve ya a llegar hasta aquí para comprar madera. Yo tengo que apañármelas cazando ciervos en el bosque y pescando en el río. Yo conozco los límites que no debo pasar, sé que a veces los *orcines* bajan al bosque, siento que están presentes porque emiten ruidos que no hacen los animales. Cuando pasa eso me retiro, no me gustaría encontrarme con ellos y creo que había algunos por el bosque cuando te encontré. Es por eso hijo que deberías pensártelo dos veces antes de tomar esa dirección.

- Tengo un deber que cumplir y es preciso que me dirija hacia las Tierras Desconocidas -dijo Daniel mirándole fijamente a los ojos.

- De acuerdo hijo, no soy un entrometido. Te llevaré hasta el paso de montaña del Endter, es el último punto del valle; a partir de allí tendrás que bajar la ladera del Endter y dirigirte hacia donde te plazca. Ya ha anochecido, quédate si quieres esta noche en mi casa. Hay una habitación libre y te conviene descansar.

- No tengo dinero con el que pagarte.

- No te preocupes, me conformaré con que me cuentes qué hay mas allá de este valle si vuelves.

Ambos cenaron carne de ciervo cazado por Jesré-aser y también tomaron algunos frutos silvestres que había recogido él mismo. A Daniel le recordaban las moras, por su tamaño y color parecido. Sin embargo, estos tenían un sabor agridulce.

- ¿Te gustan los fristers? -le preguntó Jesré-aser mientras señalaba a los frutos.

- Sí, tienen un sabor peculiar pero están buenos.

- Puedes comerlos siempre que tengan ese color oscuro, pero evita cogerlos cuando se presentan verdes porque son venenosos; aunque supongo que ya sabrás eso.

- La verdad es que no lo sabía, no soy del valle, vengo de otro lugar.

La confesión de Daniel desconcertó a Jesré-aser.

- ¿De donde procedes entonces? -le preguntó lleno de curiosidad.

- De un lugar muy lejano, tanto que desconozco hacia que dirección se encuentra o como volver hasta allí.

Jesré-aser no comprendía muy bien como podía ocurrir eso, pero tampoco le dedicó mucho tiempo a intentar averiguarlo. Él, al igual que Daniel estaba cansado y no tardaron mucho en dirigirse a sus respectivas habitaciones.

Daniel se tumbó en una vieja cama, si es que se le podía llamar cama a esa tabla cubierta de un montón de paja que se encontraba en medio de la habitación. Daniel sin embargo se durmió pronto debido al cansancio que tenía.

Un viento gélido corría fuera de la cabaña e invadía el cercano bosque, las cimas de las montañas y, en general, todo el valle de la luz; una vez dormido Daniel comenzó a llover.

CAPÍTULO 16

Esa noche había sido la más fría en mucho tiempo en el valle de la luz.

Daniel se despertó temprano, cuando aún estaba amaneciendo. Jesré-aser se encontraba fuera de la casa. Abrigado con unas pieles de oso observaba el amanecer, la lluvia había cesado. Daniel se puso las botas y el gorro, tras lo que salió de la casa. El amanecer era de una gran belleza, los primeros rayos de sol iluminaban ya algunas partes del valle; Daniel observó en dirección a Somper, en la zona mas baja del valle. No estaba tan lejos de allí pero ya le parecía que había recorrido una gran distancia.

- Mañana fría ¿verdad? -opinó Jesré-aser.

- Sí.

- Puede que haya nieve en el paso del Endter, habrá que andarse con cuidado -dijo Jesré-aser, tras lo que se dirigió a la casa.

Daniel permaneció allí durante dos minutos más, observando como la luz del sol iluminaba paulatinamente el valle. «El valle de la luz» se dijo a sí mismo.

Jesré-aser y Daniel desayunaron y salieron de la casa. Daniel había rellenado su provisión de alimentos con algunas cosas que Jesré-aser le había dado. Ambos se adentraron en el bosque y anduvieron por largo rato entre los árboles, hongos y demás plantas que se encontraban allí. También vieron algunos ciervos, zorros y ardillas. El camino poco a poco se fue haciendo más estrecho, la espesura en el bosque aumentaba conforme ganaban en altitud. El último tramo se encontraba nevado.

- Camina con cuidado -aconsejó Jesré-aser a Daniel.

A Daniel le recordaba las excursiones que a menudo había hecho, en muchas ocasiones a cimas nevadas; solo que esta vez el ocio no cabía en el viaje.

Después de varias horas andando sobre la nieve llegaron al paso de montaña del Endter. Se encontraban algo más arriba de la mitad del Endter y el camino transcurría estrecho. Allí, entre dos grandes pilares de piedra, en el punto más alto del camino, que a partir de ahí bajaba de nuevo, terminaba el valle de la luz.

- Ten cuidado hijo y sobre todo, nunca molestes innecesariamente a los seres que habitan en la tierra, agua y cielo.
- Gracias por todo Jesré-aser, espero poder volver y contarte todo lo que vea -dijo Daniel mientras se armaba de valor y reanudaba el camino-. Jesré-aser contempló como Daniel bajaba por el camino helado. Aunque no conocía la verdadera razón por la que Daniel hacía eso se convenció de que era un joven de ideales, que era capaz de hacer muchos sacrificios por los demás. Tras lo que se dio la vuelta y se dirigió por el camino hacia su cabaña.

Daniel llegó a un pequeño claro en donde pudo divisar el paisaje hacia donde se dirigía. Pudo ver que el bosque se extendía por una larga distancia tras lo cual parecía verse una zona rocosa, quizás desértica. Un sentimiento de soledad e indefensión le vino a la mente. Estaba solo en un sitio que ni conocía, ni tampoco tenía mapas ni nociones de donde se encontraba ni de que rumbo coger. Finalmente decidió que pensar demasiado sobre eso no le ayudaría y retomó el camino.

Varias horas de camino después el Endter había quedado ya atrás y el terreno era mas bien llano, el bosque ya no era tan espeso pero la majestuosidad de los árboles y sus troncos elevándose hacia las alturas seguía presente.

Daniel llegó hasta un claro en el que había un pequeño estanque, la luz del sol iluminaba el agua. Varias mariposas revoloteaban alrededor del estanque, había también una pequeña ardilla en el extremo opuesto a donde se encontraba Daniel que saciaba su sed de esa agua cristalina. Una mariposa se cayó al agua; al ver que se ahogaba Daniel se acercó al estanque; la ardilla trepó rápidamente a un árbol. Daniel se agachó y cogió a la mariposa, la sacó del estanque y la depositó con cuidado en suelo, junto a él y donde le pudiera dar el sol. Contempló como después de una aparente inactividad la mariposa comenzó a mover lentamente sus alas. Daniel se alegró mucho de haberle salvado la vida; siempre le había producido tristeza la muerte de cualquier ser vivo ya fuera persona, animal o planta.

La mariposa comenzó a mover enérgicamente las alas y emprendió el vuelo; Daniel la observaba admirando su belleza, tenía un color blanco y rosado en ciertas partes, colores brillantes que resplandecían brillantemente más aún con la luz del sol.

La mariposa siguió subiendo y subiendo, Daniel la seguía con la mirada. De repente una gran luz tiró al suelo a Daniel. La luz era de un color blanco inmaculado y tenía tanta fuerza que Daniel era incapaz de levantarse ni tan siquiera de mirarla directamente, se tenía que tapar los ojos con una mano mientras que instintivamente desenvainó la espada con la otra.

- No temas -le dijo una voz de mujer suave como un susurro, una voz en la que no cabía el no querer escucharla porque el simple sonido de las letras era como música de harpas cuidadosamente ensayada.

Eso tranquilizó poco a Daniel quien, cegado por la luz seguía sobre el suelo sin poder levantarse. La intensidad de la luz fue disminuyendo poco a poco y Daniel comenzó a distinguir una figura, parecía un cuerpo de mujer que además contaba con alas.

¡Era un hada! Sí, uno de esos seres mitológicos en los que pocos creían estaba ahí frente a él. Daniel se llenó de temor y a pesar de que la intensidad de la luz había disminuido no se atrevía a levantarse. Daniel se puso de rodillas y con las manos en tierra levantó la mirada hacia el hada, comenzó a sentir palabras en su cabeza.

*wx frudarq hv sxur b wx dopd exhqd. Do ljsxdo txh prvwudvwhv plvhulfrugld d
xq vhu pdv shtxhñr, plvhulfrugld wh vhud prvwudgd*

(tu corazón es puro y tu alma buena. Al igual que mostraste misericordia a
un ser más pequeño, misericordia te será mostrada)

Tras eso un nuevo haz de luz, deslumbró a Daniel y, cuando cesó el resplandor el hada había desaparecido. Daniel estaba sobrecogido por lo ocurrido; se planteaba si en realidad había ocurrido eso o si su mente le estaba jugando malas pasadas. Concluyó que tenía que haber ocurrido, ya que en caso contrario no hubiera sido tan real. Daniel reemprendió el camino y anduvo por otro largo rato, tras lo que se detuvo en una parte del bosque que estaba especialmente oscura.

CAPÍTULO 17

Ese mismo día se preparó todo lo necesario para la coronación del Rey. Tal y como indicaba el libro sagrado se convocó a los sabios de todas las poblaciones del valle para que acudieran a la ceremonia de Somper. A partir del momento de la coronación la autoridad residiría únicamente en el rey que, sin embargo, podría acudir siempre que quisiera al consejo de estos sabios.

Gentes de todo el valle acudieron a Somper, muchos de ellos se habían tejido ropa nueva con motivo de tan singular ocasión. A pesar de la maldad que se extendía paulatinamente en el valle la mayoría de las personas deseaban que todo estuviera en paz y que el rey gobernara de una manera justa, equitativa y también firme cuando la situación lo exigiera.

Tander se encontraba en el Kesthal, estaba muy nervioso ante el gran acontecimiento que se presentaba y el cambio de vida que implicaba. A partir de ahora Tander viviría en el castillo real o, tal y como se le pasó a llamar tras la desaparición del rey, el castillo del olvido. Una vez que los mendhires secuestraron al rey el castillo había quedado deshabitado y el rumor de que estaba maldito había contribuido a que se hubiera mantenido así, deshabitado y olvidado tras un pequeño monte cercano a Somper; además la gris roca se había visto cubierta por la maleza que hacía confundir el castillo con el paisaje. Sus cinco torreones se veían cubiertos por hiedra y su gran puerta de madera maciza de roble se había visto resquebrajada por el abandono a la que se había visto sometida.

Pero ahora todo era diferente, el castillo real volvía a brillar. Los muros se habían limpiado, la puerta principal restaurada y los torreones volvían a mostrarse erguidos sobre Somper, anunciando que la casa real volvía al valle de la luz.

Tander se vistió con las ropas propias de rey, sacadas del castillo real. Tenía unas largas vestimentas de seda color marfil sobre la que llevaba una gran túnica del mismo color. Su barba marrón destacaba la inmaculada apariencia que tenía. Ashla y Kimal también se prepararon a conciencia para ocasión.

Ya cercano el ocaso las muchedumbres se congregaron en la plaza principal de Somper, junto al Kesthal. Allí, en el centro de la plaza, en la plataforma levantada para la ocasión estaba todo preparado. El anciano mayor se dirigió a las personas.

- Gentes del valle, hoy comienza una nueva era en nuestra tierra; una era en la que a pesar de las dificultades que afrontaremos podremos contar con una persona. Un gran hombre que nos gobernará y al que a partir de ahora debemos lealtad.

El sabio hizo un descanso, la multitud lo escuchaba atenta.

- Debemos agradecer que contemos con él y puedo aseguraros que es un buen hombre, un hombre de principios que pondrá todo su empeño en que la justicia se imparta en nuestra tierra. Aquí, ante vosotros comparece Tander, hijo de Zalner; descendiente real legítimo del valle de la luz.

Tander que hasta ese momento se encontraba sentado junto a otros sabios detrás del anciano mayor se levantó y se acercó hacia la parte donde todo el mundo pudiera verlo. La multitud prorrumpió en una sonora aclamación del rey.

- ¡Dios salve al rey! -exclamó con júbilo una voz, que fue seguida por muchas otras.

Tander saludó a la multitud e hizo un gesto para que le permitieran hablar. El gran estruendo fue cesando hasta que se hizo el silencio. Tander respiró profundamente y dirigió su mirada hacia Ashla y Kimal que se encontraban en la parte más cercana a él. Sus miradas cálidas y llenas de cariño le dieron fuerza para hablar.

- Hoy tomo esta posición con humildad y convencido de que la infinita sabiduría de nuestro libro sagrado nos indica lo mejor para nosotros. No serán tiempos fáciles, sufriremos en nuestras propias carnes la maldad que se extiende por nuestra tierra. Yo ya he sentido esa maldad, que se ha encargado de llevarse a mi primogénita. Pero confío en recuperarla y estoy seguro de que esta maldad, por la que de seguro estáis preocupados, cesará. Si permanecemos unidos y nos mostramos compasión y empatía nos será posible soportarlo. Confiamos en que el elegido predicho cumpla su función y acabe con las sombras que se ciernen sobre nosotros -dijo Tander con determinación tras lo cual se retiró.

Hubo un corto silencio, tras lo que la multitud aplaudió, mostrando su apoyo a Tander, también se escucharon algunos gritos de ánimo "¡Majestad estamos contigo! ¡Viva el Rey hasta tiempos indefinidos!".

Ashla y Kimal acompañaron a Tander, una carreta tirada por dos caballos los llevó hasta el castillo real que, tras la remodelación sufrida, parecía ya un lugar más habitable. El contar con criados era una nueva experiencia para Tander y su familia, a la que le venía grande la nueva situación.

Los tres cenaron, seguidamente dirigieron a sus nuevas habitaciones. Tander no paraba de preguntarse dónde y en qué circunstancias se encontraría Daniel, solo en medio de las Tierras Desconocidas. Tander confiaba ciegamente en el libro sagrado, por lo que se limitó a pedir a los dioses que protegieran el alma de Daniel.

CAPÍTULO 18

Ya avanzada la mañana despertó Daniel, quien al percibir la hora que era sintió un gran desasosiego. No concebía que pudiera dormir tanto estando en juego tantas cosas importantes; sin embargo las luces de la mañana no penetraban fácilmente en el bosque y le daba la sensación de que un manto de serenidad se extendía por ese bosque, algo que contribuía a que tuviera sueños reparadores en los que siempre aparecía Shela. Soñaba cómo se reencontraba con ella, cómo volvían a estar juntos y cómo toda la maldad arrastrada por los mendhires desaparecía del valle. Daniel oía la voz de Shela en sus sueños, sentía el tacto de su suave e inmaculada piel, veía el intenso azul de sus ojos y el brillar de su pelo rubio al sol. Por horas soñaba que andaba con ella por el valle, que juntos compartían bellas puestas de sol, que bebían de los frescos arroyos y que comían de las dulces frutas de los árboles. Pero al despertar ahí estaba él de nuevo, solo y sin ninguna noción de hacia donde dirigirse.

Por varios días continuó así, andaba grandes distancias, tras las cuales a veces se volvía atrás, por parecerle camino equivocado el que llevaba. En ocasiones oía ruidos, ruidos como los que oyó aquel día en el bosque cercano a la cabaña de Jesré-aser; siempre que ocurría esto Daniel trataba de alejarse.

En la mañana del quinto día, Daniel tomó la determinación de no dar más pasos en falso. Se dijo a sí mismo que no volvería hacia atrás, sino que continuaría a donde le guiaran sus pasos, siempre avanzando.

Daniel caminó durante media hora, tras lo que tuvo que parar a descansar; la comida que llevaba se había agotado y se había mantenido con los frutos encontrados en el bosque. Se agachó a beber de un arrollo y mientras lo hacía escuchó un ruido a su espalda. Daniel volvió rápidamente la cabeza, algunas hojas de un arbusto cercano se movieron.

- ¿Quién está ahí? -preguntó Daniel tratando de mantener la serenidad.

Nadie respondió a la pregunta de Daniel. Tras varios segundos se oyó otro sonido entre los arbustos del lado opuesto. Daniel desenvainó la espada y acudió hacia la dirección de donde había venido el sonido. Sin previo aviso algo se abalanzó desde atrás sobre Daniel y comenzó a golpearlo en su cabeza; Daniel casi no tuvo tiempo a pensar nada, se dio la vuelta como pudo y, valiéndose de sus

brazos y piernas, consiguió quitárselo de encima. Daniel observó que era un hombre joven quien, aturdido por el golpe recibido en la cabeza al caer, trataba de levantarse del suelo. Daniel reconoció el rostro del hombre, era Jet, el aspirante que no llegó a entrar en la casa de Sanyar debido a que esta escogió a Daniel como elegido antes de que Jet entrara.

Daniel se acercó a él; Jet estaba aturdido y mareado y no conseguía levantarse.

- ¿Qué pretendías hacer? -le preguntó Daniel.

- Lo que te mereces grandísimo embustero, darte muerte -contestó Jet con una mirada repleta de odio hacia Daniel.

Daniel se fijó en que Jet le había estado golpeando con un palo pero que llevaba también una espada preparada. Jet se incorporó rápidamente y, desenvainando su espada, se lanzó contra Daniel.

- ¡Tú eres un secuaz de los mendhires! ¡Ellos te enviaron contra nosotros! -dijo Jet mientras trataba de atravesar a Daniel con la espada.

Daniel se defendía como podía usando su escudo; viendo que el intento de Jet de matarlo no cesaba, Daniel comenzó también a usar su espada. Por varios minutos permanecieron luchando entre ellos; el chirriar de las espadas al sonar ahuyentó a muchos pájaros que se encontraban en las ramas de los árboles de esa parte del bosque. Daniel se acordó de la razón por la que Shela le dijo que usaban el lenguaje de la mente «para no molestar a las otras criaturas». Al recordarlo se sintió mal con esa situación, sacó nuevas fuerzas y de un golpe certero en la espada de Jet consiguió mandarla lejos de su alcance. Jet cayó al suelo y Daniel puso la espada justo a la altura de su garganta, casi tocando su piel.

- ¿Por qué has venido hasta aquí? -le preguntó a Jet con rostro serio.

- A mi no me puedes engañar, sé lo que te mueve y la maldad que hay en ti y no pienso dejar que anegues todo el valle con ese espíritu. Engañaste a Sanyar pero conmigo no lo conseguirás -respondió Jet respirando agitadamente.

- El conocimiento que crees poseer es vano; podría acometerte aquí mismo y acabar con tu vida pero no soy quien para quitar vida o juzgar errores. No te eleves por encima del libro sagrado y vuelve a tu casa.

Daniel se dio la vuelta y se alejó caminando lentamente.

- Tu corazón es egoísta, sé que volverás y pretenderás hacerte rey sobre nosotros. Pero yo no te lo permitiré, recuerda estas palabras hijo de extraños, nada en este valle te pertenece -le gritó Jet.

Esas palabras le recordaron a Daniel su infeliz infancia. Todos los problemas, falta de atención y soledad que tuvo desde que murieron sus padres.

Jet se dio la vuelta y se alejó en dirección al valle de la luz.

Daniel reanudó el camino, con el dolor en su cabeza de los golpes infligidos . Estuvo caminando todo el día casi sin descanso, una vez que la oscuridad había caído sobre el bosque Daniel durmió bajo una piedra que, debido a su forma, le protegía del rocío de la mañana.

Al día siguiente Daniel continuó sus pasos; como a media mañana oyó un ruido tras él. El ruido se parecía al que había oído otras tantas veces caminando por ese bosque. Un temor se adueñó de Daniel, se sentía inseguro e indefenso; echó a correr y sintió como los ruidos tras él continuaban e incluso incrementaban en intensidad. Daniel corría desesperadamente esquivando como podía los obstáculos del bosque y a la vez tratando de hacer el menor ruido posible. Observó una gran extensión de helechos, todos ellos con tallo y hojas grandes, sin duda era una especie de helecho que no había visto en su vida. La altura de estos rondaba los setenta centímetros y Daniel pensó que entre esa espesura no le encontrarían fácilmente. Daniel se lanzó a ellos, gateó un poco entre ellos y se tumbó en el suelo de tal forma que las hojas de los helechos hacían inapreciable su presencia.

Los ruidos se incrementaban cada vez más y más. El corazón de Daniel latía tan rápidamente que a Daniel le pareció que iba a salirse del pecho. El ruido incrementó hasta que se detuvo de repente; Daniel no se atrevía a mirar por encima de las plantas. Estaba allí, bajo los helechos; solo podía ver sus hojas pero sabía muy bien que era lo que había allí al lado. No le cabía duda que los orcíres de los que Jesré-aser les habló estaban allí, a escasos cuatro metros de él.

Daniel permaneció inmóvil durante varios minutos escuchando los ruidos que emitían esos seres. Le costaba creer que fuera un lenguaje propiamente dicho lo que estaban usando. Más bien parecían unos ruidos parecidos al de la letra *t* con los que se comunicaban, quizás basándose en la frecuencia o en la duración. Después dejaron de hacer esos ruidos y tras un corto silencio se oyó el rodar de algo, los orcíres se alejaron mientras emitían ruidos.

Daniel siguió inmóvil por un rato; aunque los orcíres se habían ido no se atrevía a salir. Además se habían alejado en la dirección por la que Daniel iba a continuar y no le agradaba la idea de

encontrarse con ellos. Finalmente sacó fuerzas y se levantó; lo que vio a continuación lo marcaría por mucho tiempo: allí en el suelo yacía parte del cuerpo sin vida de Jet; la cabeza había sido arrancada del tronco al igual que una mano y una pierna. Sus ropas marrones estaban desgarradas y había abundante sangre alrededor del cuerpo; evidentemente los orcires se habían ensañado con Jet. Daniel observó horrorizado como un rastro de sangre llevaba hasta la cabeza de Jet que estaba un poco más adelante, a la izquierda del camino. Daniel intuyó que eso era lo que había oído rodar.

A pesar de la impresión que le había causado esa escena, Daniel pensó que no era digno dejar a una persona muerta así. Cavó una fosa en el campo de helechos y recogió los restos de Jet, los introdujo en la fosa y echó tierra encima. Por último raspó unas palabras en una piedra que dejó en forma de lápida. La inscripción rezaba: *Aquí yace Jet*.

Daniel reflexionó durante algún rato; esos seres habían debido de encontrarse con Jet y habrían querido quitarle su espada, escudo y seguramente algunos anillos que llevaba. Jet opondría resistencia, pensando en que tales seres minúsculos no eran amenaza para él y tras matarlo, los orcires se habrían ensañado con su cuerpo, descargando toda su malicia en él.

Esa noche la luz de la luna no brilló en el valle de la luz.

CAPÍTULO 19

Daniel reanudó, no sin trabajo, su camino al día siguiente. Su corazón se encogía con cada ruido que oía en el bosque. A mediodía se tomó un pequeño descanso ya que, tras toda la mañana andando y sin comer nada se sentía fatigado. Tampoco tenía nada para el almuerzo y pensó que un pequeño descanso le haría bien. De repente comenzó a oír ruidos procedentes de todos los lados, eran los ruidos característicos de los orcires.

Daniel desenvainó su espada y tomó su escudo, que normalmente llevaba a la espalda; la tensión era máxima. De repente empezaron a aparecer esos seres diminutos de todas direcciones; comenzaron a rodear a Daniel mientras aumentaba el volumen de los ruidos. Para la sorpresa de Daniel uno de los orcires comenzó a hablar.

- Entrégnos tu espada, tu escudo y tu ropa y quizás te permitamos conservar tu vida -le ordenó con una extraña voz. En su acento se apreciaba el gran uso que le daban a la t.

Daniel lo miró con ojos asustados; el terror era evidente en esos ojos color miel. El orcir era similar a una persona en la figura; pero tan minúsculo a simple vista podía confundirse con un pequeño animal. Su piel era similar a la de una persona, de un tono algo más anaranjado, sus orejas grandes en proporción a su cuerpo y puntiagudas, nariz aguileña y pelo blanco. A pesar de que el hecho de su ínfimo tamaño, (apenas sobrepasaban la altura de los tobillos), parecía darles una apariencia de debilidad, Daniel conocía muy bien lo que eran capaces de hacer.

Daniel trató de captar su mirada que se había dirigido a él. Intentaba descubrir si había algo bueno en ese ser. Ya había descubierto cosas anteriormente en los ojos de Shela; sin embargo estos eran diferentes: muy pequeños, fríos, distantes y, según le pareció notar a Daniel, muy crueles.

- No os puedo dar lo que me pedís -contestó Daniel con voz temblorosa.

El orcir que había hablado comenzó a emitir ruidos, a lo que los otros respondieron con más ruidos. Daniel notó a su alrededor cómo el estruendo se hacía cada vez mayor hasta que se abalanzaron sobre él desde todas direcciones. Comenzó a sentir como si le clavaran cristales a la altura de los tobillos; tras lo que cayó al suelo al no tener la suficiente fuerza para mantenerse de pie. Los orcires se

echaron al cuello de Daniel, quién cerró fuertemente los ojos aguardando su muerte.

De repente una gran luz blanca apareció entre los árboles. El resplandor impulsó a los orcires, que salieron despedidos. Daniel permanecía en el suelo con los tobillos doloridos; se oyeron unas palabras procedentes de la luz:

Alejaos de esa alma pura, seres malignos.

Los orcires huyeron despavoridos en la dirección contraria a la luz, la cual fue disminuyendo en intensidad, y en la cual Daniel comenzó a distinguir un hada. La apariencia del hada era idéntica a la que vio la vez anterior.

Daniel se arrastró en dirección a ella.

- Te agradezco mucho este gesto de bondad hacia mí -dijo Daniel sobrecogido por la inmaculada apariencia del hada y el resplandor que desprendía-. Si hay algo en lo que te pueda mostrar mi agradecimiento te ruego que me lo digas y permitas mostrártelo.

- Puedo ver en tu interior tus sentimientos puros y el buen corazón que posees; tu cuerpo te será sanado y comida en este bosque no te faltará -dijo el hada tras lo cual se desvaneció ante los ojos de Daniel.

Daniel percibió que el dolor causado por el ataque de los orcires se había ido. Ni sus tobillos, ni el resto de su cuerpo presentaban ninguna marca y se sentía mucho más fuerte. Además observó que, en el lugar donde el hada se había aparecido, había una multitud de alimentos; en especial frutas que nunca había visto. Sin embargo Daniel no se lo pensó dos veces y se alimentó hasta quedar satisfecho.

Daniel anduvo tres días más por el bosque. En ese tiempo no hubo rastro de los orcires y se mantuvo bien alimentado debido a la comida que siempre encontraba en el lugar indicado y el momento justo. Tampoco dudó en ningún momento hacia donde ir.

La mañana del cuarto día Daniel comenzó a encontrar restos de civilización. vio monedas, anillos, collares y algunas otras cosas. Daniel solo se guardó una vieja moneda en la que no se podía apreciar ninguna inscripción y un anillo.

Cercano ya el anochecer Daniel llegó a los límites del bosque. Allí se encontró una gran cantidad de alimentos preparados y oyó la voz del hada en su mente.

*txh hvwrv dolphqwrv wh dbxghq d frqvhjxlu wx greoh phwd, ho kdgd vkdogdu
wh ghvhd hclwr hq wx fdplqr*

Daniel se aprovisionó y salió del bosque con un sentimiento profundo de agradecimiento.

CAPÍTULO 20

El paisaje varió una vez fuera de los dominios del bosque. Daniel contempló la nueva tierra que se abría ante él. Las luces del ocaso inundaban de un color rojizo el horizonte; a lo lejos se divisaban varios montes, no muy altos. La vegetación no era tan abundante como en lo profundo del bosque pero también se veían árboles. En primer término varias masas rocosas se erguían mostrando que comenzaba una zona donde abundaban las piedras.

Daniel anduvo por varias horas más, hasta que la oscuridad de la noche cayó con todo su peso sobre esa tierra.

Antes del alba despertó Daniel; su sueño ahora era mucho menos profundo y apacible que cuando se encontraba en el bosque. Tras recorrer unos veinticinco kilómetros y pasado el medio día alcanzó la primera masa rocosa que había divisado. El camino había sido liviano gracias a, entre otras cosas, la pendiente descendente que había sido constante a lo largo del camino. Sin embargo ahora había que subir a ese gran peñón.

Daniel se alimentó, recobrando fuerzas y acometió la tarea de subirlo. Tras dos horas de gran esfuerzo llegó a la parte más alta. Observó desde allí lo que parecía ser un templo, de color gris claro y con cuatro grandes columnas a la entrada. El templo se hallaba abajo, junto a otra gran masa rocosa similar en altura, anchura y masa a la que Daniel había subido. Daniel se fijó, como entre esas dos peñas y las paredes casi verticales de dos montañas se encontraban multitud de cabañas. Daniel observó cuidadosamente lo que veía, las cabañas estaban hechas de ramas de madera que no daban la sensación de ser muy consistentes. El templo estaba algo apartado de la zona donde se agrupaban las cabañas y desde la distancia se apreciaba la existencia de personas allí abajo. A Daniel le llamó la atención la zona en la que vivían; entre dos grandes peñones y dos montañas el lugar no era propicio para ser abandonado rápidamente.

Daniel comenzó a descender con cuidado, tratando de caminar por zonas escondidas de tal forma que las personas de abajo no pudieran verlo. Buscaba el refugio de las rocas debido a la ausencia de vegetación. Tras casi cuarenta minutos de bajada Daniel se encontraba casi al pie del peñón, sin embargo contaba con una visión privilegiada. Algo captó su atención: allí, entre las cabañas, una estructura de tres palos de madera, dos de base y uno que, en posición horizontal, se sostenía sobre

los otros dos, sujetaba a un hombre. El hombre, de pelo moreno, larga barba del mismo color y grandes ojos negros se encontraba sujeto de manos al palo superior y tenía los pies sujetos por una cadena entre ellos. Alrededor de él había varias personas; una de las cuales, con una vara de madera en su mano hablaba a los demás y hacía gestos expresivos. Daniel no pudo oír lo que dijo pero le pareció que el futuro del hombre que se encontraba atado no era muy halagador.

Daniel permaneció por un rato pensando sin saber que hacer. Finalmente decidió que bajaría cuando oscureciera.

Una vez que el sol se había ocultado y la única luz que quedaba era la de la luna y las estrellas Daniel descendió por la gran roca. Llegó hasta el suelo y se introdujo con cuidado en aquel lugar; varias fogatas iluminaban el lugar y calentaban a sus habitantes. Junto a una de ellas se encontraban varios hombres hablando.

- Mañana es el día -señaló uno.
- Sí, la hora de Rosjer ha llegado -comentó otro.
- Aguardo con impaciencia el banquete de mañana -dijo entusiasmado un tercero.

Daniel pasó por detrás de ellos sin hacer ruido, estaban armados con lanzas y no quería averiguar qué hacían con los turistas. Sí notó el aislamiento que debían tener, en base al tipo de vestimenta que usaban. Se valían de pieles de animales que ponían sobre su cuerpo sin más proceso de tejido o composición.

Un poco más adelante un hombre y una mujer conversaban, mirando al amarrado desde cierta distancia.

- Hiciste un gran trabajo con él -dijo el hombre.
- Sí -se limitó a contestar ella.

Ambos se marcharon hacia una cabaña. Daniel observó el panorama a su alrededor; no había nadie vigilando. Sigilosamente se aproximó al que se encontraba amarrado, quien se sobresaltó cuando percibió la presencia de Daniel.

- No hagas ruido -le susurró Daniel-, quiero ayudarte a escapar.
- Mi existencia es efímera y vacía, ¿qué queda ya para un hombre que ha perdido su lugar? -respondió el hombre con la mirada triste y perdida. Una mirada que no se levantaba del suelo.

Esas palabras no acabaron con el empeño de Daniel de liberarlo. Miró a su alrededor, buscando algo

que le pudiera ser de utilidad para romper las cadenas. No vio nada. Se oyeron unos ruidos provenientes de dentro de la cabaña más cercana.

- ¿Quién vive ahí? -preguntó Daniel manteniendo el tono de voz.

- Jizriel, es el vigilante -contestó el hombre atado.

Daniel se alejó en dirección a la cabaña. El leve ruido de sus pasos era imperceptible en el silencio de la noche. Llegó a la cabaña sin ser descubierto; en el interior se oían voces. Se distinguían de hombre y de mujer.

- Tengo hambre, llevamos cuatro días en los que apenas hemos comido -decía la voz femenina.

- Ten paciencia, mañana habrá un banquete. Nos saciaremos con la carne de Rosjer -le contestó la voz del hombre.

Un escalofrío recorrió la piel de Daniel; eran caníbales y el hombre que se encontraba atado en medio del poblado era la próxima comida.

- Si no como nada esta noche voy a perecer de hambre -insistió la mujer.

- Está bien, saldré y trataré de cazar algo -respondió el hombre, hastiado.

Daniel se colocó en el extremo opuesto de la puerta de tal forma que el hombre no le viera al salir. Sobre medio minuto después un hombre fornido, de gran altura salió de la cabaña con un arco y varias flechas en la mano, Daniel lo observó alejarse. Un poco después salió la mujer y se dirigió hacia donde Rosjer. Daniel no perdió ni un momento y se precipitó dentro de la cabaña, en varios vistazos rápidos descubrió un hacha sobre el suelo, cerca de donde se hallaba una rudimentaria estantería de madera que contenía lanzas, dagas y cuchillos. Sin dudarle un momento Daniel tomó el hacha y salió rápidamente de allí.

La mujer ya volvía a la cabaña cuando Daniel se colocó detrás de la misma. Ella entró sin reparar en su presencia.

Daniel se dirigió rápidamente hacia donde se encontraba Rosjer.

- Con un par de golpes estarás libre. Espero que tengas fuerzas para correr porque si nos oyen supongo que no nos dejarán marchar tan fácilmente.

- Te tomas muchas molestias joven extranjero, pero nada queda para mí ya, nada por lo que luchar, nada por lo que vivir. Mi corazón solo desea la muerte.

Daniel no sabía que hacer ni decir, no sabía qué podía decirle a una persona desanimada y a la que ni siquiera le alentaba la idea de mantener la vida. De repente una idea vino a su mente.

- Necesito tu ayuda Rosjer. Tengo que cumplir una misión y sin tu ayuda no creo que consiga llevarla a cabo.

Rosjer clavó sus ojos oscuros en los de Daniel.

- De acuerdo, te ayudaré si escapamos con vida de aquí.

- Prepárate para correr -le ordenó Daniel mientras agarraba el hacha con su mano derecha.

Daniel levantó el hacha con ambas manos y dio un golpe certero a una de las cadenas que sujetaban sus manos; otro golpe más y su otra mano estaba en libertad. Por último un tercer golpe soltó las cadenas de sus pies.

Daniel lanzó el hacha e instó a Rosjer a huir rápidamente.

- Quizás no salgan tras nosotros -dijo Rosjer mientras corría tras Daniel-. Puede que se piensen que alguno de ellos está cortando hierros.

Esas palabras tranquilizaron poco a Daniel quien seguía corriendo velozmente por en medio del poblado tratando de alcanzar la segunda masa rocosa, la del otro extremo por la que debían continuar.

Una vez que habían dejado las cabañas atrás se comenzó a oír un ruido a lo lejos que, se incrementó a los pocos segundos.

- ¡Son ellos! ¡Estamos perdidos! -exclamó asustado Rosjer.

- ¡No te rindas ahora! ¡Corre con todas tus fuerzas! -le gritó Daniel desde su posición adelantada.

Daniel miró hacia atrás y vio luces de antorchas que se aproximaban.

- Ya casi hemos llegado a la gran piedra -exclamó tratando de animar a Rosjer.

- El peñón de Rizpá-Malpá -le aclaró Rosjer con una voz en la que se denotaba el esfuerzo físico que estaba haciendo.

Daniel alcanzó el peñón y se volvió hacia atrás; a Rosjer le faltaban tan solo unos diez metros para llegar hasta él. El grupo de perseguidores comenzó a lanzar flechas incendiadas mientras gritaban.

Daniel subió un poco y ayudó a Rosjer en su ascenso ya que a este le fallaban las fuerzas, la turba comenzó a acercarse peligrosamente. Las flechas incendiadas de fuego ya caían en las proximidades

de Daniel y Rosjer.

- Ellos nos alcanzarán, nos darán muerte. Veo que hay fortaleza en ti, joven extranjero. Huye mientras puedas, salva tu vida -instó Rosjer a Daniel.

- Mientras queden fuerzas en mí no haré tal cosa -respondió Daniel mientras se echaba Rosjer a la espalda.

Daniel cargó con Rosjer y continuó el ascenso del peñón de Rizpá-Malpá. Una flecha incendiada estuvo a punto de alcanzar la cabeza de de Rosjer. Daniel aceleró el paso todo lo que pudo, era difícil imaginarse como podía subir tan rápidamente con un hombre a la espalda.

Algo más abajo la multitud los seguía persiguiendo, las palabras se distinguían ya entre las voces.

- ¡Mañana tendremos un gran banquete! -decía uno.

- ¡Comeremos hasta quedar satisfechos de sus carnes! -exclamó otro.

- ¡No tienen escapatoria alguna! -gritó un tercero.

Daniel concluyó que no tenía sentido seguir así porque acabarían alcanzándolos. Ocultó a Rosjer entre unos arbustos y le indicó que trataría de despistar al grupo y que, cuando viera que los había despistado volvería para retomar la subida del peñón de Rizpá-Malpá. Daniel se dirigió en dirección noroeste, subiendo el peñón pero alejándose del camino.

El sigilo de Daniel y la oscuridad de la noche hizo que el grupo de perseguidores quedaran desconcertados; no sabían hacía donde se habían dirigido esos dos hombres a los que perseguían. Viendo que se decantaban por seguir el rumbo en el que estaba Rosjer, Daniel decidió que debía atraer la atención para sí. Comenzó a hacer ruido voluntariamente y los efectos no se hicieron esperar: una nueva ráfaga de flechas incendiadas volaron hacia él. Tuvo suerte de que ninguna le alcanzara y comenzó a subir la masa rocosa a la velocidad más rápida que le permitían sus piernas, siempre alejándose de Rosjer.

Durante quince largos minutos persiguió la turba enfurecida a Daniel. Después consiguió ir dejándolos atrás hasta que, ya alejado de ellos, escaló una pared vertical de unos diez metros que le dejó con una vista privilegiada. La luz de la luna era intensa y permitía ver con una claridad inusitada en la noche.

Daniel observó desde ese lugar al grupo de perseguidores que, antorchas en mano se habían detenido en un pequeño llano. Se pusieron a discutir entre ellos, se recriminaron unos a otros que Rosjer hubiera escapado y que Daniel los hubiera despistado.

- ¡Toda la culpa es de Jizriel! -gritó un hombre señalando al vigilante de Rosjer, quien se había incorporado al grupo de perseguidores cuando vio lo que había pasado.

- Sí -exclamó otro, ¡comamos de su carne y de la de su esposa en compensación por dejarlo escapar!

Ni Jizriel ni su esposa volvieron a ver la luz del sol.

CAPÍTULO 21

Daniel pasó la noche despierto. La turba se llevó a Jizriel y su mujer maniatados y le aterraba la idea de lo que iba a ocurrir. En cuanto aparecieron las primeras luces de la mañana corrió hacia el lugar donde dejó oculto a Rosjer. El hombre dormía en su escondite ajeno a todo. Daniel lo despertó, tuvo que zarandearlo levemente porque su sueño era muy profundo.

- ¡Nuestros perseguidores se llevaron a Jizriel y su mujer! ¡Debemos salvarlos antes de que los maten!
- exclamó Daniel con aire urgente.

- ¿Por qué hacerlo? -inquirió Rosjer aún aturdido por el sueño.

- Porque son personas, son seres humanos los que van a morir -respondió Daniel, que se comenzaba a indignar con la pasividad de Rosjer.

- Si tú no me hubieras liberado ellos hoy me habrían comido. Si intentáramos salvarlos muy probablemente nos darían en mano del pueblo para que nosotros fuéramos los sacrificados. Esa es la pena con la que se castiga en mi pueblo el salvar a alguien condenado; si yo anoche hubiera querido dar tu vida a la multitud se me habría permitido seguir viviendo a condición de que fueras sacrificado.

Esas palabras asustaron a Daniel. No concebía cómo era posible que seres humanos se pudieran guiar por reglas de esa clase. Sin embargo tampoco le parecía que hubiera mentira en los ojos de Rosjer.

Daniel recordó el propósito de su viaje y decidió continuar el camino. Le dio a Rosjer el arco y flechas de Jizriel que por la noche habían quedado abandonados en el llano donde lo prendieron, y que por la mañana Daniel se encargó de recoger. Una hora después ambos coronaban la cima del peñón de Rizpá-Malpá.

Tras cinco horas de camino en las que apenas habían hablado llegaron a una zona pantanosa. La niebla cubría el cielo y todo a su alrededor; el aire era frío, apenas había unos cuantos árboles sin hojas ni flores en sus ramas, el agua era de una tonalidad marrón oscura y el silencio era prácticamente absoluto. Sin duda era un lugar que helaba la sangre.

- ¿Conoces esto? -preguntó Daniel.

- Nunca antes había salido de la garganta de Rizpá-Malpá, en la que vive mi pueblo, pero he oído

hablar de cierta zona llamada *el pantano de la oscuridad*. De él dicen que ningún hombre lo ha atravesado jamás; puede que sea este -respondió Rosjer pensativo.

- No quiero obligarte a ir donde no desees. Si no quieres acompañarme puedes ir a donde te plazca - dijo Daniel.

- Ningún propósito tiene mi vida salvo ayudarte en tu misión; no pierdo nada con la muerte por lo que te acompañaré allá donde me puedas necesitar. Solo dime tu nombre.

- Daniel -le contestó mientras trataba de imaginar qué le había quitado las ganas de vivir a Rosjer.

Los dos se adentraron en la zona pantanosa. Tras una hora andando entre las hojas mojadas del sueño y el fango acumulado a las orillas del pantano Rosjer pidió comida a Daniel. Este le dio algunos frutos y algo de pan que conservaba del bosque del hada y los orcires. Se sentaron en sendas piedras mientras Rosjer comía.

- Gracias Daniel, hacía casi una semana que no probaba alimento.

- ¿De qué suele alimentarse tu pueblo? -preguntó Daniel con una mirada expresiva, una mirada en la que se podía leer la repugnancia con respecto a lo poco que conocía de las costumbres de las gentes de la garganta de Rizpá-Malpá.

Rosjer percibió en los ojos color miel de Daniel lo que este pensaba.

- Eres noble chico, sé que no harías lo que nosotros hemos hecho durante tanto tiempo. Pero sólo hemos recurrido a las personas cuando no hemos tenido suficiente con los animales o frutos silvestres. Nuestro terreno es muy limitado, no podemos cultivarlo por la mala calidad de la tierra y nadie quiere salir de la garganta -contestó Rosjer tratando de restarle importancia.

- Siento no concebirlo, pero tampoco te juzgaré por ello pues no soy quien para hacerlo. Solo júrame que bajo ningún concepto intentarás hacer nada así mientras me acompañes en mi camino -le respondió Daniel con gesto serio.

- Que la muerte venga sobre mi si hago tal cosa.

Tras comer reanudaron el paso en un camino en el que, la oscuridad iba aumentando en cada paso que daban. Aunque se encontraban en las primeras horas de la tarde no había rastro del sol, cubierto por la niebla desde que entraron en el pantano. Poco después comenzó a llover, lo que oscureció aún más el día. De vez en cuando una brisa helada corría en la zona pantanosa. Daniel agradeció el gorro que le dio Tander antes de partir; a Rosjer le vino bien su abundante pelo para protegerse del frío.

Tras casi una hora andando bajo la abundante lluvia Daniel y Rosjer divisaron una cueva y se refugiaron en ella. Ambos se sentaron al cobijo de la fría piedra donde, al menos, no se seguían mojando. Aunque ambos se dieron cuenta de que en la situación en que se hallaban (mojados por completo), era peor mantenerse parado que andar; Daniel se dispuso a explorar la cueva y Rosjer le acompañó.

Durante unos veinte minutos anduvieron por las galerías de la cueva. Pudieron percibir que eran de unas dimensiones grandes, por lo que fueron marcando los lugares por donde pasaban. Gracias a la luz de una vela que Daniel llevaba pudieron guiarse. En el último tramo ciertas inscripciones en la piedra llamó la atención de Daniel.

Esta es la cueva de Rensir, al igual que el pantano toda ella me pertenece.

No hay lugar para la compasión ni la benevolencia en mis dominios.

Si a algún extraño hallara en mis territorios, la muerte pediría él.

Rensir, el señor de la cueva, no tendrá piedad de quien se aventure a verlo.

- Creo que deberíamos dar media vuelta -opinó Daniel tras leer las inscripciones.
- Como quieras -respondió Rosjer indiferente.

De repente, un gran resplandor proveniente de una galería que se adentraba en lo profundo de la cueva llegó hasta ellos. La luz blanca iluminaba todo a lo que se alcanzaba a ver. Daniel miró hacia Rosjer, el gesto de este indicaba el temor y sobrecogimiento que experimentaba.

- Sal de la cueva, yo voy a ver la procedencia de esa luz -ordenó Daniel a Rosjer.
- Como desees -dijo Rosjer, dirigiéndose en dirección a la salida.

Daniel anduvo por la cueva, en dirección a la intensa luz que veía, y que, se incrementaba cuanto más andaba. Poco tiempo después la estrecha galería concluyó y culminó en una gran sala. La luz ahí era ya irresistible, a Daniel comenzaron a dolerle los ojos y ese gran resplandor no le permitía ver nada.

Poco a poco comenzó a distinguir las enormes dimensiones del lugar donde se encontraba tanto en altura, anchura y profundidad. También comenzó a apreciar la figura, de lo que parecía un hombre, en la dirección donde la luz más cegaba.

- Querías verme ¿verdad? -exclamó una voz procedente de la silueta. Una voz que tenía cierta tonalidad especial.

Daniel guardó silencio.

- Sé que querías ver mi gloriosa apariencia, todos anhelan contemplarla antes de morir. Por eso abandonan el valle y vienen aquí, desean admirar tan solo una vez mi poder. Pero ahora que me has contemplado debo darte muerte. Dile adiós a tu miserable existencia -dijo el ser tras lo que extendió un haz de luz, que se dirigió velozmente hacia Daniel.

Daniel reaccionó rápidamente, desenvainó su espada y agarró su escudo, que interpuso entre el haz de luz y su cuerpo. Una gran fuerza lo lanzó unos cuantos metros más atrás.

- Vaya, es la primera vez que me oponen resistencia -dijo el ser, que disminuyó la intensidad de la luz.

Daniel se incorporó y lo observó con sus ojos doloridos; era similar a un hombre. Tenía largo pelo castaño, una altura ligeramente superior a la de Daniel, similar a la de un hombre alto y unos ojos en los que se encontraba su diferencia más notoria, ya que eran de un color plateado. Parecía también, llevar unas largas ropas negras que cubrían desde su cuello hasta sus pies, dejando tan solo su rostro al descubierto. Era obvio que se trataba de un mendhir; Daniel trató de mantener la serenidad ante uno de esos seres tan poderosos. Ante él estaba Rensir, el guardián de la cueva y del pantano de la oscuridad.

Rensir se acercó lentamente a Daniel, quien permanecía inmóvil.

- ¿Pretendes elevarte por encima de mí? Haré que supliques por morir -dijo Rensir extendiendo un nuevo haz de luz. Daniel volvió a repelerlo con el escudo, permaneciendo esta vez en el sitio.

Un gesto de sorpresa apareció en el rostro de Rensir, quien apreció algo distinto en Daniel.

- ¿Y cuál es la razón de tu venida, joven humano? -preguntó Rensir en un tono sarcástico.

- El de traer la muerte sobre ti y sobre todos los mendhires -respondió Daniel sin titubeo.

Una sonrisa apareció en el rostro de Rensir.

- Pobre infeliz, no puedes matarnos, pero ellos si que lo harán con tu amiga humana. Le causarán el mayor sufrimiento imaginable y lo harán en tu presencia, para que veas su trágico final.

Daniel se acercó rápidamente e infligió un rápido golpe de espada de derecha a izquierda sobre el cuello de Rensir. Daniel notó como la carne se cortaba y se cerraba al mismo momento que el acero pasaba por su piel de tal forma que, después de la estocada, Rensir se encontraba en el mismo estado que antes de ella.

Una risa estruendosa comenzó a salir de Rensir. La risa reflejaba toda la maldad y crueldad que había en su interior. De repente una gran luz resplandeció en él; esa luz fue demasiado para Daniel,

que se alejó casi a tientas por la galería por la que había entrado.

Largo rato después llegó Daniel a la entrada de la cueva, donde esperaba Rosjer.

- Te creía muerto -le confesó-. Una risa cruel llegó hasta aquí.

- Un ser muy poderoso y malvado habita esta cueva -contestó Daniel, haremos bien en alejarnos.

Los dos emprendieron de nuevo el camino; apenas llovía ya sobre el pantano de la oscuridad.

CAPÍTULO 22

Los días siguientes a la coronación de Tander transcurrieron tranquilos en el valle de la luz. Las personas parecieron calmarse un poco, pero fue un espejismo. El rumor de que varios jóvenes se habían lanzado a la búsqueda de los mendhires intranquilizó a muchos. Muchos otros dudaban de la confiabilidad del elegido, sobre todo después de conocer la forma en que había sido escogido. Comenzaron a surgir críticas hacia el libro sagrado, los sabios e incluso el rey. Los corrillos en las plazas eran un burbujear de críticas y malestar. Muchos argumentaban que el haberle otorgado esa gran responsabilidad a un muchacho extranjero era un craso error ya irremediable.

Tander mantuvo el Keshtal. Los sabios seguían reuniéndose allí para juzgar casos que el pueblo les llevaba; cuando por la complejidad de la situación no estaban seguros de cómo obrar llevaban el caso ante el rey.

Debido al aumento de la violencia se estableció la pena de muerte, en la horca. Por otro lado los conflictos relacionados con los límites de tierras y robo de posesiones aumentaron de tal forma que era imposible tratarlos todos.

Tander paseaba por los jardines del castillo, acompañado del antiguo sabio mayor.

- La situación empeora -le confesó Tander-. El egoísmo y la violencia aumentan y nada parece que podamos hacer.
- Se dice que ciertos extranjeros se han introducido en nuestras poblaciones, yo creo que sería oportuno localizarlos y hacerles algunas preguntas -opinó el anciano.
- Sí, aunque no será fácil. No veo a la gente dispuesta a colaborar -dijo Tander bajando la cabeza. No podía quitarse de la cabeza la sensación de mal rey que tenía de él mismo.
- En cualquier caso se hará lo que su majestad decida.

Tander meditó durante varios minutos. Observó el castillo real, el bosque que se extendía en las cercanías de los jardines del castillo, el cielo nublado de color grisáceo y, finalmente, el rostro inquisitivo del anciano.

- Que se pase un pregón por todas las poblaciones indicando que todo extranjero que more en el valle de la luz debe presentarse en el keshtal -ordenó Tander.
- Así se hará -respondió el anciano.

El pregón se anunció en las plazas públicas de Somper, Tudmin, Jedmen y Ralen. Los mensajeros comunicaron a la población que estaban en el deber de informar si veían a algún extranjero que no tuviera la intención de presentarse ante el rey. El pregón trajo una nueva oleada de comentarios, críticas y conjeturas.

CAPÍTULO 23

Daniel se despertó temprano. Seguía en el pantano de la oscuridad y le parecía que hacía meses que no veía el sol aunque la realidad era que solo habían pasado varios días. Además, entre Rosjer y él habían acabado con casi todas las provisiones.

Rosjer se encontraba pensativo, sentado en una roca mientras observaba las turbias aguas del pantano. Daniel notó que Rosjer se dormía todas las noches después que él y se despertaba antes.

- Vamos Rosjer, tengo ganas de salir de este yermo desolado. Hay que conseguir comida -le instó Daniel.

Ambos reemprendieron la marcha, tuvieron que caminar por el agua debido al aumento del nivel del pantano. Daniel tuvo suerte de que el nivel del agua no superara la altura de sus botas. Rosjer en cambio caminaba descalzo, tal y como lo encontró Daniel en la garganta de Rizpá-Malpá.

Tras varias horas de camino aumentó la luz.

- Debemos de estar cerca del fin de este pantano -dijo Daniel entusiasmado a la vez que echó a correr.

De repente una especie de liana gruesa y de color verde oscuro apareció desde una orilla del pantano y agarró a Daniel por el estómago. Rosjer observó que la liana procedía de una gran planta de color rojo, con un gran orificio en el centro en forma circular que tenía unos dos metros de diámetro. Daniel desenvainó la espada rápidamente y cortó la liana, quedando libre. Pero en seguida aparecieron cuatro lianas más que sujetaron sus brazos y piernas; la fuerte presión que ejercían estas fue suficiente para debilitar a Daniel, cuya espada cayó al agua.

Las lianas comenzaron a llevarse a Daniel hacia la planta, Rosjer reaccionó rápidamente y, sosteniendo el arco firmemente lanzó varias flechas; sólo una de ellas alcanzó a la planta carnívora, pero fue suficiente para que se debilitara y soltara a Daniel, que cayó al agua.

- ¿Qué era eso? -inquirió Daniel mientras se levantaba, aturdido por el golpe.

- Sin duda una planta carnívora -respondió Rosjer.

- Gracias, me alegro de que estés conmigo -dijo Daniel mientras apoyaba su mano en el hombro de Rosjer.

Unos quince minutos de paso ligero después llegaron al fin del pantano de la oscuridad. Un nuevo paisaje se abría ahora ante ellos; en primer término se apreciaban prados verdes, con abundantes arroyos, árboles y arbustos. Un poco más lejos aparecían majestuosas montañas con las cimas nevadas.

- Este parece un buen lugar para conseguir provisiones -comentó Daniel.

Durante lo restante de la mañana y toda la tarde se aprovisionaron allí. Daniel encontró más fristers y aprovechó para guardar un buen número de ellos además de muchos otros alimentos; Rosjer también recogió todo lo que pudo de las plantas y los árboles que conocía. Ambos pasaron la noche allí.

CAPÍTULO 24

Varias horas después del amanecer se despertó Daniel quien, al ver la hora a la que se había despertado, se enfureció con él mismo. Rosjer se acercó a él, notando lo que le ocurría.

- Vamos Daniel. Necesitabas este descanso, te hará bien para las largas jornadas que nos esperan.

Daniel se dijo a si mismo que Rosjer llevaba mucha razón. Los días anteriores lo habían agotado y no podía mantener un ritmo fuerte sin descansar. Sin embargo, no concebía el dormir más de lo imprescindible cuando Shela se encontraba en manos de los mendhires.

- Yo no debería dormir tanto. Muchas cosas dependen de mí.

- ¿Por qué haces todo esto? -le preguntó Rosjer en un tono en el que se apreciaba que comenzaba a haber confianza.

- Es fundamental para el futuro del valle de la luz. Las vidas de muchos están en peligro -le respondió Daniel con la mirada ausente.

- ¿Y la vida de alguien en particular? No te ofendas chico pero nadie se toma tantas molestias por personas a las que no conoce.

- Todas las vidas son preciosas -exclamó Daniel molesto.

Los dos se mantuvieron unos segundos en silencio.

- Y a ti también te vendría bien descansar -dijo Daniel-. ¿Cómo es posible que duermas tan poco? Sólo te he visto dormir una vez.

- No soy un hombre que se complazca en el sueño -respondió Rosjer mirando en otra dirección-. Ese día dormí porque llevaba unos cinco días sin dormir nada; pero nunca he dormido mucho.

- O más bien algo te cambió, de manera que llegaste a repudiar todas las cosas que te recordaran lo que te acaeció -dijo Daniel.

Rosjer seguía dirigiendo la mirada hacia el lado opuesto al que se encontraba Daniel. Era como si se negara a que Daniel percibiera en sus ojos todo el dolor y sufrimiento que había experimentado.

Daniel pareció notarlo.

- ¿Qué ocurrió Rosjer? ¿Por qué perdiste tu lugar? ¿Por qué llegaste a desear la muerte?

- ¿Sabes? -dijo Rosjer, en cuyo rostro comenzaban a aparecer lágrimas-. El amor es algo curioso, es capaz de elevarte hasta lo más alto y de hundirte en lo más profundo.

Viendo que no podía reprimir las lágrimas Rosjer se alejó en dirección a un arroyo cercano que se encontraba debajo de unos árboles.

La frase conmovió a Daniel, que comprendió que Rosjer necesitaba intimidad y no quiso molestarle. Se quedó, sin embargo, reflexionando en esa frase que tan cierta le pareció.

Unos veinte minutos después volvió Rosjer, que había vuelto a su anterior gesto serio.

- ¿Nos vamos? -preguntó.

- Por supuesto -contestó Daniel con tono amable.

Ambos se dirigieron hacia las montañas atravesando las praderas verdes.

CAPÍTULO 25

Durante tres días anduvieron cruzando bosques, prados y ríos. La vegetación y el alimento era abundante en aquella zona y tampoco faltaban buenos lugares para descansar; aunque sólo paraban para dormir durante unas seis horas y volvían al camino.

Al ocaso del tercer día llegaron al pie de la cordillera montañosa que habían divisado al salir del pantano de la oscuridad y que Daniel estaba resuelto a escalar.

- No será sencillo atravesar esas montañas -comentó Rosjer-. No son como el peñón de Rizpá-Malpá, sino que atesoran una gran altitud.

- Puede que sea mejor buscar otra ruta -respondió indeciso Daniel, que comenzaba a albergar dudas sobre que camino tomar-. Durmamos esta noche aquí y mañana continuaremos la marcha.

Habían transcurrido tres horas desde el anochecer y Daniel permanecía despierto. Rosjer dormía a unos cuantos metros de él. Daniel observó que se había dormido con el arco en una mano y una flecha en la otra. También cayó en la cuenta de que esa era la primera noche desde que partieran del peñón Rizpá-Malpá, que Rosjer se dormía antes que él.

Poco a poco el sueño le fue venciendo. Daniel escuchó un ruido, abrió los ojos y vio a una joven que se acercaba a él. Daniel se frotó los ojos pero la seguía viendo. ¡Era Shela! Sin embargo él seguía atónito, no se creía que pudiera estar allí. Finalmente reaccionó y salió corriendo hacia ella.

Daniel se angustió al ver como, por más que corría, no conseguía llegar hasta Shela, que se alejaba de él.

- Por favor no te vayas -le suplicó Daniel.

- No soy dueña de esa decisión, ellos me llevan a donde les place -dijo Shela con su suave tono de voz. Seguidamente unas rejas se interpusieron entre ella y Daniel.

Daniel se lanzó a donde estaba Shela y se agarró a los barrotes que le impedían abrazarla. Los ojos de Shela se veían tristes y desolados.

- Sálvame Daniel, te lo ruego. No me abandones aquí; cada día muero un poco más. Necesito ver el sol, los campos, respirar el aire del valle y, por encima de todo, necesito estar contigo. Desfallezco sin tu compañía, muero sin tu amor, languidezco estando lejos de ti y no sé cuanto tiempo podré aguantar.

- Te encontraré Shela, encontraré la fortaleza de las tinieblas y te rescataré -le respondió Daniel decidido.
- Ellos tratarán de confundirte, querrán detenerte de cualquier forma -le advirtió Shela, en cuyos ojos se apreciaba una gran preocupación.

Daniel miró profundamente a sus ojos y Shela oyó unas palabras en su mente.

Qr kdb qdgd hq hvwh pxqgr txh vhd fdsda gh vhsduduph gh wl

(No hay nada en este mundo que sea capaz de separarme de ti)

Una sombra comenzó a caer sobre Shela, quien fue desapareciendo paulatinamente. Daniel se desesperaba intentando alcanzarla pero los barrotes le impedían llegar hasta ella. De repente los barrotes desaparecieron y Daniel se precipitó hacia delante. Lo siguiente que vio fue a Rosjer durmiendo y se dio cuenta de que había sido un sueño. Todo a su alrededor estaba igual que antes de que cerrara los ojos y no había huellas de pisadas en ninguna parte. Sin embargo Daniel estaba seguro de que no había sido un simple sueño creado por su imaginación y, el hecho de que ahora no tenía ninguna duda con respecto a qué camino tomar, contribuía a su idea de que eso no había sido un sueño como cualquier otro.

Daniel no volvió a dormir aquella noche.

Aún no habían aparecido las primeras luces de la mañana cuando Rosjer se despertó. Este se sobresaltó viendo que Daniel estaba despierto.

- Tranquilo amigo, ¿te encuentras con fuerzas para continuar? Hoy será un día muy largo, subiremos las montañas -le dijo Daniel.
- Claro -contestó Rosjer serio.

Los dos reanudaron el camino, tratando de ver en la oscura noche que pronto acabaría.

Por varias horas atravesaron los bosques que se encontraban al pie de las montañas. La quietud era absoluta en aquellos parajes y Daniel se percató de la presencia de animales que nunca antes había contemplado.

- No me gusta este sitio, aquí uno no sabe con lo que se va a encontrar oculto en la espesura -opinó Rosjer.

Daniel no le respondió, estaba completamente ensimismado por la belleza de aquel lugar.

Los animales fueron desapareciendo conforme ganaban altitud. Tras cuatro horas más de camino hicieron un alto para descansar y comer. Mientras Rosjer devoraba ansiosamente su porción Daniel se alejó; había oído un ruido y tenía curiosidad por ver que animal podía vivir en esa parte alta de la montaña. Anduvo entre la espesura dirigiéndose hacia el lugar del que provenía el ruido. Apartó las ramas de un árbol y lo que vio lo dejó boquiabierto.

Allí en un gran claro del bosque, alrededor de un pequeño lago y bajo un radiante sol, se encontraban los animales que habitaban la alta montaña. Daniel los observó, tenían cierto parecido a los caballos en la forma; pero eran de bastante mayor tamaño y constaban de cuatro alas, así como de abundante pelo. Había allí una gran manada, sus colores brillaban bajo los rayos del sol. Rojo, amarillo, azul, verde, violeta, pastel... La lista era casi interminable, Daniel estaba maravillado ante el espectáculo que le ofrecían esas majestuosas criaturas.

Algunos pacían, otros corrían, otros pocos bebían del agua del lago. Algunos comenzaron a volar. Algo captó la atención de Daniel; no muy lejos de él, también protegido por la espesura, Rosjer observaba a estos animales con fines muy distintos. Daniel pudo ver como sacaba una flecha y apuntaba con el arco en dirección a uno. Daniel salió de entre la maleza y corrió, acortando camino por medio del claro, hacia donde se encontraba Rosjer. Algunos de los animales se asustaron y emprendieron vuelo, otros permanecían ajenos a lo que ocurría.

Daniel se lanzó sobre Rosjer en el mismo momento que este lanzaba la flecha, consiguiendo desviarla. Aunque no fue lo suficiente para evitar que alcanzara a uno de estos en la pata. El animal herido emitió un ruido de dolor, lo que provocó que el resto de la manada huyera, volando despavorida. El herido trató de ponerse en pie para emprender el vuelo pero no lo consiguió. Su herida sangraba profusamente y tenía la flecha clavada a la altura de la mitad de la pata.

Daniel se incorporó rápidamente y se dirigió hacia el animal. Este trataba de huir pero le era imposible debido a su herida. Daniel llegó hasta él, trató de tranquilizarlo acariciando su inmaculado pelo blanco. Consiguió que el animal se calmara; entonces se agachó y observó la herida. Tiró de la flecha hacia fuera, lo que provocó un nuevo gemido de dolor. Daniel volvió a tranquilizarlo, Rosjer se acercó, el animal volvió a ponerse nervioso al ver a su cazador.

- ¿Qué pretendías? -le preguntó Daniel furioso.

- La carne de los vasstors es deliciosa -argumentó Rosjer señalando al animal.

- No hemos venido a cazar animales, si tu corazón es bueno para con todos los seres el de ellos

también lo será para contigo -le respondió Daniel mirando con preocupación la herida-. ¿Conoces alguna planta cicatrizante?

- Sí, la hierba de Sirel, pero no sé si crecerá a estas alturas.

- Búscala por favor -le pidió Daniel.

Rosjer regresó un par de minutos después con una planta en la mano.

- La encontré -dijo alzando la planta.

Daniel había rasgado un trozo de tela que llevaba de su anterior ropa. Le puso la planta sobre la herida y se la vendó. Durante un rato permaneció al lado del vasstor, acariciando su brillante pelo blanco hasta que el animal se durmió.

Daniel dirigió su vista hacia el cielo; no había rastro de los otros vasstors, le apenaba mucho que su primer encuentro con estos majestuosos animales hubiera acabado así. Rosjer se le acercó.

- ¿Qué piensas hacer con él? -le preguntó señalando al animal.

- Debo cuidarlo, sé que no debo retrasarme en mi misión; pero el corazón me dice que no puedo dejarlo aquí -contestó Daniel.

- Aquí no le pasará nada, pero como desees. Tú estás al mando -concluyó Rosjer dándose cuenta de que no lograría convencerlo.

- Confío en que mañana pueda volver a andar, hay una gran fuerza en esta criatura -afirmó Daniel.

Ambos pasaron toda la tarde en ese pequeño llano, encuadrado entre majestuosas montañas nevadas.

Al anochecer Daniel le quitó el vendaje al vasstor, le puso otra hierba de Sirel y le aplicó un nuevo vendaje. Observó que la herida había mejorado bastante, aunque el animal seguía sin levantarse.

«Te llamaré Ismael» dijo Daniel acariciando al vasstor. Rosjer observaba la escena.

- Deberíamos buscar un lugar donde refugiarnos; comienza a hacer frío -opinó Rosjer.

- Sí, y tú deberías protegerte esos pies, hay nieve ahí arriba -dijo Daniel observando los pies descalzos de Rosjer.

Se refugiaron junto a un saliente de la montaña; la temperatura era bastante baja y ni la ropa de Daniel, ni las desgastadas pieles que vestía Rosjer eran suficientes para no experimentar frío con la temperatura a la que estaban.

Rosjer se despertó temprano a la mañana siguiente, la noche anterior se había dormido pronto a pesar del frío. Observó, entre las sombras de la noche, unos rudimentarios zapatos, hechos de madera. Se los probó, estaban hechos a su medida y una tela azul en su interior suavizaba el tacto, haciendo más cómodos los zapatos de lo que cabía esperar.

Unos cuarenta minutos después se despertó Daniel.

- ¿Tú me has hecho estos zapatos? -preguntó Rosjer dirigiéndose a Daniel.

- No creo que hubieras podido atravesar esas montañas descalzo -le respondió Daniel mientras miraba a las cumbres nevadas donde se reflejaban las primeras luces de la mañana.

Rosjer reflexionó en ese hecho, Daniel había debido de pasar horas en la noche haciendo esos zapatos; sin duda había cortado varias ramas de los árboles y se había dedicado a pulirla con una navaja que llevaba encima desde la garganta de Rizpá-Malpá. El acabado no era demasiado bueno, lo que evidenciaba que Daniel no se dedicaba a hacer zapatos; sin embargo, se había esmerado para que él pudiera tener los pies calzados, de seguro sacrificando muchas horas de sueño.

Rosjer observó a Daniel quien, ajeno a sus pensamientos, retiraba la venda al vasstor. La herida ya había cicatrizado y solo quedaba una pequeña marca en la pata. Rosjer se dijo que Daniel era un joven de gran corazón, alguien que no deseaba el mal a nadie y que estaba dispuesto a hacer sacrificios por los demás. A partir de aquel día Rosjer comenzó a sentir un gran respeto por Daniel.

Rosjer se aproximó a Daniel.

- ¡Mira! ¡La herida de Ismael se ha sanado! -exclamó Daniel con alegría.

Rosjer se detuvo a contemplarlo.

- Es un animal muy bello -admitió él.

- ¡Vamos ahora Ismael! -dijo Daniel dirigiéndose al Vasstor-. ¡Corre! ¡Puedes hacerlo!

El animal pareció entender las palabras de Daniel; se incorporó y comenzó a andar, poco a poco comenzó a acelerar el paso, cabalgó veloz por el claro hasta que comenzó a mover las alas y emprendió vuelo. Daniel y Rosjer lo siguieron con la mirada, observando como su rastro se perdía tras las cumbres de las montañas.

Rosjer se dio media vuelta, preparado para continuar con el camino. Daniel permaneció por un minuto, contemplando la difícil subida que les quedaba y pensando lo mucho que echaría de menos al vasstor.

Ambos reanudaron el camino, en el que poco a poco encontraron cada vez más dificultades. Después de dos horas andando llegaron a la parte en donde se encontraba la nieve. Rosjer no se sentía del todo cómodo con los zapatos que Daniel le había hecho, pero comprendía que era normal teniendo en cuenta que en toda su vida nunca había usado zapatos.

La pendiente comenzó a incrementarse y la dificultad del caminó aumentó, debido a que se encontraron con paredes verticales de gran altura.

Daniel subió a una de estas, de unos veinte metros. No fue fácil, ya que en esa parte apenas había huecos donde apoyar los pies o agarrarse con las manos. Rosjer le seguía con mucha cautela, pero, casi llegando al final resbaló y se quedó colgado, agarrado únicamente por una pequeña ramita que sobresalía en la piedra. Daniel se percató de lo que ocurría y se asomó al barranco.

- ¡Socorro! -clamó Rosjer asustado.

- ¡Aguanta! -gritó Daniel nervioso.

Daniel miró a su alrededor buscando algo que le pudiera servir, no encontraba nada. Un viento gélido corría en la montaña y contribuía a complicar la situación de Rosjer, quien empezaba a sentir falta de sensibilidad en sus dedos, que se mantenían débilmente agarrados a la pequeña ramita.

- No aguantaré mucho más -gritó Rosjer.

Daniel buscaba a su alrededor algo; el nerviosismo no le dejaba pensar ni siquiera lo que estaba buscando. «Tengo que encontrar algo». «Necesito tiempo», se decía nerviosamente a sí mismo. Más miradas hacia todos lados sin encontrar nada; Daniel se desesperaba. Finalmente concluyó que solo podía hacer una cosa.

Sin pensárselo dos veces comenzó a bajar por la pared vertical de piedra hasta llegar a la altura de Rosjer.

- Agárrate a mí -le pidió Daniel señalándole la espalda.

- No podrás escalar esto conmigo a la espalda -objetó Rosjer.

- Ya hice una vez algo parecido -respondió Daniel mientras recordaba la ocasión en la que Alejandro se partió una pierna en la parte más baja de una garganta y él tuvo que llevarlo; entonces contaban ambos con dieciséis años de edad. Aunque Daniel pronto comprobaría que el peso de Rosjer no era algo de poca importancia.

Rosjer consiguió asirse a la espalda de Daniel, quien tuvo que hacer un gran esfuerzo para no caer. Daniel miró hacia arriba y hacia abajo, unos cinco metros le separaban de el siguiente rellano y quince metros de caída le esperaban hacia abajo.

Daniel tomó aire y comenzó a escalar. No era tarea fácil con Rosjer a la espalda y sin apenas huecos o rendijas en los que apoyarse. Subió poco a poco, tratando de no arriesgar. A falta de un metro para

el rellano se encontraba ya agotado, le parecía que Rosjer pesaba varias veces más que cuando estaban unos metros más abajo. Daniel observó que esa última parte no tenía ninguna rendija a la cual se pudiera agarrar; tampoco tenía nada a su alcance que le pudiera servir de sujeción. Antes lo había superado dando un pequeño salto y sujetándose fuertemente a una gran piedra que se encontraba en el borde del pequeño llano, pero ahora no se veía capaz de hacerlo llevando el peso que llevaba.

- ¿Podrías aguantar aquí tan solo unos segundos? -preguntó Daniel a Rosjer.

Rosjer no respondió; estaba pálido como la nieve y parecía no escuchar las palabras de Daniel. Sus ojos estaban fijos pero ausentes, como si fijara su mirada en algo lejano, algo que no estaba allí. Rosjer comenzó a respirar agitadamente y a presionar con fuerza con sus manos sobre el cuello de Daniel.

- Rosjer, me estás asfixiando -le dijo Daniel.

Para desesperación de Daniel, Rosjer seguía presionando fuertemente su cuello. Además su respiración era cada vez más fuerte y parecía que el corazón se le iba a salir del pecho. Daniel pensó que solo tenía una oportunidad antes de que Rosjer le terminara de asfixiar, así que, decidido, saltó con todas sus fuerzas.

Daniel consiguió agarrarse a la piedra con la mano derecha. Rosjer dejó de hacer fuerza en el cuello y Daniel notó como se caía. Rápidamente agarró la muñeca derecha de Rosjer con su mano izquierda; observó que Rosjer se había desmayado.

Poco a poco Daniel consiguió ir encaramándose al rellano sin soltar a Rosjer. Al terminar de subirlo Daniel dejó a Rosjer tendido sobre la hierba y cayó él también, completamente agotado.

Bastantes minutos después Daniel se incorporó, ya recuperado. Se acercó a Rosjer, quien yacía en el suelo aún sin consciencia.

- ¿Te encuentras bien? -le preguntó Daniel hincando las rodillas en tierra, quedando así a su altura.

Rosjer se levantó rápidamente, sobresaltado y con una respiración agitada. Agarró a Daniel de los cuellos de su ropa y le miró a los ojos. Daniel percibió una mirada de desesperación y terror. Rápidamente Rosjer volvió en sí y soltó a Daniel, se dio la vuelta y se dirigió al lado más lejano del rellano.

Durante algunos minutos permaneció Rosjer allí solo, Daniel se le acercó.

- Todavía es temprano, pero ¿te apetece algo de comida? -le preguntó Daniel.

Rosjer negó con la cabeza.

- ¿Y hablar?

Rosjer permaneció algunos segundos en silencio, con la mirada dirigida al tramo que acababan de escalar. Luego fijó sus ojos en los de Daniel con una mirada triste.

- ¿Qué me ocurrió ahí abajo? No recuerdo nada -expresó Rosjer.

- Tu respiración se agitó, pareció que una gran ansiedad se encontraba en tu corazón; algo tan inquietante que no eras capaz de mantener la serenidad. Casi me estrangulaste y después perdiste el conocimiento.

Rosjer no se lo terminaba de creer.

- ¿Qué pensamientos ocupaban tu mente? ¿Qué sombra anegaba tu corazón? ¿Qué recuerdos te acechan ahora? -inquirió Daniel con gesto preocupado.

- Ella se llama Salrimat -comenzó Rosjer con aire ausente-. ¿Sabías que a veces la mayor belleza puede esconder la mayor maldad?

Daniel le miraba intrigado.

- ¿Conoces el medio por el que se elige en mi pueblo a los que van a ser sacrificados? -prosiguió Rosjer.

Daniel negó con la cabeza.

- Hace mucho ya, cuando mis antepasados vivían se puso una norma para que se mantuviera cierta paz y no se levantarán unos contra otros en busca de comida. Cuando la necesidad acechaba y el alimento no era suficiente, algunos hacían grandes sacrificios para garantizar la supervivencia de nuestro pueblo y, quizás también para conseguir gloria personal. El único requisito para ofrecer a alguien como alimento al pueblo era este: que la persona que fuera a ser entregada como alimento declarara públicamente su amor por la persona que la entregaba. Por lo tanto, siempre que alguien quiera ofrecer a algún otro tiene que demostrar el fuerte vínculo que le une con esa persona.

Daniel no daba crédito a lo que oía. No solo se alimentaban de personas, sino que quienes entregaban a las personas eran sus propios seres queridos.

- Desde pequeño amé a Salrimat -continuó Rosjer-, siempre jugábamos juntos alrededor de las montañas de nuestra tierra. Al hacernos mayores la estrecha relación que teníamos desapareció y llegamos a ser simples conocidos. Sin embargo, desde hacía unos cuantos meses ella comenzó a mostrarse más cercana y simpática conmigo. Me llamaba para pasear, la verdad es que su compañía era muy grata. Los sentimientos que tenía para con ella desde mi juventud comenzaron a aflorar otra vez en mí; ella es la más bella de todas las mujeres que he conocido. Su sonrisa iluminaba mi vida; no dudaba que quería pasar el resto de mi vida con ella. Finalmente le declaré mis sentimientos y ella me dijo que también me amaba y quería que nos uniéramos para siempre. Según la tradición en mi pueblo, el hombre debe hacer una segunda declaración pública, para que todos sepan que esas personas están

comprometidas.

Rosjer se detuvo. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

- Ella aprovechó la declaración pública de mi amor hacia ella para entregarme como alimento a ella y al pueblo. A ella se le hubiera dado una gran parte, y el resto se hubiera repartido entre los demás - concluyó Rosjer, quien casi no era ya capaz de articular palabra.

Daniel reflexionó sobre lo que había oído. Se preguntaba hasta qué extremos podían llegar las personas. Cada vez lo dudaba más, pero donde no albergaba ninguna era en que los mendhires habían debido de influir en esas personas durante mucho tiempo; para él no había otra forma de explicar la forma de actuar que tenían.

Rosjer miró a Daniel con sus ojos llenos de lágrimas.

- Siempre soñaba con ella; ahora sueño que me persiguen, que finalmente me dan caza en el peñón de Rizpá-Malpá, que Salrimat me ridiculiza ante todo el pueblo y que finalmente me devoran.

- Y, excepto la última parte, fue precisamente lo que te ocurrió ¿verdad? -intuyó Daniel.

- Sí, por eso mi dormir es tan efímero y fugaz. Trae tantos recuerdos dolorosos a mi mente que en ocasiones prefiero caer desfallecido antes que dormir -confesó Rosjer.

Ambos permanecieron conversando un rato, después de lo cual reanudaron el camino hacia la cima de las montañas.

CAPÍTULO 26

Ya avanzada la tarde coronaron la cima de la montaña más alta de la cordillera. De nuevo volvía a abrirse un nuevo horizonte para Daniel, quien presentía que cada vez se acercaba más a la fortaleza de las tinieblas, aunque no contaba con ningún mapa que le indicara el camino. Corría un viento helado en la montaña y la nieve abundaba.

Daniel divisó varias montañas con forma de cráteres; exactamente podía decir que había cuatro, colocadas estratégicamente en los cuatros extremos de una gran llanura. Para seguir la dirección noreste había que atravesar la llanura o bien rodearla por un espeso bosque que quedaba a un lado, en el lado exterior a las montañas. En último término parecía distinguirse una gran masa de agua.

- Parece que aún nos queda camino -opinó Daniel-, bajemos y tratemos de encontrar un sitio más cálido para pasar la noche.

Antes de que la oscuridad de la noche cayera, Daniel y Rosjer ya habían descendido gran parte de la montaña y se habían refugiado en una pequeña cueva, de tan solo unos cuantos metros de profundidad.

El día siguiente comenzó temprano para Daniel y Rosjer. Se despertaron decididos a avanzar en su camino. La determinación no fue vana, ya que antes del anochecer de ese día ya se encontraban en el pie de la montaña por la cara norte.

- Yo me encuentro con fuerzas -confesó Daniel-. ¿Quieres que continuemos la marcha un poco más?

- Como quieras -respondió Rosjer, pero a menos que la luna brille no veremos en la oscuridad de la noche.

Ambos continuaron por largo rato atravesando la llanura. Las luces del día fueron apagándose paulatinamente hasta que las únicas luces que quedaban eran la de la luna y las estrellas que esa noche brillaban con fuerza. Pasada la medianoche pasaron a la altura de las dos primeras montañas, quedando estas a la derecha y a la izquierda. Rosjer observó que el llano no tenía ni un solo árbol y su tierra estaba muy seca.

- ¿No te parece extraño que, al contrario de lo normal en esta zona, no haya ningún árbol en este llano y la tierra tampoco tenga vegetación? -preguntó Rosjer a Daniel.

- No había pensado en ello, puede que haya personas cerca de aquí que hayan talado los árboles -opinó Daniel.

- O quizás esta llanura no se vea regada a menudo por la lluvia -añadió Rosjer.

- O incluso podría ser que... -dijo Daniel mientras se daba la vuelta y observaba las dos montañas que ya habían dejado atrás- estas montañas sean...

Un temblor de tierra interrumpió a Daniel, quien, al igual que Rosjer, escuchaba en silencio y con nerviosismo el ruido que comenzaba a aumentar y que acompañaba al temblor. De repente una de las montañas de las que habían dejado atrás comenzó a expulsar violentamente lava ardiendo.

- ¡Volcanes! -exclamó Daniel con voz nerviosa.

Ambos comenzaron a correr, sin embargo aún les quedaba mucho hasta alcanzar el fin de la llanura, a cada lado de la cual se erguían otros dos volcanes.

Algo apareció de detrás de un montículo de piedra. Las luces rojas del fuego iluminaban a aquella criatura que se plantó en medio de la llanura, en la dirección en que huían Daniel y Rosjer, quienes se detuvieron ante aquel animal. Su apariencia era espectacular: medía unos dos metros y medio de alto, contaba con ocho enormes patas, su piel era de un color marrón oscuro, muy gruesa y rugosa; tres grandes ojos rojos que miraban hacia todas las direcciones no perdían detalle de ellos. Además, el animal tenía una gran nariz, cuyos dos orificios apuntaban al frente.

Rosjer y Daniel contemplaban atónitos a aquel monstruo. Daniel se dijo que ni en sus peores pesadillas habría podido concebir un ser así; observó también que su nariz humeaba levemente.

- Si las leyendas que oí de pequeño son ciertas esto es un tumyar, un poderoso animal que puede expulsar fuego por su nariz y cuya velocidad supera a la de cualquier otro; si es así estamos perdidos -susurró Rosjer a Daniel.

El tumyar los observaba cuidadosamente. El segundo volcán que habían dejado atrás entro en erupción. Mientras, la lava expulsada por el primero se aproximaba a donde se encontraban ellos. El tumyar emitió un fuerte sonido que aterrorizó a Daniel y Rosjer; seguidamente lanzó un zarpazo hacia donde se encontraban ellos, que consiguieron esquivarlo agachándose.

- Usa el arco -ordenó Daniel a Rosjer.

Tembloroso, Rosjer tomó el arco y una flecha, lanzándola contra el tumyar. La flecha alcanzó al animal en el estómago; su reacción no se hizo esperar, lanzó una ráfaga de fuego hacia donde se encontraban. Apenas tuvieron tiempo para esquivarlo, cada uno se lanzó hacia un lado. El tumyar se volvió hacia Daniel, levantó una pata para aplastarlo con ella pero entonces recibió otro flechazo que le alcanzó en el lomo. Se volvió hacia Rosjer, recibiendo una tercera flecha en el cuello. La lava se

había acercado ya peligrosamente a Rosjer, quien solo tenía escapatoria por una dirección, precisamente en la que el tumyar le cerraba el paso. El animal se preparó para expulsar una nueva ráfaga de fuego, Rosjer le lanzó otra flecha que alcanzó al tumyar en la frente, encima del ojo central, justo cuando lanzaba fuego dirigido a Rosjer. El impacto desvió el fuego que, aun así, alcanzó la pierna izquierda de Rosjer.

Rosjer dio un grito de dolor. El fuego le había quemado gran parte de la pierna.

Daniel se lanzó sobre uno de los pies del tumyar y le clavó la espada. El animal emitió un sonido de dolor y lo lanzó a gran distancia. Los dos volcanes que se encontraban al final de la llanura comenzaron a expulsar lava con una fuerza incluso mayor a la de los dos primeros.

El tumyar observó a Rosjer, doliéndose de la pierna en el suelo. Cuando este observó que el animal volvía a centrar su atención en él preparó el arco para lanzar una nueva flecha. Antes de que pudiera hacerlo el animal lanzó una nueva ráfaga de fuego contra él; en esta ocasión alcanzó su brazo derecho, quemando además el arco y la flecha.

El dolor de este nuevo ataque fue demasiado para Rosjer, que desistió en su intento de herir al tumyar. Quedó en el suelo esperando el fuego que definitivamente acabara con su vida. Por el contrario, el animal fijó su atención en Daniel, que había quedado inconsciente al golpearse la cabeza tras ser lanzado a gran distancia. El tumyar se acercó velozmente hacia él, levantó su pie herido para aplastarlo; de repente, algo pasó velozmente bajo el pie del monstruoso animal, tras lo que Daniel no estaba. La criatura observó en la otra dirección, una joven montada sobre un caballo al galope le lanzó una gran cantidad de agua; sin tiempo a reaccionar, otra muchacha pasó detrás de él con idéntico resultado. El tumyar se debilitó y cayó rendido sobre el suelo.

CAPÍTULO 27

Daniel abrió los ojos. Vio los rayos del sol penetrando entre las hojas de los árboles. Todo parecía en calma, solo se oía el susurro del viento entre las hojas, el lejano canto de los pájaros y el relajante murmullo de un arroyo. Daniel sentía una sensación de paz que no había experimentado después de que los mendhires se llevaron a Shela. Observó el paisaje a su alrededor; había multitud de árboles y arbustos, así como de vegetación y, a juzgar por los ruidos que oía, el lugar estaba lleno de vida. Él estaba sobre una especie de hamaca entrelazada con lianas.

Daniel trató de incorporarse; una mano se posó sobre su hombro.

- Tranquilo, debes descansar. De otra manera no podrás recuperarte. Has estado a punto de morir -le dijo una voz de mujer.

- ¿Qué ocurrió con mi amigo? -inquirió Daniel, aún sin ver el rostro de la persona con quien hablaba.

- Tendrás tiempo para verlo -le contestó la muchacha mientras acercaba su rostro al de Daniel para que pudiera ver con quien hablaba.

Daniel observó el rostro de la joven, tenía pelo castaño no muy largo, a la altura de los hombros; Daniel observó sus ojos verdes, estos le transmitieron una sensación de calma y de serenidad.

- Duerme -le dijo ella mientras acariciaba su pelo.

El cansancio y el dolor permanecían en Daniel después del encuentro con el tumyar.

Unas cinco horas después volvió a despertar Daniel. Se incorporó y se bajó de la hamaca que estaba amarrada a dos árboles en sus dos extremos. Daniel se encontraba algo mejor que cuando se había intentado levantar horas antes. Dio un vistazo y vio una casa, esta era bastante grande, constaba de dos plantas y estaba hecha de madera.

- Bienvenido al bosque de las niñas perdidas -le dijo una voz que sonó detrás de él.

Daniel se dio la vuelta y vio a otra joven, esta quizás de unos cuantos años más, aparentaba unos veinticinco. Tenía el pelo corto, de color castaño oscuro, ojos marrones y piel morena. En su rostro se podían apreciar varias cicatrices de gran tamaño.

- ¿Quién eres tú? -preguntó Daniel intrigado. Él no tenía ni idea de donde estaba, ni de por cuánto tiempo había permanecido allí, ni de qué es lo que había ocurrido con el tumyar.

- Yo me llamo Misaré, soy la mayor de las que habitamos en este bosque exceptuando a la sabia

Silmirar -respondió la joven estrechando la mano de Daniel.

- ¿Qué ocurrió en la llanura de los volcanes? -inquirió Daniel.

- Ya habrá tiempo para las respuestas -respondió Misaré tratando de quitarle importancia-. Ven conmigo y te presentaré a las otras.

Daniel acompañó a Misaré hacia la casa, ambos entraron en ella. Pasaron a un modesto salón con algunas sillas de madera que se encontraban alrededor de una mesa. Allí había un grupo de muchachas, de mirada curiosa, que clavaban su mirada en Daniel. Daniel estimó que contarían con unos dieciséis o diecisiete años; también vio a la joven que habló con él un rato antes; esta aparentaba algún año más. Sus vestimentas eran similares a las que usaban las jóvenes en el valle de la luz, delicadas y de tonos claros. Misaré y Daniel se sentaron en las dos sillas que quedaban vacías.

- Creo que ya conoces a Yirsal, las otras que ves son Masal, Esistar, Pulima, Mashilá y Bera -dijo Misaré señalando a las muchachas conforme las nombraba.

- Encantado de conoceros -dijo Daniel mientras las saludaba nerviosamente con la mano; nunca le habían gustado las presentaciones, más aún cuando se encontraba en un ambiente que no era el suyo.

- ¿Te encuentras ya mejor? -le preguntó Yirsal-. Antes estabas muy débil.

- Sí, gracias por preocuparte -respondió Daniel, nervioso.

- Tienes suerte de estar vivo, muy pocos de los que se encuentran con un tumyar sobreviven para contarlo -explicó Misaré con gesto pensativo.

- ¿Le ocurrió algo a mi amigo? ¿Dónde está ahora? -inquirió Daniel buscando con la mirada a alguien que le contestara.

Se hizo un silencio, las jóvenes se miraron entre ellas.

- No quiso quedarse aquí, dijo que iría a algún lugar él solo -confesó una de ellas.

- Y tenía un brazo y una pierna quemados -aclaró otra-, le pusimos plantas cicatrizantes, pero en cuanto que pasó un par de horas aquí decidió irse.

- Lo tratamos lo mejor que pudimos, pero no quiso permanecer aquí -relató una tercera con cara de tristeza.

- No ha sido culpa de vosotras -dijo Daniel tratando de tranquilizarlas-. Rosjer es un hombre que en muchas ocasiones prefiere estar solo, pero seguro que volverá.

- Yo también vi sus heridas, las quemaduras ocasionadas por el fuego de los tумыars son muy difíciles de curar. Si no vuelve muy probablemente el efecto del fuego se extenderá por todo el cuerpo y morirá -explicó Misaré.

- Yo intenté decírselo, pero no me hizo caso -se excusó Mashilá.
- No es momento de excusarse -le regañó Misaré-. Debemos encontrar a Rosjer.
- ¿Cómo le curaremos cuando le encontremos? -preguntó Daniel, quien no veía la solución al problema.
- Lo llevaremos ante Silmirar, ella sabrá que hacer -respondió Misaré.

Esa misma tarde se organizaron en varios grupos para buscar a Rosjer. Misaré fue con Masal, Yirsal acompañó a Daniel y Mashilá fue junto a Esistar. Pulima y Bera permanecieron en la casa.

- Ya lo sabéis, no salgáis del bosque bajo ningún concepto -ordenó Misaré al grupo.
- ¿Y si Rosjer ha salido? -objetó Daniel-. No podemos abandonarlo.

Misaré clavó sus ojos en los de Daniel, su mirada transmitía autoridad.

- Él fue quien nos abandonó, es muy arriesgado dejar el bosque. No te puedes imaginar las criaturas con las que te puedes encontrar si sales de él -respondió con gesto serio Misaré-. Si te place puedes irte pero no te lleves a Yirsal contigo.

Daniel no respondió nada.

Los grupos se dividieron y cada uno salió en una dirección distinta. Daniel y Yirsal fueron en dirección noreste, Misaré y Masal tomaron dirección noroeste y Mashilá y Esistar se dirigieron hacia el sur.

Cinco largas horas después, cercano ya el atardecer, regresaron Mashilá y Esistar. En la casa se encontraron con Misaré y Masal quienes habían vuelto diez minutos antes.

- ¿Encontrasteis algo? -inquirió Misaré.
- Nada -respondió Mashilá-. ¿Y vosotras?
- Sólo que el bosque sigue empequeñeciéndose; en el límite noroeste vimos más árboles destruidos. Tened cuidado cuando salgáis de la casa, no os acerquéis a la frontera del bosque porque el mal que nos acecha sigue aproximándose.

Daniel y Yirsal llegaron hasta el final del bosque en dirección noreste. Había multitud de árboles arrancados y quemados.

- ¿Quién hace esto? -preguntó Daniel.
- Seguramente los hombres malos que hay más allá de este bosque -respondió Yirsal con la mirada triste.
- ¿Por qué lo hacen? -inquirió de nuevo.
- Este bosque es de Silmirar. Ella es muy sabia y poderosa; saben que mientras ella mantenga su

fuerza no pueden hacer nada, pero seguramente esperan debilitarla destruyendo su bosque -le explicó Yirsal mientras miraba con tristeza los árboles destruidos.

- Vamos a volver, pronto comenzará a oscurecer -dijo Daniel.

Ambos emprendieron el camino de vuelta.

- Antes Misaré me dijo que este era el bosque de las niñas perdidas -confesó Daniel-. ¿Qué significa ese nombre?

- Es una historia muy larga -dijo Yirsal suspirando.

- Me gustaría conocerla -le contestó Daniel mirándole a los ojos.

- Hace unos diez años hubo una gran riada en la garganta de Rizpá-Malpá, muchos murieron ahogados -relató Yirsal-. Nuestros padres también lo hicieron. Tanto los de Misaré, Masal y Mashilá, que son hermanas como los de Esistar, Pulima y Bera que también lo son entre ellas.

- ¿Tú no tenías hermanos ni hermanas? -preguntó Daniel.

- Sí, un hermano mayor y una hermana más pequeña -respondió Yirsal emocionada mientras las lágrimas comenzaban a caer por sus mejillas-. Murieron todos en la riada.

Yirsal se echó las manos a la cara y dio rienda suelta a su llanto.

- ¡Los echo tanto de menos! -exclamó entre sollozos.

Yirsal se lanzó a los brazos de Daniel, buscando un abrazo consolador. Daniel no rehusó el abrazo, sino que trató de consolarla.

- Lo siento mucho Yirsal, puedo comprender como te sientes -dijo Daniel con un tono suave mientras Yirsal se desahogaba.

Después de un rato Yirsal se tranquilizó y siguió con la historia.

- Muchos animales murieron en la riada -continuó Yirsal-, se hizo muy difícil conseguir alimento. Nosotras éramos tan sólo unas niñas, yo por ejemplo sólo tenía nueve años, y contábamos con la desventaja de no tener a nuestros padres.

Yirsal se detuvo unos segundos, respiró profundamente y prosiguió el relato.

- Al parecer éramos una carga para ellos. Una noche se reunieron para decidir que hacían con nosotras. Misaré oyó lo que acordaron hacer con nosotras -relató Yirsal con voz entrecortada.

Daniel permanecía expectante. Yirsal lo miró a los ojos, acercó su rostro al de él y le susurró al oído: "comernos".

Daniel se puso tan nervioso que se retiró rápidamente, miró aterrado a Yirsal. Los ojos de ella parecían ya curtidos, acostumbrados a la barbarie del pueblo de Rizpá-Malpá. Ambos se habían

detenido en medio del bosque, las luces anaranjadas del ocaso penetraban entre las hojas de los árboles. Daniel sintió un escalofrío, era como si la maldad le llevara una gran ventaja. ¿Qué concepto de la vida podía tener una joven de diecinueve años a la que habían intentado devorar antes de los diez por no tener padres?

- ¿Seguimos? Aún falta un rato para llegar a la casa -preguntó Yirsal interrumpiendo los pensamientos de Daniel.

- Sí -respondió él aún atónito por el relato.

Tras varios minutos de camino Yirsal reanudó el relato.

- Misaré salió rápidamente a buscarnos, nos contó lo que pretendían hacer con nosotras. Nosotras estábamos aterradas, lo único que hacíamos era llorar. Misaré ya contaba unos dieciséis años y nos prometió que nos protegería. Salimos esa misma noche al amparo de la oscuridad, recuerdo que no podía parar de temblar. Fuimos todo lo rápido que pudimos para estar lo más lejos posible cuando se percataran de nuestra ausencia. Algunos de ellos salieron el día siguiente en nuestra búsqueda, incluso saliendo de los límites del peñón de Rizpá-Malpá. Nosotras nos escondíamos en los lugares más insospechados; durante días anduvieron muy cerca de encontrarnos, especialmente cuando llegamos a las praderas de Mitsilám. Allí hay mucho alimento y permanecemos algún tiempo en esa tierra.

Ya se divisaba la casa, la oscuridad de la noche ya había caído completamente sobre el bosque de las niñas perdidas.

- Siéntate aquí conmigo para que te termine de contar nuestra historia tranquilamente -le propuso Yirsal a Daniel.

Los dos se sentaron en una gran piedra, una de las pocas que había en el bosque.

- Una noche alcanzamos las altas montañas que hay tras las praderas; estábamos convencidas de que no lograríamos cruzarlas, sin embargo Misaré encontró un camino que no subía hasta la cumbre, sino que bordeaba la montaña. Con mucho trabajo conseguimos llegar hasta la llanura del fuego. Una vez allí vimos los dos volcanes más lejanos escupiendo lava y ceniza y nos adentramos en este bosque. Por ese entonces pensábamos que habíamos despistado definitivamente a nuestros cuatro perseguidores, sin embargo nos encontraron el segundo día que llevábamos en el bosque. Cuando nos fueron a prender algo apareció entre los árboles del bosque; una resplandeciente luz blanca los cegó y una voz les dijo que abandonaran el bosque para no volver. Ellos huyeron y la luz nos indicó que nos dirigiéramos a lo más profundo del bosque. Al final llegamos a una bella cascada cuyo final era un pequeño lago rodeado de árboles, tras la cascada, en una pequeña cueva se encontraba ella.

- Silmirar ¿verdad? -inquirió Daniel.

- Sí, el hada Silmirar, de una apariencia inmaculada y una sabiduría inalcanzable para los hombres - aclaró Yirsal-. Ella nos aseguró que tendríamos todo lo que necesitáramos en su bosque, nos suministró ropa y una casa para vivir y también nos advirtió de los peligros que nos encontraríamos más allá del bosque.

Ambos permanecieron algunos minutos en silencio, discurriendo en sus pensamientos.

- Deberíamos entrar en la casa -opinó Daniel-. Puede que estén preocupadas por ti.

Yirsal y Daniel entraron en la casa; Misaré ofreció a Daniel cama y comida todo el tiempo que lo necesitara.

CAPÍTULO 28

Por cuatro días permaneció Daniel en ese lugar, todas las mañanas salía a buscar a Rosjer y, tras volver para almorzar, volvía a buscarlo. En ocasiones ni siquiera regresaba para la comida, sino que no volvía hasta la noche. Yirsal insistió en acompañarlo en su búsqueda.

La noche del cuarto día Daniel tuvo un sueño aterrador, en el que visualizaba como los mendhires mataban a Shela hasta diez veces de diferentes maneras. Daniel se levantó en medio de la noche, sentía que estaba entreteniéndose demasiado y que no podía permanecer allí por más tiempo.

Daniel fue al exterior, por varias horas anduvo por el bosque; cuando los primeros rayos de sol comenzaban a iluminar tenuemente entre los árboles Daniel llegó a una parte en la que los rayos de sol no penetraban. La frondosidad del lugar era increíble, había musgo y enredaderas por todos lados, multitud de helechos adornaban el camino. Finalmente vio una cascada, la belleza de esta era indescriptible: un gran peñón totalmente cubierto de plantas se erguía frente a Daniel; el agua caía desde arriba de este hasta un pequeño lago; el rostro de Daniel se reflejaba en el agua cristalina del lago; un aroma a tierra mojada impregnaba el aire.

Daniel se lanzó al lago, nadó hasta donde caía el agua de la cascada y prosiguió hasta llegar a la cueva que se hallaba oculta tras la cascada. Una luz blanca brillaba en el fondo de la cueva. Daniel se acercó a ella, esta comenzó a centellear; Daniel se detuvo a cierta distancia.

- Sabia Silmirar -dijo Daniel en un tono bajo de voz.

- Bienvenido a la cascada de los deseos Daniel -respondió el hada haciéndose visible, su apariencia era similar a la de la otra hada, resplandeciente, luminosa, inmaculada-. Sé por qué vienes aquí, muchas ideas atormentan tu corazón y te encuentras perdido y sin rumbo. No sabes si seguir buscando a Rosjer o por el contrario, continuar tu camino para rescatar a Shela.

- Sí, no sé qué hacer. ¡Guíame por favor! -rogó Daniel.

- Tú y solo tú puedes decidir tu destino, debes hacer lo que tu corazón te dicte; pero dime, ¿cuál es tu mayor deseo Daniel? ¿Qué anhela tu corazón sobre todas las cosas? -inquirió Silmirar.

Daniel bajó la cabeza.

- Mi mayor deseo sería salvar a Shela y vivir con ella por el resto de mi vida -dijo él, sin mirar directamente al hada.

- ¿Por qué te avergüenzas de tu deseo? -le preguntó Silmirar-. ¿Piensas que es egoísta de tu parte

que anheles eso sobre todo lo demás?

Daniel no respondió nada pero sus ojos eran como un libro abierto para Silmirar.

- Tratas de autoconvencerte de que lo fundamental en tu viaje es proteger el futuro del valle de la luz, pero en lo profundo de tu corazón sabes que Shela es el motivo por el que iniciaste tu camino.

Daniel permanecía en silencio, era incapaz de hablar ante aquella criatura que tan fácilmente captaba lo que él sentía en sus adentros.

- Debo decirte algo Daniel, si llegas hasta el final tendrás que tomar una difícil decisión. Tendrás que elegir entre el pueblo del valle de la luz o Shela. Sé que eres un joven de buen corazón y yo concedo deseos a las personas buenas -dijo Silmirar con su mágica voz-, si está en mi mano trataré que tu deseo se haga realidad; sin embargo muchas fuerzas escapan a mi control. Nunca olvides que debes seguir tu corazón.

Daniel le agradeció a Silmirar sus palabras y se volvió hacia la casa a paso ligero.

Dos horas después llegó Daniel. Yirsal se encontraba fuera, esperándolo.

- ¿Dónde fuiste? -le preguntó ella-. Estaba muy preocupada por ti.

- Tenía que averiguar algo -respondió Daniel.

- Pensé que te habías ido como se fue Rosjer -dijo Yirsal con un tono triste en la voz.

- No, pero hoy partiré. No puedo permanecer aquí por más tiempo -le respondió Daniel.

- ¿Por qué? -preguntó Yirsal.

- Debo continuar mi misión.

- ¿Y Rosjer? ¿No vas a seguir buscándolo? -inquirió ella.

- Rosjer eligió marcharse, si quiere curarse sabrá que tiene que volver aquí; pero yo aquí no tengo ya nada por lo que quedarme.

Yirsal tomó a Daniel de la mano.

- ¿Tampoco por mí? -le preguntó Yirsal con un cara de súplica, la tristeza se percibía en esos ojos verdes.

- Lo siento mucho Yirsal, pero debo continuar -le respondió Daniel.

- Estoy enamorada de ti, no me dejes ahora. He descubierto que solo puedo ser feliz contigo a mi lado -suplicó Yirsal.

A Daniel se le formó un nudo en la garganta; le apenaba mucho que esa situación se hubiera producido.

- Si no continuó mi camino -explicó Daniel casi sin voz-, puede que ni siquiera este bosque sea un lugar seguro para vivir.

Yirsal comenzó a llorar, no podía reprimir las lágrimas y solo sabía que quería pasar el máximo tiempo posible con Daniel antes de que se fuera.

Daniel reemprendió su viaje después del almuerzo. Aprovechó para cargarse con las provisiones que las jóvenes gustosamente le ofrecieron. Yirsal y Misaré lo acompañaron, le dieron un caballo a Daniel y montaron ellas otros dos.

Unas pocas horas después llegaron al límite noreste del bosque. Los tres desmontaron de sus caballos y se despidieron.

- Gracias por todo -dijo Daniel dirigiéndose a Misaré.

- Cuídate mucho -le contestó Misaré.

- Cuídate tú también, y cuida de las chicas -le pidió Daniel.

- Te echaré mucho de menos -confesó emocionada Yirsal a Daniel.

- Yo a ti también, eres una chica maravillosa -respondió Daniel dándole un abrazo.

Daniel montó de nuevo en Aetel, el caballo negro que le habían dado las jóvenes y se alejó a paso lento, dejando atrás los árboles del bosque de las niñas perdidas.

CAPÍTULO 29

Tras bastantes días de búsqueda, denuncias y confusión en el valle de la luz llegó el día señalado para que los extranjeros se presentaran en el Keshtal.

Tander se encontraba junto a Umser, el antiguo sabio mayor, en el castillo real. Un joven se presentó rápidamente ante ellos.

- Los extranjeros ya están en el Keshtal; también han venido algunos hombres diciendo que han visto otros extranjeros que no se han presentado -informó el joven- ; su voz denotaba el esfuerzo físico que había hecho para llegar allí lo más pronto posible.

- Gracias, puedes retirarte -respondió Tander.

La lluvia caía sobre el valle de la luz; hacía ya bastantes días que el sol no brillaba. Una carreta tirada por caballos llevó a Tander y Umser al Keshtal. Una extraña sensación se adueñó de Tander cuando atravesó los pasillos del edificio. Finalmente llegó hasta la habitación de reunión de los sabios; un gran sillón que se encontraba en alto le esperaba. Los sabios lo observaban expectantes, buscaban el menor indicio de cambio en él; todos ellos lo conocían de su etapa en el Keshtal, pero todos esperaban diferencias en él, como si fuera un hombre diferente el que se encontraba ante ellos.

Tander tomó asiento, seguidamente uno de los sabios, el que había reemplazado al sabio mayor, se levantó y tomó la palabra.

- Majestad, comparecen en primer lugar los extranjeros.

Un hombre de mediana edad entró en la habitación, vestía ropas largas y sencillas, similares al tipo de vestimenta acostumbrada para los hombres en el valle de la luz aunque ligeramente desgastadas. Tenía pelo negro y barba del mismo color, no muy abundante.

- Se presenta Jamler, hijo de Remlar -declaró el hombre en voz alta.

- ¿Cuál es el propósito de tu presencia en esta tierra? -inquirió Tander.

- Yo vivía en la llanura de Misbaral, dentro del límite del valle. Oí que cierta sombra avanzaba en nuestra tierra y vi en varias ocasiones a extraños hombres, completamente vestidos de negro merodear por mis tierras. La inquietud se apoderó de mí y decidí abandonar mis tierras y venir a Ralen.

Tander no halló maldad ni mentira en sus palabras.

- Que pase el siguiente -ordenó.

Diez hombres más pasaron por la sala; las historias de estos fueron muy similares y ninguno de ellos realmente era de más allá de los límites del valle.

- ¿Qué te parece Umser? ¿Había falsedad en sus palabras? -preguntó Tander.

- Yo pienso que no, todas sus historias parecieron ciertas -respondió el antiguo sabio mayor.

- También yo opino igual -añadió Tander-. ¿Qué hay de los que dicen conocer a los extranjeros que no han acudido a nuestra llamada?

- Esperan fuera -aclaró el sabio mayor.

- ¿Cuántos son? -inquirió Tander.

- Dos.

- Haz pasar al primero de ellos -ordenó Tander.

Un hombre que no llegaría a los cuarenta años entró en la sala.

- Se presenta Treslemar, hijo de Marlet.

- ¿Qué dices saber sobre el asunto que nos concierne? -preguntó Tander.

- Sé que aquí mismo en Somper se esconden al menos dos hombres de una apariencia extraña, yo los he visto con mis propios ojos. Van siempre vestidos de negro con unas ropas largas que casi llegan al suelo; nunca dirigen la palabra a nadie y tratan de no llamar la atención. Siempre salen de noche y su andar es prácticamente imperceptible.

La sala se mantuvo en silencio durante unos cuantos minutos.

- ¿Sabes donde se ocultan? -inquirió Tander rompiendo el silencio.

- Siempre que los he visto ha sido junto a la salida hacia Tudmin y ya puesto el sol.

Tander hizo un gesto al sabio mayor. Este hizo salir al hombre y mandó llamar al siguiente.

- Se presenta Tirsé, hijo de Meltaré -exclamó el hombre que acababa de entrar. La apariencia de este último sugería que tendría unos treinta años.

- ¿Qué tienes que decir sobre la cuestión que nos atañe? -inquirió Tander.

- Hay varios extranjeros en Somper -comenzó el joven con tono decidido-. Son hombres altos, con apariencia poderosa y a la vez lánguida; se mueven ágilmente bajo las sombras de la noche y no tienen contacto con nadie.

Umser hizo un gesto a Tander quien le respondió haciendo un gesto afirmativo.

- ¿Cómo sabes tanto de esos hombres, hijo? -preguntó Umser interrumpiendo el relato de Tirsé.

El joven se mantuvo unos segundos en silencio.

- Mi sueño no es muy profundo. En muchas ocasiones no puedo dormir y cuando ocurre esto salgo a la calle y camino un rato; varias veces me he encontrado con estos hombres a altas horas de la noche.

- Continúa con tu relato -le indicó Tander.

- No conozco mucho más de ellos, siempre visten largas ropas negras y yo diría que sus ojos despiden luz. Su apariencia no es monstruosa ni oscura, tienen rostros inmaculados y resplandecientes. Suelen andar cerca del camino que va a Tudmin, parece que viajan a las otras poblaciones del valle.

El sabio mayor hizo salir a Tirsé de la sala.

- Sin lugar a dudas los mendhires se han introducido en nuestra tierra -dijo Tander desolado-. Ellos contribuyen al ambiente de maldad y egoísmo que se incrementa día tras día. ¿Qué crees que sería oportuno hacer Umser?

Umser permaneció algún tiempo en silencio; los sabios permanecían expectantes ante la esperada respuesta.

- Quizás tenerlos vigilados nos pueda ayudar; no creo que podamos hacer mucho más ante el poder de seres sobrenaturales -opinó finalmente Umser.

Un pequeño murmullo se escuchó en la sala; los sabios difícilmente aguantaban sin expresar sus opiniones sobre tan crucial cuestión.

- Tiene la palabra la asamblea -declaró Tander.

Todos los sabios expresaron su opinión sobre la actuación que debían tomar. La mayoría se mostró prudente aunque algunos sugirieron que debían atacar a los mendhires y echarlos de allí. La mente de Tander divagaba en sus pensamientos, se preguntaba en qué condiciones se encontraría Shela en ese momento y dónde estaría Daniel. Tander sentía una gran impotencia y Umser pareció percibir su estado.

- Seguro que el joven Daniel cumplirá su comisión -le dijo tratando de tranquilizarlo.

Tander finalmente resolvió que se vigilara a los mendhires. Puso en la misión a varios hombres, entre ellos Tirsé.

CAPÍTULO 30

Daniel cabalgó durante tres días después de abandonar el bosque de las niñas perdidas. Atravesó un desierto en el cual no había alimento ni agua. Daniel se mantuvo fuerte gracias a las provisiones que las jóvenes le suministraron antes de partir y la inestimable ayuda de no tener que ir andando. A la mañana del tercer día divisó la gran masa de agua que había visto ya desde la cumbre de la montaña más alta de la cordillera.

Por tres días más continuó Daniel; caminó debido a que su caballo se encontraba débil por el calor del desierto y la falta de agua y comida. Seguía divisando esa enorme extensión azul en el horizonte, pero no conseguía llegar hasta ella.

Todo le pareció diferente la mañana que contaba el séptimo día tras abandonar el bosque de las niñas perdidas. Daniel subió a una colina y desde allí distinguió unos árboles cargados de frutos; el tamaño de los árboles no era muy elevado y Daniel se dijo que podría alcanzarlos fácilmente.

- ¡Vamos Aetel! -gritó Daniel entusiasmado arreando al caballo.

Daniel corrió hasta donde se encontraban los árboles, se alimentó de los dulces frutos de estos, de color rosado y dio de comer a su caballo. El duro caminar por el desierto había hecho mella en Daniel quien se durmió bajo la sombra de los árboles agotado.

Por un rato permaneció Daniel dormido en aquel lugar, cuando despertó no vio a su caballo. Dirigiendo la vista hacia el noreste divisó de nuevo esa gran extensión de agua, mucho más cerca ya de lo que Daniel se había imaginado. Al ver esto Daniel echó a correr con nuevas fuerzas hacia esa dirección. La árida tierra que por tanto tiempo había pisado Daniel se convirtió ahora en suave hierba fresca, la humedad en el ambiente aumentaba conforme avanzaba en sus pasos.

Tras subir una pequeña elevación Daniel contempló el horizonte que se abría ante él. En primer término el terreno descendía hasta llegar a la orilla de aquella gran extensión de agua. Había una especie de camino que, zigzagueando, se adentraba en aquella masa de agua; el camino terminaba en una pequeña plataforma de piedra, sentada sobre la cual parecía encontrarse una figura humana mirando en dirección al agua. Una gran estructura de color celeste se levantaba sobre la plataforma, contaba con cuatro pilares que se unían en la parte central a gran altura. Algo llamó la atención de Daniel más allá de aquel descenso y de la persona que allí se encontraba, elevó la vista a aquel cielo

color azul oscuro en el que se divisaban varias esferas de gran tamaño que, a juzgar por su apariencia eran planetas. Daniel estaba atónito, no comprendía como era posible que tuviera esa visión del espacio, no concebía en qué latitud estaba ni que significaba lo que veía.

Finalmente decidió bajar por la ladera. Alcanzó la parte baja y se dirigió decidido hacia el camino que, zigzagueando, penetraba en el mar. Una ligera brisa fresca corría, la quietud en el lugar era prácticamente absoluta, el único sonido que se oía era el de movimiento suave de aguas.

Daniel llegó al comienzo del camino; observó que la figura que antes vio era casi con toda seguridad la de una mujer, que se encontraba de espaldas a él. En ella sólo se apreciaba su pelo negro y el fino vestido blanco que vestía. Daniel avanzó por el camino, con paso lento pero decidido.

Poco a poco se fue aproximando a la mujer. Daniel llegó al final del camino; subió los tres escalones de piedra que conducían hasta la plataforma y se detuvo. La mujer permanecía en silencio; Daniel continuó de pie observándola. El relajante sonido del agua era lo único que se podía escuchar en aquel lugar repleto de paz.

- Hola -dijo Daniel rompiendo el silencio tras varios minutos.

La mujer se incorporó y se dio la vuelta; su altura era similar a la de Daniel, por lo que sus ojos quedaron frente a los de él, unos ojos celestes que destacaban en su rostro sereno y apagado; la mujer aparentaba tener unos treinta años, sin embargo el gesto facial de ella transmitía experiencia y madurez.

- Hola joven -contestó ella-. Mi nombre es Sasmalá, ¿qué te trae por el mar del olvido?

- Busco la fortaleza de las tinieblas -le aclaró Daniel mirándola a los ojos.

- Muchos la buscaron pero sólo ellos saben donde está su fortaleza, siempre en las sombras, siempre en la oscuridad de la eterna penumbra. Ellos llevan las sombras allí donde les place, su poder es inmenso y oscuro.

Daniel escuchó atentamente las palabras de Sasmalá, pero seguía sin conocer la respuesta a la principal pregunta que atormentaba a su mente. Necesitaba encontrar la fortaleza de las tinieblas; el tiempo de Shela se agotaba. Él sabía que seguía viva pero igualmente presentía que debía encontrarla antes de que la perdiera para siempre.

Daniel bajó la mirada; un sentimiento de impotencia y soledad lo invadía al darse cuenta de que esa mujer no le podía ayudar a encontrar la fortaleza de las tinieblas. Daniel se dirigió hacia el final de la plataforma; observó el mar que se abría ante él y lloró desconsoladamente recordando unas de las últimas palabras que le dijo a Shela antes de partir: *'Es lo que más anhela mi corazón, compartir mi vida contigo'*. Por primera vez en su viaje comenzaba a dudar de que ese deseo se convertiría en

realidad; sentía que, de alguna forma, ese imponente mar que se abría ante él era el fin de todo, que no tenía ninguna guía en un extraño mundo que no conocía.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Daniel durante largo rato. Sasmalá parecía permanecer ausente ante aquel dolor y angustia.

Unas palabras vinieron a la mente de Daniel, unas palabras que él mismo había dirigido a Shela en el sobrenatural sueño que tuvo al pie de las cordilleras montañosas, más allá del pantano de la oscuridad: *'No hay nada en este mundo que sea capaz de separarme de ti.'* Daniel se secó las lágrimas y se volvió hacía Sasmalá.

- ¿Qué hay más allá de este mar? -inquirió Daniel en un tono en que se denotaba el deseo de mantener viva la esperanza.

- Las tierras abandonadas -respondió ella-. Hace mucho que nadie se dirige hacia allí. Los recuerdos de todos se borraron tras este mar, nadie sabe lo que habita en esas tierras. El Señor del Agua ha mantenido a todos alejados de ellas desde hace ya mucho tiempo; si intentas llegar hasta ellas nunca las alcanzarás; él te lo impedirá.

Daniel meditó en lo que Sasmalá le había dicho. Finalmente decidió lanzarse al mar del olvido en busca de la respuesta a la pregunta que Sasmalá no le pudo responder.

Sasmalá observó como Daniel se alejaba, nadando lentamente hasta confundirse con las ondas del mar del olvido.

CAPÍTULO 31

La mañana estaba tranquila en el bosque de las niñas perdidas. Mashilá se bañaba en el río cuando oyó ruidos entre unos arbustos cercanos.

- ¿Quién anda ahí? -preguntó con tono curioso.

Nadie respondió a su pregunta, por lo que continuó bañándose tranquilamente. Una vez que hubo terminado y se hubo vestido salió del río y se dirigió hacia la casa. De repente, algo salió de entre la maleza y se abalanzó sobre ella. Mashilá solo tuvo tiempo a ver un rostro humano de color negro antes de caer y perder el conocimiento.

Yirsal se encontraba en la casa, oyó el ruido de llamar a la puerta. Corrió hacia la puerta pensando que, ya que ninguna de ellas llamaba antes de entrar, podía ser que Daniel hubiera regresado. Sin embargo, una fuerte impresión le esperaba al abrir la puerta. Frente a ella se encontraba un irreconocible Rosjer, con gran parte de su cuerpo calcinado, su rostro estaba negro y arrugado por el efecto de las quemaduras en su piel; este llevaba en brazos a Mashilá, quien permanecía inconsciente.

- ¿Qué le has hecho? -preguntó Yirsal aterrada, señalando a Mashilá y temiendo al hombre que se encontraba frente a ella.

- Fue un accidente, necesito vuestra ayuda por favor! -suplicó Rosjer dejando a Mashilá suavemente sobre el suelo.

Yirsal permanecía atónita ante la calamitosa apariencia de Rosjer, se quedó paralizada sin saber que hacer.

- ¡Ayudadme por favor! -pidió Rosjer hincándose de rodillas en el suelo y tomando la mano de Yirsal, que sintió el tacto rugoso y áspero de su piel quemada.

Yirsal retiró la mano y salió corriendo en busca de Misaré.

Misaré cortaba leña en el bosque cuando Yirsal llegó hasta ella. Yirsal trató de explicarle lo que había ocurrido pero estaba tan nerviosa que Misaré apenas entendió nada.

- ¡Vamos! -ordenó Misaré-, ya veré que pasa cuando llegue.

Misaré emprendió la carrera hacia la casa, Yirsal la seguía a la distancia que podía.

Misaré divisó la cabaña. Mashilá se encontraba inconsciente sobre el suelo junto a la puerta de entrada. Su rostro estaba muy pálido; esto asustó a Misaré que corrió rápidamente hacia ella.

- Hermana, ¿me puedes oír? -preguntó mientras trataba de levantarla con la mayor delicadeza posible.

Mashilá no contestó. Yirsal llegó a donde se encontraban.

- ¿Qué ha ocurrido aquí? -inquirió Misaré con voz de rabia.

Yirsal, quien seguía muy nerviosa, se limitó a señalar en la dirección que se encontraba a la espalda de Misaré. Esta se volvió y descubrió la figura carbonizada de Rosjer.

- ¡Tú! -gritó Misaré señalando a Rosjer-. No te bastó con tratar de devorarnos en Rizpá-Malpá ¿verdad? Tenías que volver a por nosotras.

Yirsal no daba crédito a lo que oía, ese hombre al que habían estado cuidando fue uno de los que acordaron que su destino debía ser servir de alimento para el pueblo de Rizpá-Malpá.

Rosjer clavó las rodillas en la tierra y juntó sus manos en gesto de súplica.

- Fue un accidente, lo juro por mi alma. Fui a pedirle ayuda pero tropecé y caí sobre ella, no quería causarle ningún daño.

- No creo en ninguna palabra que salga de tu boca -agregó furiosa Misaré dirigiéndose a Rosjer-. Ireemos a Silmirar, ella decidirá que hacer.

Misaré montó a Mashilá sobre un caballo y se dirigió junto con Yirsal y Rosjer hacia la cueva del hada Silmirar.

Varias horas después llegaron a la cueva del hada.

- Tú espera aquí -ordenó Misaré a Rosjer con voz áspera.

Misaré cogió a Mashilá y entró en la cueva, Yirsal la siguió y entró tras ella. La luz del hada estaba apagada, no parecía haber nadie allí.

- Sabia Silmirar -comenzó Misaré-, Mashilá ha sufrido un ataque.

El hada comenzó a emitir luz, haciendo así visible su presencia.

- No ha sido un ataque impetuosa Misaré, el hombre cayó desesperado sobre ella tratando de conseguir su ayuda y compasión -respondió Silmirar.

- ¿Entonces por qué se marchó cuando le ofrecimos nuestra ayuda y hospitalidad? Creo que sus motivos son oscuros, fue uno de los que quería comernos hace diez años en Rizpá-Malpá -objetó Misaré.

- Su conciencia le atormentaba por la razón que has mencionado. No podía soportar que sus cuidadoras fueran las niñas que él estaba dispuesto a matar y devorar -explicó el hada.

- ¿Y por qué vuelve ahora? -inquirió Misaré de nuevo con tono desconfiado.

- Se muere -le confesó Silmirar en un tono bajo de voz-. Ha intentado huir, olvidarlo todo y morir en paz, pero por primera vez en mucho tiempo tiene algo por lo que vivir: siente que está en el deber de ayudar a Daniel en su misión.

Misaré bajo la cabeza, pensaba en todo lo que Silmirar le había dicho y no comprendía como el hada podía justificar a Rosjer. Yirsal miraba a Mashilá intranquila.

- ¿Qué ocurrirá con ella? -inquirió Yirsal señalando a Mashilá.

- No os preocupéis, su estado no es grave, solo ha recibido un golpe pero yo la haré despertar - anunció el hada.

Silmirar comenzó a resplandecer fuertemente; su luz blanca invadió toda la cueva. El resplandor fue cesando poco a poco y cuando Misaré y Yirsal se dieron cuenta de ello Mashilá se encontraba de pie, junto a ellas. Ambas la abrazaron y comprobaron que Mashilá estaba perfectamente.

- Muchas gracias ama del bosque -dijo Misaré inclinándose ante Silmirar.

- ¿Qué hay de mí? -interrumpió una voz que sonó detrás de ella.

Misaré se volvió y vio a Rosjer arrastrándose por el suelo, estaba aún mas desfigurado que cuando lo vio junto a la casa. Mashilá se llevó la mano a la boca, sobrecogida y asustada por el estado de este.

- Por favor, ayudadme. Voy a perecer ante vuestros propios ojos -suplicó Rosjer agonizando en el suelo.

- Puedo curarlo si vosotras lo deseáis. Si veo en vuestro corazón perdón sincero evitaré que fallezca. Si en vuestro interior deseáis su muerte no podré hacer nada -comentó Silmirar.

Rosjer miró hacia Mashilá con gesto de súplica; el rostro de ella denotaba la gran compasión que sentía por él y el deseo de que el hada lo curara; el mismo deseo se apreciaba en el rostro de Yirsal. Rosjer volvió su mirada hacia la de Misaré, y pudo ver todo el dolor que el pueblo de Rizpá-Malpá, incluido él, le habían causado. Rosjer comenzó a sentir como si su corazón comenzara a secarse, a dejar de recibir y bombear sangre, no quedaba ya fuerza en él. Rosjer cerró los ojos y perdió el conocimiento, quedando tendido sobre la fría piedra de la cueva.

Un minuto después despertó Rosjer, miró sus manos y brazos y vio que habían recuperado su color y tacto normal; Misaré, Yirsal y Mashilá le observaban con caras dispares, de seriedad la primera y de ilusión y alegría las otras dos.

- Muchas gracias -dijo Rosjer dirigiéndose a las tres jóvenes.
- Vamos, es hora de volver -instó Misaré a las otras dos chicas.

Misaré se llevó a Mashilá y Yirsal, por el contrario Rosjer permaneció en la cueva.

- Gracias gran sabia -dijo Rosjer-. No merezco vivir pero gracias a tu compasión y al buen corazón de esas jóvenes me hallo aquí.
- Sé que has cambiado hombre de Rizpá-Malpá y sé que deseas ayudar a Daniel en su lucha contra el mal. Por lo tanto ve y continúa tu camino, camina hacia el noreste y puede que encuentres a tu amigo.

Rosjer tomó algunas provisiones que Silmirar le suministro y puso rumbo en dirección noreste.

CAPÍTULO 32

Durante tres horas sin descanso nadó Daniel en el mar del olvido cuando avistó tierra a lo lejos en el horizonte; Daniel recobró fuerzas y continuó nadando.

Varias horas después Daniel encontró una gran piedra que apenas tendría dos metros cuadrados, consiguió encaramarse a ella y se tumbó sobre ella exhausto. Estaba anocheciendo en esa latitud; los enormes planetas que Daniel divisó desde el lugar donde habló con Sasmalá no se distinguían ya. Lo que sí observó Daniel fue la gran cantidad de estrellas fugaces que surcaban el cielo; la temperatura no era muy baja lo que agradeció Daniel que estaba mojado completamente. El lugar transmitía sensación de paz; sin embargo Daniel percibía la presencia de algo o alguien, por lo que apenas durmió aquella noche.

Daniel contempló el extraño amanecer sobre el mar del olvido. Los rayos del sol se reflejaban en multitud de cuerpos celestes que Daniel ya dudaba de si eran planetas, satélites u otra cosa. Lo único que sabía era que el reflejo del sol sobre ellos creaba una atmósfera mágica. Los reflejos rojizos, azulados, ocreos, rosados y tantos otros se reflejaban en el agua dándole una tonalidad diferente a cada parte del mar del olvido. Daniel se lanzó al mar de nuevo, reanudando el camino hacia las tierras abandonadas.

Por cuatro horas Daniel nadó sin detenerse; no había ningún lugar donde descansar, pero el ver tierra en el horizonte le insuflaba fuerzas para continuar. De repente una gran columna de agua se levantó ante él, se hizo un gran estruendo y algo surgió entre el agua. Daniel levantó la mirada y observó como la columna de agua tomaba forma de hombre, gigantesco en tamaño y completamente de color azul. El ser levantó sus dos brazos hacia el cielo, tras lo que otras dos columnas de agua se levantaron uniéndose en forma de un enorme arco que se extendía todo lo que alcanzaba la vista desde la izquierda hasta la derecha.

- Soy el Señor del Agua, nadie ha atravesado este arco desde hace muchísimas generaciones. ¿Por qué deberías hacerlo tú? -inquirió la extraordinaria criatura con una voz atronadora.

- Busco una respuesta -respondió Daniel.

El ser creó un torbellino junto a Daniel que comenzó a absorberlo.

- Morirás por tu osadía -declaró la criatura.

Daniel se hundía cada vez más, sus fuerzas eran escasas y no podía luchar contra la fuerza del agua.

- Los presuntuosos perecen en este mar -exclamó el Señor del Agua-. Muy pronto te encontrarás como tantos otros humanos vanidosos, sepultado en las aguas del mar del olvido donde nadie te recordará, donde nadie te llorará ni te esperará.

Las palabras del Señor del Agua se escuchaban ya confusas entre las aguas del torbellino que enviaba a Daniel al fondo de aquel mar; Daniel tragó mucha agua y comenzó a perder la noción de donde se encontraba. Las aguas acabaron tragándoselo; todos los instantes que había vivido junto a Shela pasaron por delante de sus ojos.

CAPÍTULO 33

Por tres días completos permaneció la vigilancia sobre los mendhires en el valle de la luz. Se descubrieron algunas cosas; como que se desplazaban tan velozmente que ninguno de los vigilantes era capaz de seguirlos. También se comprobó que nunca se desprendían de sus largas vestimentas oscuras y que tenían ojos diferentes a los de cualquier otro hombre, de color plateado y resplandecientes.

Tander mandó llamar a Tirsé al castillo real. Tirsé llegó a lomos de un caballo, desmontó y fue dirigido por los guardas reales hasta una pequeña habitación en la parte alta del castillo donde se encontraban Tander y Umser. Tirsé observó que en un rincón del cuarto se encontraba el libro sagrado.

- ¿Qué habéis averiguado tú y tu compañía acerca de los mendhires, Tirsé hijo de Meltaré? -inquirió Tander.

- Sabemos que su poder y fuerza es superior a la de cualquier hombre común, allá donde se acercan hay disturbios y violencia, nunca tocan a nadie directamente, su piel siempre está cubierta por sus largas ropas oscuras. No es fácil seguirlos debido a su gran velocidad y su discreción -informó Tirsé.

- Puedes esperar abajo -le indicó Tander.

Tirsé salió de la habitación y se dirigió hacia la planta de abajo. Tander y Umser permanecieron allí meditando.

Tirsé se encontraba en un largo pasillo anterior a la habitación del trono; fijó su mirada en una ventana que daba a los jardines y vio una figura pasar. Tirsé miró a su alrededor, dos guardias se encontraban al final del pasillo custodiando la entrada a la habitación del trono. Tirsé se dijo que no lo verían si salía a los jardines; se dirigió sigilosamente a la ventana, que se encontraba abierta y saltó por ella hacia el jardín. Kimal, quien se encontraba jugando sobre la hierba se asustó al verlo.

- No temas -la tranquilizó Tirsé acercándose a ella-, sólo quería ver los jardines. ¿Quién eres tú?

- Me llamo Kimal y mi padre es Tander -respondió ella.

- Siento haberla asustado princesa Kimal -dijo Tirsé inclinándose ante ella.

- No te preocupes joven, pero no deberías estar aquí -comentó Ashla que había observado la escena tras los árboles.

- Discúlpeme majestad, solo quería ver los jardines del castillo pero sé que no actúe sabiamente -se

disculpó Tirsé.

- En ese caso Kimal te los mostrará -le dijo finalmente Ashla.

Kimal se levantó y le pidió a Tirsé que la acompañara. Tirsé agradeció a Ashla su bondad, sabía que allanar los lugares del castillo reservados para la familia real era motivo de gran castigo y, a pesar de ello Ashla no solo no le había reprendido fuertemente sino que también le permitía verlos. Tirsé notó también el gesto de tristeza y melancolía que transmitía el rostro de Ashla.

Kimal llevó a Tirsé por todos los rincones de los jardines del castillo; finalmente llegaron a los muros del castillo, donde terminaban los jardines y comenzaba el bosque.

- Son muy bonitos vuestros jardines, supongo que te lo pasarás muy bien jugando por aquí -comentó Tirsé.

- Sí, pero echo de menos a mi hermana -respondió Kimal mirando hacia el bosque que se extendía más allá del castillo.

- ¿Qué le ocurrió? -preguntó Tirsé.

- Los hombres malos se la llevaron -confesó Kimal con voz triste y bajando la mirada.

- No te preocupes -dijo Tirsé tratando de consolarla-, nosotros acabaremos con los hombres malos.

Un hombre alcanzó el castillo real corriendo y cayó exhausto ante los guardias de la entrada.

- Debo ver al rey, es un asunto de suma importancia -exclamó con voz ahogada.

Tander fue informado y recibió al hombre en la habitación del trono. Ashla también se dirigió hacia allí, ambos ocuparon sus respectivos tronos. Umser permaneció en el cuarto de la parte alta del castillo.

- ¿Qué nuevas traes? -inquirió Tander, quien recordó que el hombre era uno de los que tenían asignada la tarea de vigilar a los mendhires.

- Mi señor el rey, Omisré se encontraba junto con tu siervo vigilando a los mendhires cuando uno de ellos trató de entrar en la plaza del mercado de Jedmen. Omisré pasó por alto las órdenes que teníamos de no actuar y trató de detenerlo. El ser descubrió su mano derecha y lo tocó durante un momento. Omisré cayó muerto al instante sobre el suelo. Se formó un gran revuelo, el mendhir se volvió a cubrir completamente y entró en la plaza, los hombres comenzaron a volverse unos contra otros hasta que el mendhir gritó una consigna contra su majestad. Sus palabras fueron 'dad muerte al rey y podréis hacer lo que os plazca'; todos acabaron gritando al unísono y ahora se dirigen hacia aquí

armados con palos y piedras. Yo corrí todo lo que pude y me adelanté para informárselo a mi señor el rey.

- ¿Conoces donde se encuentran ahora? - dijo Tander con gesto preocupado.

- Su paso no era muy veloz, deben de estar cerca de Tudmin ahora -opinó el hombre.

- Gracias por tu fidelidad -dijo Tander dirigiéndose al hombre-, puedes salir y esperar fuera.

El hombre salió de la habitación.

- ¿Qué vamos a hacer? -preguntó Ashla aterrada.

- Dudo mucho que podamos hacer al pueblo entrar en razón, así que creo que debemos prepararnos para pelear -reflexionó Tander.

- ¿Luchar contra nuestro propio pueblo? Quizás eso sea lo que quieren esos seres malvados -opinó Ashla.

- Puede que tengas razón -le contestó Tander meditativo-, pero tampoco podemos dejar que nos den muerte.

Tander mandó llamar a Umser y le contó lo que el mensajero le había comunicado.

- ¿Qué piensas que debería hacer? -inquirió Tander.

- Si esos hombres poderosos insuflan fuerzas a los rebeldes estamos perdidos. No creo que haya humano capaz de presentar batalla contra ellos -opinó Umser.

- De todas maneras trataremos de detenerlos -concluyó Tander decidido-. Debemos tratar de ganar tiempo hasta que el joven Daniel alcance la fortaleza de las tinieblas y logre cumplir su misión.

- ¿Y si no lo logra? -Inquirió Ashla-. ¿Qué hay si Daniel perece en su viaje?

- Entonces que los dioses se apiaden de nosotros -respondió Tander.

Ashla salió de la habitación entre lágrimas, comenzaba a perder la esperanza de volver a ver a su hija y no podía evitar pensar que quizás muy pronto todos ellos morirían, ya fuera a manos de sus propios vecinos o por el poder de los mendhires, esos seres poderosos cuyo poder ya había experimentado en su propio cuerpo. Ashla se dirigió a los jardines del castillo, bajo un gran árbol trató de ahogar su llanto.

Kimal y Tirsé se dirigían hacia la puerta que daba al castillo cuando Tirsé oyó el llanto ahogado de Ashla.

- Ve tú, ahora iré yo -instó Tirsé a Kimal.

Kimal entró en el castillo, Tirsé se dirigió hacia el árbol detrás del cual estaba Ashla. Tirsé se sobresaltó cuando vio que quien lloraba tristemente oculta tras un árbol era la propia reina del valle de la luz.

- Lo siento mucho majestad, no pretendía invadir su intimidad -se disculpó Tirsé.
- No te preocupes -respondió Ashla entre sollozos-, son tiempos difíciles para todos.
- ¿Qué inquieta a mi señora? ¿Podría yo hacer algo por ella? -le preguntó Tirsé.
- Un grupo de rebeldes venidos de Jedmen se dirigen hacia aquí con propósito de atentar contra el rey -confesó Ashla-. Pronto alcanzarán Tudmin y puede que otros se les unan allí; los mendhires promueven esa rebelión y muy probablemente insuflen fuerzas a los rebeldes. Si no ocurre nada vendrán y nos darán muerte.

Tirsé miró con preocupación el rostro de Ashla. Ambos permanecieron pensativos por varios minutos.

- Si algún hombre los detuviera... -continuó Ashla-. Estaría dispuesta incluso a darle mi hija en matrimonio siempre que la recuperáramos. Ella es muy hermosa de apariencia y corazón.
- Majestad, si es voluntad del rey yo mismo encabezaré la lucha contra esos rebeldes faltos de lealtad -exclamó Tirsé arrodillándose ante Ashla.
- Comparece ante el rey y preséntale tu servicio -le ordenó Ashla.

Tirsé se dirigió hacia la habitación del trono, una vez llegó a la puerta solicitó la comparecencia ante el rey. Tander aceptó su solicitud y Tirsé se presentó ante él.

- Se presenta tu siervo Tirsé, hijo de Meltaré.
- ¿Cuál es el motivo de tu petición de audiencia real? -inquirió Tander.
- Una noticia inquietante ha llegado a mi oído -comenzó Tirsé-. Soy consciente de que una muchedumbre de hombres rebeldes se dirige hacia aquí para atentar contra el rey. No conozco la voluntad del rey al respecto, pero si la voluntad de mi señor fuera luchar debe conocer que su siervo está dispuesto a luchar para defender a su majestad y su familia.

Tander miró con gesto incrédulo a Umser, al instante comprendió que Ashla se lo tenía que haber contado.

Tras unos instantes de meditar Tander llegó a una conclusión.

- De acuerdo, encabezarás a nuestro ejército -indicó Tander, tras lo que mandó a llamar a Eulatar, el

jefe de sus guardias reales.

- Ve a Somper y manda a todos los herreros a que construyan lanzas, espadas, escudos y algunas armaduras lo más rápido que puedan -le ordenó Tander-. Comunica a todo hombre mayor de veinte años que debe estar dispuesto para defender a su rey en batalla. Lleva contigo a dos hombres y encárgales la misión de tratar de frenar el avance de los rebeldes, que traten de confundirlos o lo que consideren oportuno; pero que, sobre todo, sean cautelosos. Los mendhires guardan un gran conocimiento y poder que pueden usar en cualquier momento.

Eulatar tomó a dos guardias y salió rápidamente hacia Somper. Tirsé permaneció en la habitación del trono junto a Tander y Umser planificando su defensa ante el ataque que les aguardaba.

CAPÍTULO 34

Una inmensa columna de agua se elevó hasta donde alcanzaba la vista en el mar del olvido. El Señor del Agua acostumbraba erigir una gran columna de agua para mostrar su poder tras aniquilar a alguien. Sin embargo, algo diferente ocurría en esta ocasión; Daniel se encontraba sobre la columna de agua, sin conocimiento pero aún vivo.

El Señor del Agua hizo descender la columna de agua hasta que quedó al nivel del mar. Daniel comenzó a sentir luz sobre sus ojos, los abrió y la figura del Señor del Agua se fue haciendo clara.

- Has observado que puedo darte muerte, pero hasta el más ínfimo mortal recibe la oportunidad de decir la palabra y pasar por el arco de los héroes -indicó la extraordinaria criatura mientras volvía a extender el arco de agua.

Daniel permaneció en silencio y comenzó a sentir letras en su mente, pero no lograba distinguir las. Seguía aturdido por la sensación que había experimentado cuando el torbellino lo absorbió. Había visto los momentos más importantes de su vida pasar delante de sus ojos, tras lo cual un gran silencio se adueñó de todo a su alrededor; sintió que todo había acabado y que el mar del olvido sería el lugar donde yacería, olvidado por todos y con una misión inacabada.

El Señor del Agua comenzó a impacientarse.

- Sólo los héroes conocen la palabra, sólo los hombres valientes. ¿Por qué habrías de saberla tú? - inquirió mientras creaba un torbellino cerca de Daniel.

La fuerza del agua comenzó a arrastrar a Daniel, quien trataba de oponerse a la corriente. De repente, una palabra resonó clara en su mente: '*Iskime!*'.

El torbellino se agrandó, alcanzando a Daniel.

- ¡Iskime!! -clamó Daniel con voz fuerte.

El torbellino desapareció al instante. El Señor del Agua se hundió en las aguas del mar del olvido; sólo el arco de los héroes permanecía ante Daniel.

Daniel lo cruzó y una gran tormenta se desató en el mar. Las olas mecieron a Daniel de un lado a otro hasta llevarlo a tierra firme.

Daniel llegó hasta una pequeña playa. Estaba ya cercano el atardecer y había perdido su alimento, conservaba tan solo la espada y el escudo. Corría fuerte viento y Daniel se adentró en aquella tierra buscando algún lugar para refugiarse.

Daniel continuó por casi una hora andando. En el cielo multitud de cuerpos celestes creaban una atmósfera mágica: la luz de la noche había caído ya sobre la mayor parte del cielo; en el horizonte se divisaba el sol ocultándose en dirección noreste y otro sol en dirección noroeste, y ambos teñían sus respectivas parcelas de cielo de colores anaranjados entre las nubes que se divisaban. Gran cantidad de estrellas y planetas que reflejaban la luz de los soles iluminaban la tierra de tal forma que Daniel podía distinguir fácilmente las figuras a corta y larga distancia. El fuerte viento movía la hierba verde, cuya altura sobrepasaba ligeramente los tobillos de Daniel.

Sobre una colina se divisaban unas grandes columnas de piedra, de dos pilares verticales y uno horizontal que reposaba sobre estos dos. Las estrellas fugaces surcaban el cielo y parecían perderse en esa dirección. Daniel se dirigió hacia la colina; algo le decía que allí se encontraba la respuesta a su pregunta.

Daniel alcanzó la parte más alta de la colina, al instante supo que lo que veían sus ojos nunca se borraría de su mente. Ante él se encontraba un ser con forma de dragón, de poco más de dos metros de altura; su color era entre celeste y plateado. A Daniel le llamó especialmente la atención sus alas, inmensas y bellísimas, terminaban en forma de surcos y guardaban una infinidad de colores desde el azul hasta el color plata. La criatura se sostenía sobre sus dos patas inferiores, mientras que sus dos extremidades superiores eran similares a brazos humanos, no en forma sino en la función que parecían cumplir. Unos pequeños ojos negros atraían la atención hacia ellos. Exceptuando la parte interior de las alas, su piel no era lisa; el resto de su cuerpo estaba lleno de escamas que resplandecían y brillaban al reflejo de los cuerpos celestes.

Daniel se dijo que sin duda era un ser hermoso y enigmático, a la vez que misterioso y quizás peligroso. Él sólo sabía que escapaba a su conocimiento la clase de criatura que era.

La criatura miró a Daniel, se encontraban a unos escasos cuatro metros. Los ojos negros de la criatura eran inexpugnables para Daniel; era incapaz de descubrir algo en esos ojos tan peculiares.

El ser se acercó a Daniel a paso lento, anduvo sobre sus patas traseras hasta quedar junto a él.

- ¿Quién eres tú? -inquirió Daniel, convencido de que ante él se encontraba una criatura inteligente.

- Mi nombre es Iskimel, y procedo de una galaxia llamada Shascir -contestó la criatura con una extraña voz.

- ¿No eres de este mundo? -inquirió Daniel incrédulo.

- No joven Daniel, y tú tampoco lo eres -respondió Iskimel.

Esas palabras desconcertaron a Daniel, cada vez se sentía más perdido. Era como si estuviera en un sueño que se hacía más y más profundo, un sueño del que era imposible despertar. El viento seguía soplando fuertemente, multitud de estrellas fugaces surcaban el cielo y parecían caer en las tierras que se hallaban detrás del majestuoso ser con que Daniel hablaba. Daniel no sentía sueño, ni hambre, ni cansancio, era como si todo su viaje tuviera allí su explicación.

- ¿Dónde me hallo? -preguntó Daniel intrigado.

- Te hallas sobre las tumbas de los guerreros olvidados, en las tierras abandonadas -respondió Iskimel.

- Pero si este no es mi mundo... ¿Qué mundo es este? -inquirió de nuevo Daniel.

- Este es el planeta Lasminar, en la galaxia Trusmerer -le aclaró Iskimel.

- ¿Cómo llegué hasta aquí?

- Poseo muchos datos de ti Daniel; sé que tú procedes de la tierra, en la Vía Láctea. Hubo un momento en que una puerta interdimensional se abrió en un lugar de tu planeta. Esa puerta o agujero interdimensional sólo duró unos segundos, pero tú lo atravesaste en el momento justo y llegaste hasta aquí.

- ¿Cómo es posible? -inquirió Daniel incrédulo.

- Hay muchas fuerzas y poderes que escapan a nuestro control; sin embargo aquí te hallas cumpliendo una antigua profecía que recoge un libro escrito por mi pueblo hace ya muchos años -explicó Iskimel-. Muchos sucesos han acaecido durante la historia de este planeta y no todos han sido gratos para sus habitantes.

Daniel permanecía expectante ante la explicación de Iskimel.

- Siéntate y te relataré como hemos llegado hasta aquí -instó Iskimel a Daniel.

Daniel se sentó sobre la hierba; observó que a su alrededor había multitud de las columnas de piedra que anteriormente había divisado.

- Hace ya muchos años -comenzó Iskimel-, nuestro pueblo viajó a esta galaxia. Vinimos a Lasminar porque era el único planeta que estaba habitado en Trusmerer. Apreciamos que la vida de este planeta era pacífica y sus habitantes eran nobles. Quisimos recompensar a los diez hombres más nobles de este planeta por la gran hospitalidad que mostraron con nosotros regalándoles la piedra plateada, el símbolo de nuestra inmortalidad; les edificamos un gran castillo en la región nororiental bajo el que se encuentra un estanque, que alberga toda la fuerza y poder de la piedra plateada que

les otorgamos y, como presente que era, prometimos no arrebatársela de sus manos.

Iskimel hizo una pequeña pausa.

- En Fistenir, nuestro planeta natal, abundan esos minerales. Pensamos que regalarles una de estas piedras en señal de gratitud contribuiría a extender la paz y estrechar los lazos de unión entre nuestros pueblos. Sin embargo nos equivocamos en gran manera -reflexionó Iskimel-. En vez de conducir a todos sus congéneres al estanque de la eternidad, los hombres que en un tiempo fueron nobles se encerraron en su castillo, reforzaron sus murallas, escondieron trampas y vedaron el estanque. Finalmente se encerraron en su fortaleza y decidieron que no necesitaban continuar su vida normal; dejaron atrás el cultivar el campo, el disfrutar del comer, el reunirse con sus familiares, el casarse y tantas otras cosas que los humanos normales anhelan. Se recluyeron con su piedra plateada y su estanque sagrado olvidando la vida y a los demás; una sombra comenzó a extenderse por el monte donde se yergue su fortaleza, aquel lugar que llegó a llamarse el monte de la eterna penumbra.

Iskimel volvió a detenerse. El viento corría ya con menos fuerza sobre las tierras olvidadas.

- Nosotros sabíamos que su avaricia acabaría despertando; su egoísmo se hizo manifiesto cuando decidieron no compartir el gran don que les habíamos otorgado. Por un lado no podíamos faltar a nuestra palabra y arrebatársela la piedra plateada y por otro lado tampoco podíamos dejar en ignorancia a las gentes del valle de la luz acerca del peligro que les aguardaba. Por ese motivo escribimos ese libro, para que las gentes del valle no estuvieran en ignorancia y se lo hicimos llegar mediante una gran demostración de fuerza y energía, para que creyeran en él -explicó Iskimel ante un Daniel pensativo-. El tiempo nos dio la razón. Los hombres inmortales o mendhires, como los llamáis vosotros, comenzaron a dar rienda suelta a sus ansias de poder y dominación y comenzaron a influir en el pueblo de Rizpá-Malpá, incitándoles a crear sufrimiento entre ellos para su disfrute personal.

- ¿Y qué tengo que ver yo con todo esto? -interrumpió Daniel.

- Como no podíamos faltar a la palabra y arrebatársela la piedra plateada decidimos traer a alguien para que el pueblo del valle de la luz tuviera la oportunidad de ser liberado de estos maléficos seres.

- ¿Por qué traer a alguien de otra galaxia? -inquirió Daniel.

- Hubo ya un intento de destruir a los mendhires -relató Iskimel-. Hace ya muchos años los habitantes del valle fueron informados de que la sombra de estos hombres poderosos se extendía inexorablemente. Muchos hombres del valle, grandes en valentía y fuerza decidieron hacer frente a los mendhires. Formaron una gran compañía encabezada por Tosmer, quien era rey del valle de la luz.

- ¿Qué ocurrió? ¿Por qué su descendencia no continuó con su reinado? -preguntó Daniel.

- Los mendhires no deseaban que los habitantes del valle obedecieran a nadie excepto a ellos. Los hombres valientes del valle combatieron contra los mendhires en esta tierra en la que te encuentras; hubo una feroz lucha pero los mortales no prevalecieron contra el poder de la piedra plateada. Los mendhires aniquilaron a todos los hombres excepto al rey, a quien llevaron a un oscuro calabozo construido por ellos en su fortaleza, dejándolo allí hasta morir -contó Iskimel-. Ellos se encargaron de que la familia real fuera olvidada enviando al valle de la luz un escrito haciéndose pasar por el rey en el que renunciaba a la corona, imposibilitaba para que continuara con ella su descendencia y, como última ley, prohibía la sola mención de la corona. Los habitantes del valle creyeron este comunicado como legítimo del rey y bastantes generaciones después nadie recordaba la anterior existencia de la corona. Nuestro pueblo enterró a estos grandes hombres y construyó estos grandes monumentos conmemorativos para que, al menos aquí se les recordara. Sin embargo su recuerdo se borró tras estas tierras, son los guerreros olvidados, fueron grandes hombres que dieron su vida tratando de defender la tierra del valle de la luz y sólo consiguieron olvido de parte de las gentes del valle.

Daniel se quitó el gorro en señal de respeto mientras observaba los monumentos conmemorativos de los guerreros olvidados.

- En realidad tampoco considerábamos correcto comisionar a un habitante de este planeta para destruir a esos hombres inmortales que, en definitiva, son sus parientes lejanos -continuó Iskimel-. Así que nos dirigimos a tu galaxia y a tu planeta, te dimos una fuerza superior para que te adelantaras a tu amigo Alejandro; sabíamos que explorarías la montaña hasta llegar a la sima en la que creamos el agujero interdimensional. Siento decirte que nosotros provocamos tu caída en la sima para que vinieras a este mundo y cumplieras tu papel predicho como liberador del valle de la luz frente a las sombras de los mendhires.

Daniel meditó en las palabras de Iskimel.

- ¡Jugasteis con mi destino! -exclamó Daniel indignado mientras se incorporaba-. No me preguntasteis si deseaba venir o quedarme.

Iskimel observó a Daniel sin exaltarse.

- Os equivocasteis conmigo, yo soy un simple chico que nunca ha sido capaz de hacer nada importante. Mi compañía nunca ha sido deseada por nadie -dijo Daniel bajando la voz y con gesto triste-. Nunca podría acometer tarea tan gigante; sólo me lancé a esta aventura porque mi conciencia me atormentaba por abandonar a Shela aquella noche. Yo no soy ningún héroe.

- Un héroe no es aquel que da rienda suelta a su fuerza, sino quien refrena su poder hasta el momento indicado -contestó Iskimel-. El héroe nunca cederá en su afán de que el bien venza al mal, de que la luz brille sobre la oscuridad. Tu humildad es señal de tu buen corazón. Has hecho muchos esfuerzos desde que llegaste a este mundo; has antepuesto los intereses de los demás a los tuyos propios. Sin embargo, me siento en la obligación de poner una decisión ante ti.

Un estruendoso viento comenzó a soplar, una estrella fugaz vino a caer justo detrás de Iskimel formando una especie de espejo blanco. Iskimel se retiró e indicó a Daniel que se acercara a esa luz. Daniel se acercó a la luz y se vio reflejado en ella; su rostro denotaba el gran esfuerzo que había efectuado para llegar hasta allí. Su pelo se movía con el fuerte viento y en sus ojos se apreciaba una gran curiosidad. De repente la superficie resplandeciente se hizo mayor y comenzó a dejar de reflejar la imagen de Daniel.

Daniel comenzó a ver en ella árboles, arbustos y otros elementos típicos del paisaje de montaña. Al instante reconoció el lugar, era el llano en el que se encontraba la sima por la que él cayó hacía ya algún tiempo llevándolo al valle de la luz. Daniel vio a Alejandro buscándolo, llamándolo en aquel lugar.

-¿Qué significa esto? -inquirió Daniel volviéndose hacia Iskimel.

- Puedes volver a tu mundo ahora si lo deseas, he vuelto a abrir el agujero interdimensional y permanecerá abierto por un minuto -le informó Iskimel-. Después de cerrarse todo habrá quedado atrás y no podrás volver a tu planeta nunca jamás. Ahora debes decidir qué harás con tu vida.

Daniel observó en la puerta interdimensional como Alejandro lo buscaba y llamaba. Recordó las muchas comodidades que ofrecía su anterior vida: agua corriente, electricidad, medios de transporte rápidos... Daniel se acercó a ese extraordinario agujero entre dimensiones; se dijo que todo había terminado. Que no tenía por qué continuar perdido en aquel extraño mundo en el que la muerte lo acechaba en cada nuevo paso. Volvería con Alejandro y sería como si nada hubiera ocurrido.

Sin embargo algo vino al recuerdo de Daniel; el rostro de Shela apareció claro en su mente, tras lo que recordó los momentos que habían pasado juntos.

- Adiós -dijo Daniel mirando a Alejandro a través de la puerta interdimensional.

Daniel se volvió hacia Iskimel que lo observaba cuidadosamente.

- Tengo demasiado por lo que luchar aquí como para abandonar ahora -confesó Daniel.

El agujero interdimensional comenzó a girar en espiral, fue poco a poco empequeñeciéndose hasta que desapareció. El viento remitió, las estrellas fugaces dejaron de surcar el cielo y el resplandor de

las luces de los planetas pareció apagarse un poco, el lugar quedó en una gran calma.

- Puedo ver en tu corazón que tu amor por ella es mayor de lo que cualquier persona podría amar su propia alma -comentó Iskimel.

- Nunca la abandonaré -afirmó Daniel.

- Para destruir a los mendhires debes arrojar la piedra plateada al estanque de la eternidad; si lo haces los mendhires serán similares a hombres normales de la edad con la que cuentan. Como todos ellos cuentan muchos años morirán al instante en que la piedra plateada se disuelva -explicó Iskimel.

Daniel asintió con la cabeza.

- No será sencillo -le advirtió Iskimel-. Son hombres poderosos y tratarán de impedir que alcances la última habitación de su fortaleza donde la piedra plateada reside. Te tendrás que encarar a una gran prueba o decisión, dependiendo de cómo decidas así le ocurrirá al futuro del valle de la luz, al de los mendhires e incluso al tuyo mismo. La prueba final dictará qué es lo que tu corazón de verdad anhela.

Daniel permanecía pensativo ante lo que el futuro le deparaba.

- Dirígete al noreste, tendrás ayuda para cruzar el mar del olvido. Yo ahora me marcharé a mi mundo natal, he sido el último de mi especie que ha permanecido aquí, esperando al héroe que acudiera aquí antes de continuar su camino. Tú eres el último gran hombre, el último de los guerreros que combatieron con los mendhires, el héroe del valle de la luz. Nunca olvides que tienes la oportunidad de cambiar el destino de todo un mundo, te deseo mucha suerte amigo -dijo Iskimel ofreciéndole su extraña mano a Daniel.

Daniel estrechó su mano con la del extraterrestre, al hacer esto sintió como si un gran poder entrara en él.

- Gracias por todo -dijo Daniel.

La criatura agitó las alas, su aleteo desprendía grandes haces de luz, que hacía que resplandecieran los monumentos dedicados a los guerreros olvidados. Iskimel comenzó a elevarse ante los ojos de Daniel, su vuelo adquirió más velocidad y finalmente desapareció entre las estrellas.

Daniel bajó la colina y se refugió debajo de unos árboles para dormir; había acumulado muchas horas sin descanso y el cansancio había hecho mella en él.

CAPÍTULO 35

Daniel se despertó tras casi siete horas de sueño; había recuperado las fuerzas y estaba decidido a llegar lo más pronto posible a su destino. Además Iskimel le había suministrado la información que le faltaba. Daniel anduvo hasta llegar a la playa a la que había llegado el día anterior. Se lanzó al agua y comenzó a nadar lo más rápido que pudo.

Después de dos horas nadando Daniel escuchó un sonido detrás de él, a lo lejos. El sonido fue incrementando hasta que Daniel percibió que algo andaba muy cerca de él. Miró en todas direcciones hasta que divisó a sus espaldas varias aletas de color oscuro que se acercaban rápidamente, Daniel sabía que no podría huir por lo que permaneció inmóvil. Las aletas le dieron alcance y nadaron en círculos rodeándolo; los animales asomaron por encima del agua y Daniel pudo ver que eran delfines, unos extraños delfines, oscuros en su parte superior y grises en su parte inferior. Los delfines emitían ruidos ante la mirada curiosa de Daniel; finalmente uno de ellos se sumergió en el agua y emergió justo debajo de Daniel. El delfín nadó llevando a Daniel sobre sus espaldas durante largo rato seguido por los otros.

Un rato después alcanzaron tierra firme. Daniel se bajó del delfín y lo acarició. El tacto del delfín era una sensación nueva para él; el animal tenía una piel muy tersa y brillante.

- Gracias amigo -dijo Daniel en voz alta mientras lo acariciaba.

Daniel observó que la extraña estructura bajo la que habló con Sasmalá había quedado bastante lejos ya, en dirección suroeste, por lo que apreció el mucho tiempo que había ganado gracias a los delfines. Daniel se dio la vuelta y continuó su camino rumbo al noreste.

Durante todo el día anduvo Daniel sin comida ni agua. La vegetación menguaba conforme avanzaba y apenas había ya arroyos en los que saciar la sed; los pocos árboles que quedaban ya parecían secos y muertos; la luz del sol iluminaba débilmente aquellas tierras.

Cercano ya el atardecer Daniel se detuvo a descansar tras todo el día caminando a paso ligero sin detenerse. Daniel miró hacia atrás y reflexionó en lo que había dejado en las tierras olvidadas; la oportunidad de volver a su mundo había estado ante él. Sin embargo no se arrepentía de la decisión que había tomado; tenía cada vez más claro que deseaba continuar con su misión, deseaba sobre todas

las cosas volver a ver a Shela y estaba seguro de que su vida carecería de felicidad sin ella.

Daniel comenzó a distinguir una figura en el horizonte; pronto supo de quien se trataba.

- ¡Rosjer! -gritó Daniel mientras echaba a correr hacia él.

Rosjer también corrió hacia Daniel, ambos se encontraron y se fundieron en un abrazo.

- Estaba muy preocupado por ti, pero comprendí que debía continuar mi camino, muchas cosas dependen ahora de mí -le explicó Daniel a Rosjer.

- Hiciste lo que debías amigo -respondió Rosjer dándole una palmada en el hombro.

Daniel observó a Rosjer detenidamente, no vio ningún rastro de las quemaduras causadas por el tumyar.

- Me dijeron que esa criatura que nos atacó te causó quemaduras graves, ¿por qué te marchaste sin avisar estando enfermo? -inquirió Daniel.

Rosjer bajó la cabeza y se mantuvo en silencio.

- ¿Qué ocurrió Rosjer? ¿Por qué te marchaste de aquel lugar así? ¿Por qué no me lo quieres contar? -preguntó Daniel intrigado.

- Merezco la muerte por los hechos de mi pasado, si te relatara la razón de mi marcha traerías la muerte sobre mí -respondió Rosjer sin levantar la cabeza.

- Te juro sobre mi propia vida que no haré tal cosa -afirmó Daniel.

- Esas jóvenes vivían en la garganta de Rizpá-Malpá -comenzó a relatar Rosjer manteniendo la mirada baja-. Hubo una gran riada, muchas personas y animales murieron, los padres de esas niñas también perdieron la vida en aquella ocasión. Los árboles y arbustos frutales se vieron arrancados por la fuerza del agua, apenas sobrevivieron animales, no había nada para comer.

Rosjer hizo un alto y levantó su vista, miró a los ojos de Daniel quien ya conocía el desenlace pero permanecía ignorante respecto a la participación de Rosjer en aquella decisión.

- La cuestión es que, en nuestra desesperación, hicimos algo de lo que ahora me avergüenzo profundamente. Decidimos que el futuro de esas niñas sería servir de alimento a nuestro pueblo -confesó Rosjer con voz entrecortada.

Daniel no daba crédito a lo que oía, miró incrédulo a Rosjer que permanecía con la mirada baja. Daniel no podía asimilar que quien había estado viajando con él era uno de los que sentenció a muerte a un grupo de niñas indefensas por el sólo hecho de ser huérfanas. Rosjer dirigió su mirada hacia la de Daniel, quien percibió en su rostro el arrepentimiento por aquellos actos de su pasado. Daniel recordó lo que Iskimel le contó sobre la influencia que por tanto tiempo habían ejercido los mendhires sobre el pueblo de Rizpá-Malpá. Daniel dejó de ver a Rosjer como un verdugo y comenzó a

verlo como una víctima.

- No podía soportar la idea de que me cuidaran las mismas jóvenes con las que tan mal actué, así que me fui -explicó Rosjer-. Quería morir en paz, dejar atrás mi miserable existencia. Pero recordé que tenía una deuda contigo que tenía que saldar, así es que volví y Silmirar me sanó cuando mi corazón se había parado. Debes de odiarme por lo que hice.

Daniel miró fijamente a los ojos de Rosjer.

- Odio la conducta que tuvo tu pueblo, pero no te odio a ti como persona. Marchemos hacia el monte de la eterna penumbra y acabemos con los causantes de toda la maldad de este mundo -exclamó Daniel dándole una palmada en la espalda.

Rosjer no comprendió totalmente aquellas palabras de Daniel pero estaba dispuesto a seguirlo allá donde fuera.

Ambos reanudaron el paso en dirección noreste.

CAPÍTULO 36

Los dos hombres enviados por Eulatar para que frenaran el avance de los rebeldes lograron confundir a las muchedumbres. Unos tres mil hombres estaban preparados ya para partir de Tudmin cuando llegaron ellos. Se infiltraron en el grupo y comenzaron a atraer la atención hacia los mendhires; esparcieron la idea de que los mendhires los destruirían una vez que ellos mataran al rey. Por varios días hubo una gran división en el grupo; algunos comenzaban a dudar de lo acertado de la sublevación que tramaban, otros permanecían resueltos a continuar con su plan. Al tercer día los mendhires alentaron a algunos rebeldes a que mataran a los dos guardias del castillo venidos desde Somper que habían sembrado la confusión. Una vez muertos el grupo volvió a reafirmarse en su idea de acabar con el rey, excepto unos pocos que abandonaron y volvieron a sus casas.

Al alba del cuarto día partió el grupo de Tudmin en dirección a Somper. Allí se habían preparado para el ataque unos mil quinientos hombres que, comandados por Tirsé, esperaban la orden a la que se colocarían en la colina del castillo para esperar allí a los rebeldes. Los que manejaban el arco se situarían dentro del castillo, en los torreones del mismo para lanzar sus flechas desde allí. Los que llevaban espada tendrían que luchar en campo abierto contra una muchedumbre cuyo número era más del doble que el suyo.

Tander se encontraba en la habitación del trono junto con Umser, Tirsé y Eulatar.

- Debemos tratar de evitar el derramamiento innecesario de sangre -indicó Tander-. Sigue siendo nuestro pueblo.

- En mi opinión no podemos vacilar o nos aniquilarán sin piedad -opinó Tirsé.

Tander miró a Umser con gesto preocupado. No veía clara la situación pero no se le ocurría ninguna otra idea.

- Mientras haya vida en mí protegeré a su majestad el rey -declaró Eulatar que había percibido la preocupación en la mirada de Tander.

- Y yo no permitiré que el castillo real sea profanado por esos desleales -afirmó Tirsé-. Necesitaré arqueros en los dos torreones más cercanos a la puerta; deberán ser hombres hábiles con el arco, ya que los rebeldes son muy altos en número.

Mientras Tirsé aún hablaba un guardia del castillo informó a Tander de que un niño pedía audiencia

urgente argumentando que tenía algo muy importante que decirle al rey. Tander lo hizo pasar y un niño de unos once años entró en la sala; su respiración era agitada y la inmensidad de la habitación pareció distraerlo.

- Hijo, ¿qué era esa cosa tan importante que tenías que informarme? -inquirió Tander paciente.

- Mi señor el rey, los dos siervos suyos que estaban en Tudmin entreteniendo a los rebeldes han muerto y la muchedumbre debe de haber partido esta mañana desde allí -informó el niño.

- ¿Cómo conoces esos detalles? -le preguntó Tander.

- Mi padre era uno de ellos, él me llevó con él a Tudmin pero me dejó en una posada. Me dijo que si le pasaba algo montara a un potro que nos llevamos y que se lo informara a su majestad -relató el niño nervioso.

Tander se apenó mucho por lo que oyó. Hombres sin culpa, cuyo único "mal" había sido cumplir con su servicio habían muerto, dejando incluso huérfanos. Reflexionó en las muchas pérdidas injustificadas que habría a partir de ese momento.

- Dejadme solo -ordenó Tander.

Todos los demás salieron de la habitación, dejando a Tander solo con sus pensamientos.

Tras un rato meditando Tander mandó llamar a Ashla.

- Querida, los rebeldes ya deben haber partido de Tudmin. Mataron a los dos guardias que fueron enviados para crear confusión en el grupo.

Ashla lo miró con gesto preocupado. Tander tomó su mano y reflexionó en lo poco que había valorado hasta entonces el amor de su mujer.

- Si me ocurre algo quiero que sepas lo mucho que te amo -dijo Tander.

Ashla le miraba directamente, el gesto de su rostro pasó de mostrar preocupación a reflejar su miedo.

- Sé que no he valorado tu compañía ni tu amor todo lo que debería, si volviera a dárseme la oportunidad pasaría mucho más tiempo a tu lado. El unir nuestros caminos ha sido lo mejor que me ha ocurrido en toda mi vida -dijo Tander con voz triste, con un tono que sonaba a despedida.

- Aún hay tiempo, superaremos esto juntos -respondió Ashla con lágrimas en los ojos.

- Ahora sólo sé que quiero pasar todo el tiempo que pueda a tu lado antes de que lleguen los rebeldes -confesó Tander.

Eulatar y Tirsé conversaban en el pasillo principal del castillo. Umser los escuchaba atento.

- Como jefe de los guardias reales mi comisión primordial es proteger al rey, así que necesitare a todos mis hombres. No puedo dejar ninguno a tu cargo -dijo Eulatar.
- Si los rebeldes consiguen entrar en el castillo no habrá forma de proteger al rey ni a los suyos - objetó Tirsé-. Es mejor plantarles cara desde fuera con el mayor número de hombres con los que podamos contar.
- Lo siento pero no dejaré desguarnecido al rey del valle de la luz -indicó de nuevo Eulatar.
- ¿Qué le podría ocurrir en su propio castillo? -inquirió Tirsé-. Esos hombres no son tan necesarios aquí como lo son fuera.
- No siempre la mayor amenaza es la más aparente -respondió Eulatar mirándole seriamente a los ojos.

Tirsé se marchó enfadado afuera del castillo. Dio la orden de que cuatro hombres montaran guardia en la entrada a Somper.

La hora de la comida había pasado ya, oscuros nubarrones comenzaron a descargar lluvia sobre el valle de la luz.

CAPÍTULO 37

Daniel y Rosjer caminaron por largo rato. Una sombra envolvía aquellas tierras, una sombra que aumentaba conforme avanzaban; no veían nada y no tenían noción de la hora del día que era. Finalmente decidieron hacer un alto en el camino para dormir y esperar que la luz aumentara.

Unas seis horas después reanudaron su camino. Daniel no había dormido nada, era incapaz de hacerlo. Una niebla oscura se encontraba sobre las tierras que pisaban, una niebla que al menos dejaba distinguir las siluetas en la lejanía.

Después de una hora andando Daniel observó una elevación del terreno.

- Es el monte de la eterna penumbra -afirmó Daniel.

Rosjer lo miró indeciso.

- Vamos, ya no falta mucho -lo alentó Daniel.

Daniel y Rosjer alcanzaron el monte y comenzaron a subirlo; la pendiente no era demasiado pronunciada, lo que facilitó que pudieran caminar a buen ritmo.

Daniel comenzó a ver unas figuras entre la oscuridad del lugar.

- Ahí está la fortaleza de las tinieblas. Ahí se encuentra el motivo de mi viaje, la razón principal por la que he venido -confesó Daniel en voz baja.

- Una mujer ¿verdad? -preguntó Rosjer.

- La mujer más maravillosa que existe y jamás existirá -le respondió Daniel-. No concibo mi vida sin ella.

Rosjer escuchaba atento a Daniel.

- Su rubio pelo es mi sol, su blanca piel es mi luna y sus azules ojos son el inmenso océano que me conduce a la locura -dijo Daniel con un tono melancólico.

Rosjer guardaba silencio; una lágrima corrió por su mejilla recordando su historia de desamor con Salrimat.

Daniel observó el efecto que tuvieron sus palabras en Rosjer, lo miró compasivamente y puso su mano sobre su hombro.

- Continuemos -sugirió Daniel tras varios minutos en los que los pensamientos de Rosjer habían

transcurrido por los momentos más tristes de su vida.

Los dos llegaron hasta la gran puerta negra de la fortaleza de las tinieblas. Fueron muy sigilosos por el camino para evitar llamar la atención de los mendhires. Ocultos tras los arbustos observaron el lugar: unos grandes muros de piedra oscura se alzaban a gran altura sobre ellos, cinco grandes torres que terminaban en forma picuda se erguían en él. La torre más alta llamó la atención de Daniel; medía más del doble que las otras y cierta luz parecía brillar en su interior. Daniel se fijó en que había un camino que bordeaba la fortaleza; la torre más alta estaba en el lado opuesto de la fortaleza del que se encontraban Daniel y Rosjer.

- Quizás sea más fácil tratar de entrar por el otro lado -opinó Daniel.

- ¿Esperan los habitantes de este lugar tu venida? -inquirió Rosjer.

- Sin duda -respondió Daniel.

- En ese caso te será mucho más fácil entrar si distraemos su atención; déjame que me haga pasar por ti -pidió Rosjer-. Llamaré la atención hacia mí y tú dispondrás de más posibilidades de entrar sin ser visto.

- Seres muy poderosos habitan esta fortaleza -confesó Daniel-. El solo contacto de su piel con la tuya es suficiente para que mueras. Es muy arriesgado.

- Tú arriesgaste tu vida para ayudarme, ahora yo arriesgaré la mía para ayudarte. He venido hasta aquí porque me has enseñado que se debe ayudar a los demás. Así que ve y busca la oportunidad de entrar, yo te proporcionaré todo el tiempo que pueda -dijo Rosjer convencido.

- De acuerdo. Muchas gracias, ten mucho cuidado con esos hombres poderosos, sobre todo evita que te toquen. Eres un buen hombre y un gran amigo -dijo Daniel ofreciéndole la mano a Rosjer.

Rosjer estrechó la mano de Daniel con una sonrisa.

- Ve, lo conseguirás -le animó el hombre de Rizpá-Malpá.

Daniel se dirigió hacia el camino que bordeaba la fortaleza de las tinieblas. Rosjer se cubrió con una prenda que le dio el hada Silmirar, cubrió su cabeza y comenzó a tratar de llamar la atención hacia sí haciendo ver que trataba de escalar los muros de la fortaleza.

Poco tiempo después se abrió la gran puerta negra. Cinco mendhires, ataviados con largas vestiduras oscuras, salieron de ella a paso lento. La apariencia de estos era similar a la de Rensir, el mendhir que habitaba en el pantano de la oscuridad.

Rosjer los observó detenidamente, sus ojos no conseguían asimilar toda la luz que desprendían esos

seres.

- ¿Eres el hombre predicho? Dicen de ti que tu propósito es el de traer la muerte sobre nosotros - dijo uno de ellos, su voz sonaba poderosa a la vez que sarcástica.

- Quien habla contigo es ése -respondió Rosjer serio.

- Antes de que te hagamos pagar con la muerte tu osadía queremos que veas algo, algo que te aterrorizará, algo que tu mente no habría alcanzado a imaginar en tus peores pesadillas, algo que hará que desees no haber amado nunca a la joven que has venido a buscar -dijo el mendhir.

Rosjer salió corriendo mientras los mendhires lo observaban en silencio. Se dirigió en dirección a un pequeño bosque que se encontraba junto a la fortaleza por su parte suroeste. La mayoría de los árboles del bosque eran simples troncos secos, la vida no florecía fácilmente en el monte de la eterna penumbra. Rosjer halló escondite en un pequeño agujero bajo unos matorrales.

- Hallémoslo y mostrémosle el sufrimiento que se le puede infligir a una persona; no habrá compasión para la joven -afirmó el mendhir.

Los mendhires se adentraron en el bosque a paso tranquilo.

CAPÍTULO 38

Tander se hallaba en un cuarto en la parte superior del castillo junto con Ashla.

- Llegó la hora de consultar el último capítulo del libro -indicó él.

Tander se acercó a un rincón de la habitación donde se encontraba el libro sagrado del valle de la luz. Ashla observaba atenta la escena, Tander comenzó a leer:

La prueba final

El elegido se enfrentará a una última decisión en su camino, una decisión que marcará el destino del valle de la luz y el suyo propio. Un gran regalo se pondrá ante él. Su corazón determinará que camino seguirá, sólo dos caminos habrá ante él. Muy bella parecerá la dádiva que le será ofrecida pero oscuridad eterna traería sobre el valle si él la aceptara.

Tander miró a Ashla quien le devolvió una mirada expresiva, una mirada en la que reflejaba todo su temor, el temor de que todo el valle de la luz se viera anegado por las sombras eternamente.

- Confiemos en Daniel -dijo Tander.

Tirsé llamó a la puerta de la habitación.

- Puedes pasar, adelante -le instó Tander.

- ¡Los rebeldes han llegado a Somper! -informó Tirsé.

- Que todos los hombres ocupen sus puestos -ordenó Tander.

Tirsé se dispuso a salir pero Tander lo detuvo.

- Ahora depende de ti -le dijo Tander apoyando su mano sobre su hombro como señal de confianza.

- No le decepcionaré alteza -le aseguró Tirsé, tras lo que salió rápidamente de la habitación.

- Debes dirigirte a la parte de arriba, al cuarto más resguardado; llévate a Kimal contigo, si me ocurriera algo dile que la quiero mucho y que llegará a ser una gran mujer -dijo Tander dirigiéndose a Ashla.

- Ten mucho cuidado -le suplicó Ashla a Tander con lágrimas en los ojos mientras se abrazaba a él.

Dos guardias reales hicieron acto de presencia, estos traían consigo a Kimal.

- Acompáñenos alteza -pidieron los guardias a Ashla-, le llevaremos a lugar seguro.

Ashla se marchó con ellos.

Umser observó desde uno de los torreones más bajos del castillo en dirección a Somper. Había multitud de hombres armados con espadas, lanzas y escudos junto a las puertas de castillo, en la parte exterior. Los hombres escuchaban las instrucciones que Tirsé, quien montaba un caballo, les daba. Una gran multitud se aproximaba subiendo por la colina. A Umser le llamó la atención lo que vio en un pequeño montículo que se hallaba frente a la colina del castillo; allí se encontraban tres mendhires contemplando el espectáculo, observando como los habitantes del valle de la luz se disponían a aniquilarse unos a otros.

Tander tomó posición junto a Umser. Eulatar se situó junto al rey, tratando de protegerlo.

- Gozan con esto -exclamó indignado Umser señalando con la mirada a los mendhires.

Tander permaneció en silencio observando a los mendhires que también le observaban a él.

- Si su majestad me otorga la oportunidad desearía decir unas palabras antes de que la batalla comience -confesó Umser.

- Se te concede la oportunidad -le contestó Tander sin dejar de mirar a los mendhires.

Los rebeldes subían por la colina, poco ya faltaba para que se encontraran con los leales al rey. Tander dirigió su mirada hacia Tirsé y le indicó con un gesto que esperara órdenes.

La muchedumbre rebelde se detuvo algunos metros antes de encontrarse con los guerreros comandados por Tirsé.

- Los días del rey del valle de la luz han llegado a su fin -declaró el cabecilla de la muchedumbre rebelde que montaba un caballo marrón-. No habrá compasión para la descendencia real ni para los leales a él.

El silencio se hizo por algunos segundos.

- ¿Por qué conspirar contra el rey? ¿Por qué el volverse contra el hombre que sabiamente gobierna el valle de la luz? ¿Por qué seguir las órdenes de unos extranjeros indeseables? -inquirió Umser con voz fuerte señalando a los mendhires.

- ¡Te arrancaremos la piel a tiras viejo! -gritó el cabecilla de los rebeldes mientras señalaba a Umser-. ¡Atacad!

El grupo de rebeldes se lanzó en carrera hacia los hombres que defendían al rey. Tirsé miró a Tander, quien le hizo un gesto afirmativo.

- ¡Atacad ahora! -gritó Tirsé a la vez que se lanzaba en carrera con su caballo.

Los dos grupos se encontraron y comenzaron a luchar desordenadamente mientras que los arqueros disparaban desde los torreones del castillo tratando de alcanzar a los rebeldes.

Una vez se encontraban inmersos en la lucha, uno de los mendhires abandonó su posición y se adentró en la batalla, pasó junto a Tirsé y volvió al montículo junto con los otros dos.

- No puedo seguir contemplando esta desgarradora escena -dijo Tander, tras lo que se dirigió a la habitación del trono seguido por Eulatar.

Tirsé corrió hacia el castillo y pidió que le abrieran la puerta. Logró entrar y se dirigió hacia la habitación del trono.

- ¿Qué deseas? -inquirió Tander con gesto cansado.

- Majestad, la batalla es cruenta y los rebeldes son muchos en número, te solicito que me otorgues potestad sobre los guardias reales -pidió Tirsé.

- Los guardias reales son necesarios aquí para proteger a su majestad -objetó Eulatar.

- Si mi señor lo considera apropiado con la ayuda de los guardias reales impediremos que esa muchedumbre entre aquí, será mucho más seguro así -afirmó Tirsé mientras Eulatar lo miraba con una mirada de desconfianza.

- Los tienes a tu servicio -resolvió Tander.

- Gracias majestad -dijo Tirsé, seguidamente salió de la habitación y envió fuera a todos los guardias reales.

- Si su majestad lo considera oportuno yo haré el trabajo de los dos guardias reales que custodiaban esta habitación e impediré que entre nadie -sugirió Eulatar.

- Ve -se limitó a responder Tander.

Eulatar salió de la habitación y observó al final del pasillo a Tirsé quien, espada en mano, enviaba a sus hombres a luchar fuera del castillo. Tirsé se dirigió de nuevo hacia la puerta de la habitación del trono donde Eulatar montaba guardia.

- ¿Qué pretendes? -preguntó Eulatar dirigiéndose a Tirsé.

- Ganar la batalla -respondió Tirsé con gesto serio.

- No tienes experiencia, no sabes nada -exclamó enfadado Eulatar que no comprendía que le hubieran asignado sus hombres a un hombre casi veinte años menor que él.

- ¿Y qué pretendes tú? -inquirió Tirsé.

- Proteger al rey del valle de la luz -respondió Eulatar con gesto serio.

Tirsé asestó un rápido golpe con la espada en el abdomen de Eulatar, lo atravesó completamente.

- Deberías protegerte a ti mismo -dijo Tirsé mientras Eulatar agonizaba.

Tirsé sacó la espada de Eulatar, quien cayó al suelo. Seguidamente Tirsé entró en la habitación del trono.

- ¿Qué deseas esta vez? -inquirió Tander con una voz en la que se denotaba hastío por tantas comparecencias.

- ¿Sabe? Hasta ahora estaba convencido de que podíamos ganar esta batalla, que defendería al rey sobre todo lo demás -dijo Tirsé mientras se aproximaba a Tander.

El rey no prestaba mucha atención a Tirsé.

- Pero entonces algo ocurrió, pensé que yo también podía ser alguien. No un simple muerto en una batalla absurda, sino un hombre poderoso, que tuviera sometido a los demás bajo mi poder -continuó Tirsé.

Tander elevó la mirada hacia Tirsé.

- Entonces me dije que solo había un obstáculo; si quieres subir a la cima más alta debes hacer descender de ella a quien ya se encuentra allí -afirmó Tirsé mientras miraba al rey con ojos maliciosos.

- Tirsé hijo de Meltaré, súbdito del rey del valle de la luz, te ordeno que te retires de aquí y tomes tu puesto en la batalla -ordenó Tander que comenzaba a sospechar de las intenciones de Tirsé.

- No más órdenes -respondió Tirsé-. Ahora yo subiré a la cima más alta y tu hija me acompañará.

Tander intentó levantarse y lanzarse sobre Tirsé, pero este fue más rápido y clavó su espada en el corazón del rey. Tander cayó al suelo mientras sangraba profusamente.

- Al final la luz brillará sobre la oscuridad -exclamó Tander en su último suspiro, tras lo que expiró.

Tirsé salió al pasillo, Eulatar yacía muerto sobre el suelo. La oscuridad de la noche caía ya sobre el valle de la luz. Tirsé se acercó a la puerta y, mirando desde dentro hacia fuera, observó la batalla que se libraba. Una idea vino a la mente de Tirsé, tomó un arco y dos flechas y abrió la puerta que daba al exterior de tal forma que él quedara oculto.

Un hombre entró corriendo por el pasillo, estaba armado de un palo con filo puntiagudo. Tirsé esperó que llegara hasta la puerta que conducía a la habitación del trono. Una vez que el rebelde se había adentrado en ella Tirsé cerró la puerta que daba al exterior, el hombre miró hacia atrás al

escuchar el ruido de la puerta al cerrarse. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que ocurría se encontró con dos flechas que atravesaban sus pulmones. El hombre cayó muerto al instante cerca de Tander.

CAPÍTULO 39

Daniel subió por el camino a paso ligero durante unos diez minutos. Poco después comenzó a ver una luz entre la oscuridad del lugar. Daniel anduvo todo lo sigilosamente que pudo; la luz se iba incrementando y él se preguntaba cuál podía ser su procedencia. Finalmente llegó a un lugar donde el camino quedaba a la derecha; a la izquierda subía otro camino que transcurría entre árboles cubiertos por enredaderas. La luz era abundante en este otro camino, una luz de color entre plateada y celeste que atraía la atención hacia él.

Daniel tomó el camino de la izquierda, pasando entre los resplandecientes árboles y las bellas enredaderas que cubrían estos. La hierba fresca abundaba bajo el pisar de sus pasos y el terreno parecía estar preparado a conciencia, aunque era hierba lo que pisaba la forma de esta era como de escalones. La luz lo inundaba todo, bajo aquella luz hasta la más insignificante piedra era algo que anhelar.

Tras subir por aquel camino durante unos cinco minutos Daniel llegó a un pequeño llano encerrado entre árboles inmensos. Al final del llano se hallaba un pequeño estanque enclavado entre piedras y árboles. Todo a su alrededor tenía apariencia esplendorosa; el estanque parecía contagiar a todo de una especie de luz color plateada. Una mujer, vestida de un delicado vestido color marfil, se hallaba sentada en una gran piedra junto al agua; Daniel la observó, su apariencia era de juventud, como de unos veinte años; la mujer lo miraba curiosa, sus ojos plateados daban una sensación de melancolía y tristeza. La belleza de su fino y pálido rostro se acentuaba con los suaves reflejos blancos y plateados que desprendía el estanque.

Daniel se acercó a la mujer y observó detenidamente sus ojos plateados.

- Bienvenido al estanque de la eternidad -dijo la, en apariencia, joven con una voz angelical. Su voz era como un susurro que penetraba suavemente por el oído y cuyo eco resonaba por largo rato en el interior de la mente.

- ¿Quién eres tú? -inquirió Daniel sobrecogido por todo lo que le rodeaba.

- Mi nombre es Visdala. ¿Quién eres tú y hacia donde te diriges? -inquirió la mujer.

- Mi nombre es Daniel y el destino de mis pasos solo me pertenece a mí -respondió Daniel quien no se terminaba de fiar de la mujer que se encontraba a su lado.

- Todos tratan de llegar hasta aquí, pero ellos se lo impiden. Muchos hombres acudieron a estas tierras en busca de la gran esperanza: la inmortalidad. Pero los hombres inmortales acabaron con su

esperanza, dieron muerte a todos excepto a mí -relató Visdala con la mirada perdida.

- ¿Cómo llegaste hasta aquí? -le preguntó Daniel mirándole a los ojos, esos ojos plateados que cada vez atraían más su atención.

- Hace muchos años un hombre noble, un hombre de palabra que pertenecía a una buena familia le confesó a una joven que la amaba y que deseaba casarse con ella. Ella estaba enamorada de él y su corazón deseaba el amor de aquel hombre sobre todo lo demás -contó Visdala mirando en dirección al agua-. El hombre marchó hacia tierras lejanas para tomar un regalo que se le había concedido, él aseguró a su prometida que volvería al cabo de un mes.

Visdala hizo un alto en el camino. Sus preciosos ojos comenzaron a derramar lágrimas.

- Pasaron dos meses pero él no volvió, ella lo esperaba todos los días junto a la entrada de su ciudad. Estaba convencida de que su prometido no la dejaría, estaba segura de que él la quería demasiado para abandonarla, por lo que se lanzó en su búsqueda temiendo que le hubiera pasado algo. Todos pensaban que la locura se había adueñado de la cabeza de esa joven de diecinueve años; no comprendían el pacto sagrado que había hecho con su prometido de guardarse fidelidad y acompañarlo durante toda su vida -exclamó Visdala con ojos repletos de lágrimas mientras buscaba la mirada de Daniel-. Finalmente llegó al monte de la eterna penumbra mientras buscaba a su prometido; por error tomó el camino que conduce al estanque de la eternidad y se sumergió en él sin conocer los extraordinarios efectos que causaba esa agua.

Daniel escuchaba paralizado el relato de Visdala mientras que su mirada se centraba en los ojos de ella.

- Si hubiera sabido que el hombre que me aseguró que me amaba se había convertido en un asesino sanguinario y perverso hubiera elegido la muerte en lugar de toda una vida inmortal de soledad - confesó Visdala.

Daniel continuaba con su mirada fija en los ojos de Visdala, quien se dio cuenta de ese hecho.

- El color plateado de mis ojos se debe al estanque de la eternidad -le explicó ella-. Todo el que se sumerge en él recibe vida inmortal, lleva luz y poder dentro de él, lo que se ve reflejado en sus ojos.

La mirada de Daniel permanecía imbuida en los ojos de Visdala, sabía que debía continuar su camino pero era incapaz de moverse de allí.

Visdala miró en lo profundo de los ojos de Daniel.

- Sumérgete en el estanque -le animó Visdala tomándolo de la mano-. Vivamos una eternidad juntos.

Daniel sintió un escalofrío con el tacto de esa piel suave y delicada, una piel que tenía algo que le impedía retirar la mano.

- Si te sumerges en él serás invulnerable al ataque de los hombres inmortales, cuando te descubran ya será tarde, ya no podrán hacerte nada -dijo Visdala.

Daniel finalmente sacó fuerzas y se levantó, retirando su mano de la de Visdala. Se dirigió hacia delante y se dio la vuelta tras unos cuantos pasos. A la derecha quedaba Visdala junto al estanque de la eternidad mientras que a la izquierda se encontraba el camino que le llevaba de vuelta por donde había venido. Daniel no lograba pensar con claridad; sabía que algo importante se hallaba ante él pero no conseguía enfocar con claridad sus pensamientos.

- Serás muy feliz -exclamó Visdala interrumpiendo el meditar de Daniel-. Tus ojos dicen que tu corazón es bueno y te aseguro que yo nunca te dejaré si decides permanecer conmigo. Seré tuya para siempre si así lo deseas.

Daniel miró hacia Visdala; la cabeza le daba vueltas; en ella recordaba a Tander, Alejandro, Rosjer, Iskimel, Ashla, Sanyar, Umser, Yirsal, Sasmalá y tantos otros. Finalmente el rostro de Shela apareció claro ante sus ojos.

- ¿Cuál era el destino de tus pasos? -inquirió Visdala ante el silencio de Daniel.

- La fortaleza de las tinieblas, mi deber es destruir la piedra plateada y rescatar a la prisionera -confesó Daniel, en cuya mente permanecía claro el rostro de Shela.

- Si lo haces perderás la esperanza de la inmortalidad -le advirtió Visdala tratando de hacerle cambiar de parecer.

Daniel observó la inmaculada presencia del estanque de la eternidad. El sueño de todo mortal estaba ante él. Solo tenía que sumergirse en él y todo temor se acabaría; no habría ya nada capaz de herirlo ni nadie a quien temer. Daniel miró fijamente el agua, su rostro se veía reflejado en ella. Daniel no reconoció felicidad en ese rostro, sino pena y desesperación.

- Hazlo ahora y nunca te arrepentirás -le susurró Visdala al oído.

Daniel se subió a las piedras que rodeaban el estanque y comenzó a andar por ellas, bordeándolo.

- Un minuto junto a ella es algo mucho mayor que todas las eternidades, un solo instante a su lado hace que merezca la pena un viaje lleno de dificultades, peligros y heridas -dijo finalmente Daniel volviéndose hacia Visdala.

Daniel se bajó de las piedras.

- Debo continuar mi camino -afirmó él.

Visdala comprendió que Daniel no se sumergiría en el estanque de la eternidad.

- Haces lo correcto, espero que consigas rescatarla y destruyas la piedra plateada. Yo ya sólo anhele la muerte, hace mucho que perdí mi lugar en este mundo -afirmó Visdala.

Daniel se alejó a paso lento, echó un último vistazo atrás y observó a Visdala pensativa junto al agua. Daniel se entristeció al pensar que la destrucción de la piedra plateada implicaría también que ella muriera.

CAPÍTULO 40

Daniel continuó por el camino que rodeaba la fortaleza de las tinieblas. Continuó buscando el lugar desde el que se pudiera llegar al interior de ella.

Ya por el lado noreste de la fortaleza halló Daniel pequeñas rendijas en el muro. No mucho más arriba había una pequeña ventana. Daniel conocía bien sus habilidades en la escalada por lo que se decidió a subir hasta ella. Comenzó su ascenso con dificultad; la espada le incomodaba y el escudo le pesaba; con mucho esfuerzo logró ir subiendo poco a poco, se agarraba fuertemente a cualquier pequeña rendija del muro. Descubrió que los filos del muro estaban afilados, se hacía un corte cada vez que se agarraba a una nueva rendija.

Finalmente alcanzó la ventana y entró en la fortaleza por ella. Se preguntó dónde estaría Rosjer, se dijo que debía estar entreteniendo a los mendhires porque de lo contrario ya habrían acudido a por él.

Daniel observó la fortaleza por dentro. Se encontraba en un oscuro pasillo en el que habían algunas viejas armaduras. Avanzó a paso rápido por el pasillo en la dirección en la que se encontraba la torre mayor, multitud de puertas quedaban a un lado y a otro de él. Daniel no se entretuvo en comprobar lo que había tras esas puertas, sabía que la piedra plateada se encontraba en la torre más alta y tenía el presentimiento de que Shela también estaba allí.

Daniel llegó al final de pasillo, una gran puerta había allí. Lentamente la abrió y observó atónito la gran habitación que había ante él. Multitud de cuadros se encontraban allí, en ellos estaban pintados los hombres nobles que se convirtieron en mendhires. Una gran alfombra se extendía por toda la habitación, nueve sillas se encontraban alrededor de una gran mesa en la que se podía ver un mapa de aquel mundo. Daniel observó que el valle de la luz estaba marcado en el mapa. «El valle de la luz es su objetivo, no puedo retrasarme más» se dijo Daniel volviéndose y buscando una salida. La única puerta que daba a la habitación era por la que él había entrado, sin embargo la torre más alta quedaba en la dirección opuesta.

Algo captó la atención de Daniel en el muro que daba en dirección noreste; un gran candelabro se encontraba sujeto a la pared. El candelabro no tenía velas y su apariencia era como de no haber sido usado nunca.

«¿Para qué se tiene un candelabro si no se usa?» se preguntó Daniel mientras se acercaba al

candelabro. Decidió tirar del candelabro hacia él y una pequeña abertura de no más de un metro de alto se hizo en la pared. Daniel se agachó y entró por ella pasando a un lugar muy oscuro.

Una débil luz llegaba desde el final de una galería. Daniel anduvo hacia ella y poco a poco comenzó a distinguir lo que había a su alrededor. El lugar parecía estar abandonado, con la única luz lejana de alguna rendija en el muro, lleno de telarañas y con piedras en el suelo que fácilmente podían provocar caídas.

Daniel llegó hasta unos escalones. Observó que era el comienzo de una inmensa escalera en forma de caracol más lúgubre aún que la galería anterior. Daniel comenzó a subir todo lo rápido que podía sin caerse. El silencio del lugar era sobrecogedor; a Daniel le pareció que no habría oportunidad de pasar desapercibido allí si quedaba tan solo un mendhir. Tras casi quince minutos de subida por las oscuras escaleras Daniel sintió algo en su mente; era como si Shela estuviera clamando por ayuda pero la oscuridad del lugar ahogara su llamada de socorro. Daniel se apresuró aún más y corrió con todas sus fuerzas por las escaleras. Daniel comenzó a saltar los escalones de dos en dos y de tres en tres. Sentía que el tiempo de Shela se acababa y que no llegaría a tiempo.

Los mendhires continuaban buscando a Rosjer en el pequeño bosque de la muerte; así se llamaba el bosque en el que Rosjer se había ocultado. Era el bosque en el que los mendhires acostumbraban a dejar los cuerpos muertos de los hombres que acudían hasta allí buscando el estanque de la eternidad.

Rosjer permanecía oculto en un pequeño agujero en el suelo. Dos mendhires se hallaban junto a la piedra que lo cubría.

- Hay calor humano aquí -afirmó uno de ellos.

- Sí, también yo lo percibo -concordó el otro que levantó repentinamente la piedra que cubría el escondite de Rosjer.

El primero, cuyas manos estaban cubiertas por guantes, agarró a Rosjer y lo sacó de allí.

- Tenemos al hombre -anunció el segundo.

Los tres mendhires restantes acudieron al lugar.

- Hoy desearás no haber venido nunca a este mundo -le dijo uno de ellos.

Daniel alcanzó el final de las escaleras y se encontró frente a un largo pasillo en el que había bastante luz. Dos puertas se apreciaban al final del pasillo; una a la izquierda y otra a la derecha.

Una gran luz plateada salía de debajo de la puerta que se encontraba a la izquierda. La luz que salía

por ese pequeño espacio era suficiente para iluminar todo aquel pasillo. Una luz muy tenue se veía bajo la puerta de la habitación derecha.

De repente un grito sonó procedente de la habitación que se encontraba a la derecha. A Daniel no le cabía ninguna duda de que había sido la voz de Shela, una voz en la que se percibía una gran desesperación. Daniel pensó rápidamente; estaba en la fortaleza de las tinieblas, fue enviado allí para destruir la piedra plateada que, con toda seguridad estaba a su alcance en la habitación de la izquierda, solo tenía que tomarla y arrojarla al estanque de la eternidad. Por el contrario en la otra habitación se encontraba Shela y con ella de seguro había al menos un mendhir. Daniel recordó las palabras que Tander le dijo antes de iniciar su camino: *'Confío en que puedas devolverme a Shela, pero en caso de que tengas que elegir entre salvarla y destruir la piedra plateada debes saber que el futuro del valle de la luz debe prevalecer sobre el de una persona en particular'*.

También vino a su mente lo que el hada Silmirar le anunció: *'si llegas hasta el final tendrás que tomar una difícil decisión. Tendrás que elegir entre el pueblo del valle de la luz y Shela'*.

Daniel estaba paralizado, su corazón palpitaba agitadamente pero no conseguía mover ninguno de sus músculos. Sus ojos permanecían fijos en aquellas dos puertas, tan cercanas y tan lejanas a la vez. A Daniel le pareció que se desmayaba; había llegado hasta allí convencido de qué era lo debía hacer pero ahora se daba cuenta de que no era lo que él deseaba. Sabía que si tomaba la piedra plateada e iba hasta el estanque de la eternidad tendría la oportunidad de destruir a los mendhires pero algo en su corazón le decía que antes de que lo hiciera los hombres inmortales matarían a Shela. Por otro lado, si acudía a rescatar a Shela quizás los mendhires lo mataran a él también y el futuro del valle de la luz se vería abocado a las sombras. Muchas personas inocentes del valle morirían, prácticas abominables como el canibalismo del pueblo de Rizpá-Malpá llegarían hasta allí. El futuro de todo un mundo estaba en peligro.

Daniel dio un paso adelante; seguía indeciso pero la responsabilidad de proteger a todo un mundo le pesaba mucho, de forma que miraba fijamente a la puerta de la izquierda.

«Lo siento Shela» se dijo Daniel volviendo la mirada hacia la puerta de la derecha, tras eso anduvo hasta la puerta de la parte izquierda. La puerta se veía luminosa, no podía contener toda la luz que la piedra plateada desprendía. Daniel agarró el pomo y desenvainó su espada, se dispuso a abrir la puerta cuando oyó un grito de dolor que venía de la otra habitación.

- ¡Cállate! ¡No puedo esperar más! ¡Te daré muerte ahora mismo! -clamó una voz de hombre dentro de la habitación.

"¡No puedo dejar morir a Shela!" exclamó Daniel que se lanzó hacia la otra habitación y, espada en mano, se precipitó dentro de ella. Shela se encontraba a su izquierda, sus manos y pies estaban sujetos por grilletes y tenía grandes cortes en sus brazos y piernas. Sus ropas se veían rasgadas y desgastadas. Un mendhir, con apariencia inmaculada, largas ropas oscuras que tapaban todo su cuerpo excepto su rostro, pelo gris y ojos plateados se hallaba frente a ella y a la derecha de Daniel.

Daniel se lanzó rápidamente hacia la izquierda, interponiéndose entre Shela y el mendhir.

- No podía esperar a que llegaras para empezar a disfrutar hiriéndola -dijo el mendhir señalando a Shela.

- No volverás a hacerle daño -exclamó Daniel señalando al mendhir con la espada.

- Sabes que no tienes ninguna oportunidad ante nuestro poder. Eres un simple joven, un joven sin familia, un muchacho cuya presencia aquí se debe a una casualidad del destino. Antes de que puedas rescatarla yo os habré aniquilado a los dos, no tienes nada en este mundo -dijo el mendhir con una sonrisa en su rostro.

- Daniel, a mi me tienes y siempre me tendrás -dijo Shela con un tono débil de voz, un tono en el que se apreciaba todo el dolor y sufrimiento que le habían causado esas maléficas criaturas.

Daniel se volvió hacia Shela y, con dos golpes certeros de espada, cortó las cadenas que mantenían sujetos sus brazos. El mendhir hizo un gran ruido, un ruido para alertar a los demás hombres inmortales. Daniel aprovechó el momento para liberar a Shela de los grilletes de sus pies.

Los cinco mendhires que se encontraban a las afueras del castillo y llevaban a Rosjer oyeron el ruido.

- ¡Es la señal de Rismarsé! -exclamó uno.

- Sí -concordó el mendhir que llevaba a Rosjer-. El hombre predicho debe de encontrarse en el interior de nuestra morada y este es un burdo farsante.

El mendhir despojó a Rosjer de la parte de su vestidura que le cubría la cabeza, descubrió su mano y tocó con ella la cara de Rosjer. Una gran energía, superior a la que su cuerpo podía contener entró en el hombre de Rizpá-Malpá. Al instante Rosjer cayó muerto al suelo. Los cinco mendhires entraron en la fortaleza de las tinieblas rápidamente.

Daniel miró a los ojos azules de Shela, quien sintió unas palabras en su mente.

Hvfdsd udsigr, kxbh gh dtxl. Qr kdjdv suhjqwdrv b yh wrgr or ohmrsv txh sxhgdv

Al instante Daniel se lanzó sobre el mendhir e insertó su espada a la altura del su corazón. Shela

salió corriendo de la habitación y bajó apresuradamente por las escaleras de caracol.

El corazón de Rismarsé latía con dificultad, la carne trataba de cerrarse pero no podía mientras el acero de la espada permanecía ahí. Rismarsé lanzó a Daniel a gran distancia, su herida se cerró y se incorporó. Daniel permanecía aturdido por el golpe; Rismarsé se le acercó y lo cogió por el cuello.

- Pobre necio -dijo Rismarsé junto al oído de Daniel-. Ahora sí que causaremos dolor a tu amiga, un dolor inexplicable que nunca se le ha causado a ningún humano.

Shela corría escaleras abajo cuando oyó a lo lejos el ruido de pasos aproximándose. Rápidamente se dio la vuelta y corrió hacia arriba.

Daniel trataba de liberarse del mendhir pero la fuerza de este era grandiosa.

- Tu momento ha llegado -exclamó Rismarsé mientras descubría su mano derecha y tocaba con ella el rostro de Daniel.

Daniel sintió como si una fuerza extraordinaria entrara en él y como a la vez un poder luchaba contra esa fuerza desde dentro de él. Rismarsé no daba crédito a lo que veía, Daniel aprovechó la confusión de el mendhir para lanzarse sobre él. Lo atravesó con su espada a la altura de su vientre, de su cuello y sus piernas pero la piel se cerraba en el mismo instante que la espada había pasado. Rismarsé lanzó un haz luminoso hacia Daniel que este repelió con el escudo. Un ruido que se oyó en el pasillo distrajo la atención el mendhir. Daniel aprovechó el momento para empujarlo fuertemente hacia una ventana que se hallaba detrás de Rismarsé. El mendhir cayó por la ventana de la torre.

Daniel salió rápidamente al pasillo, oyó unos ruidos que provenían de la escalera de la torre y cuya intensidad incrementaba rápidamente. La puerta de la habitación que estaba frente a él se encontraba abierta; una luz cegadora salía de la habitación. La luz no permitía distinguir las formas claramente pero Daniel pudo ver la silueta de Shela sobre el suelo. Daniel entró velozmente en la habitación y ayudó a Shela a levantarse del suelo.

- ¿Cómo te encuentras? -le preguntó Daniel nervioso mientras la sostenía en sus brazos.

- Estoy débil pero me curaré. Si estamos los dos juntos sé que me sanaré -afirmó Shela con una sonrisa en su rostro-. Sabía que no me abandonarías aquí.

El sonido de los pasos de los mendhires subiendo por la escalera de la torre se incrementaba continuamente. Daniel tomó la piedra plateada, la cubrió con sus ropas y miró a su alrededor.

- ¿Qué ocurre? -inquirió Shela con voz de agotamiento.

- La única salida de esta torre son esas escaleras que bajan. Los mendhires suben por ahí y en seguida

estarán aquí. Estamos atrapados -le explicó Daniel.

Aún no había terminado de decir esas palabras cuando los mendhires llegaron a la habitación.

- Toma esto -dijo Daniel dándole la piedra plateada a Shela.

- Entréganos la piedra plateada y vuestra muerte será rápida -exclamó el mendhir que antes había acabado con la vida de Rosjer.

- ¡Jamás! -exclamó Daniel con la espada en su mano, tratando de cubrir a Shela para protegerla.

- Tú lo has querido -respondió el mendhir-. ¡Atacad!

Los mendhires se abalanzaron sobre Daniel. Shela vio una ventana en la esquina de la habitación de la que más cerca se encontraba y corrió hacia ella con la piedra plateada. La alcanzó y salió por ella.

- ¡La mujer tiene la piedra plateada! -exclamó uno de los mendhires.

- ¡Ve a por ella! -le ordenó otro.

Daniel consiguió quitarse de encima a los mendhires y fue retrocediendo hasta la esquina del cuarto donde se encontraba la ventana, deteniendo a los mendhires como podía. Usaba la espada y el escudo y su cuerpo rechazaba la fuerza procedente de ellos que trataba de entrar en él cuando la piel de los hombres inmortales tocaba la suya.

Shela se encaramó al tejado inclinado de la torre. El cansancio y el dolor habían hecho mella en ella; perdió el equilibrio y resbaló; logró agarrarse al filo de la torre. Shela miró hacia abajo; una gran caída había hasta un pequeño claro donde se divisaban algunos árboles y una pequeña masa de agua. La piedra plateada comenzó a escurrirse de la mano derecha de Shela, que no podía sujetar la piedra y seguir agarrada. La piedra plateada terminó cayendo hacia abajo.

Visdala se hallaba junto al estanque de la eternidad cuando oyó como algo golpeaba la tierra, se volvió y vio allí la piedra plateada. Visdala se acercó a ella y la tomó del suelo, miró hacia arriba y, viendo a Shela sujeta al tejado y oyendo el chirriar de la espada de Daniel a lo lejos comprendió lo que pasaba. Visdala se acercó al estanque de la eternidad con la piedra plateada en la mano y, con lágrimas en los ojos, comenzó a cantar con su dulce voz:

*Hubo un tiempo en que yo amé
mucho ha pasado ya desde entonces,
él me amaba y yo lo quería
con todo mi ser.*

*Un día se marchó para no volver
ningún consuelo hubo para mí
pues lo amaba con todo mi alma.*

*Pero su espíritu se oscureció
y el mío se apenó,
por ser odiada, repudiada y olvidada
no hubo consuelo para mi.*

*La luz del día más no veré
como una flor marchita yo seré,
quemada por el calor del sol
y helada por el frío de la oscuridad.*

*En la sombra profunda permaneceré
eternamente y sola para siempre estaré.*

*Mi triste vida llega a su fin.
¿Por qué no me amaste mi amor?
¿Por qué escogiste la senda del dolor?*

*Una vez yo pensé
que juntos felices podíamos ser,
pero la oscuridad te tragó
y de mí te alejó.*

*Tengo frío, tengo miedo
porque conmigo tú no estás
y me encamino hacia la eterna oscuridad.*

*Pero el dolor para mi cesará
un nuevo día este mundo verá,*

*sin ti, sin mi
para nosotros nada queda ya.*

*Solo el lejano recuerdo de que un día nos amamos
un bello recuerdo demasiado lejano,
mi corazón desea la muerte
no quiere permanecer aquí ni un instante.*

*Adiós mi eterno amor
nuestra vida inmortal acabará
para que, sobre este mundo
la luz al fin pueda brillar.*

Visdala arrojó la piedra plateada al estanque de la eternidad. Un gran resplandor inundó todo el cielo. El estanque de la eternidad se secó al instante. Un fuerte terremoto sacudió el monte de la eterna penumbra; Daniel observó como la carne de los mendhires se pudría ante sus ojos llegando a convertirse finalmente en esqueletos. Daniel se dirigió rápidamente hacia la ventana y, a pesar de los fuertes temblores de tierra que sacudían el monte de la eterna penumbra, logró subir al tejado de la torre. Shela se encontraba en el otro extremo, el temblor había acabado con las pocas fuerzas que le quedaban.

Daniel corrió hacia donde se encontraba Shela pero antes de que pudiera llegar ella cayó hacia abajo.

- ¡No! ¡Shela! -gritó Daniel desesperado mientras veía como la mujer que amaba se dirigía inexorablemente hacia su muerte. Sin poder soportarlo se lanzó también al vacío.

CAPÍTULO 41

Daniel abrió los ojos, incomprensiblemente estaba vivo. No lo hubiera creído después de la caída desde la torre mayor de la fortaleza de las tinieblas. Sintió el viento en su piel, se encontraba tumbado sobre una superficie suave y cálida, sus ojos solo veían el azul luminoso del cielo.

Daniel volvió la vista hacia el otro lado, vio a Shela con los ojos cerrados. Ambos se encontraban sobre el vasstor herido por Rosjer que Daniel cuidó en las montañas. Evidentemente el animal los había recogido en su caída antes de que llegaran al suelo y ahora volaba velozmente en dirección suroeste.

- ¡Eso es, Ismael! ¡Llévanos rápidamente al valle de la luz! -lo alentó Daniel, quien se interesó rápidamente por el estado de Shela.

- ¿Me oyes Shela? ¿Puedes sentir mi mano? -inquirió Daniel preocupado tomándola de la mano.

La apariencia de Shela era preocupante, su rostro estaba demacrado, multitud de cortes y heridas se apreciaban en su piel. La apariencia del rostro de Shela era muy pálida, un color que Daniel solo había visto antes en una persona: Ashla. Estaba convencido de que los mendhires habían tocado a Shela y que aunque había logrado escapar por el tejado, el efecto del poder de los mendhires seguía debilitándola.

Daniel tocó su cuello, su pulso era muy débil y su piel se enfriaba con el paso de los minutos. Daniel trató de protegerla con su cuerpo del frío viento que corría a esa altura.

Un rato después Shela comenzó a mover ligeramente la cabeza hacia un lado y otro.

-¿Puedes oírme Shela? -inquirió de nuevo Daniel que seguía agarrando su mano.

Shela abrió los ojos lentamente pero no conseguía abrirlos del todo, era como si su energía se desvaneciera sin remedio.

- Daniel -susurró Shela con un fino hilo de voz.

- Dime mi amor -respondió él.

- ¿Qué ocurrió con la piedra plateada? -inquirió ella casi inconsciente.

- La piedra plateada fue destruida, los mendhires murieron y nunca volverán -le aclaró Daniel con una media sonrisa en su rostro.

- Bien, el valle de la luz al fin será libre -dijo Shela con una voz cada vez más apagada cerrando los ojos.

Daniel percibió que la vida de Shela se desvanecía.

- ¡Desciende! ¡Rápido! -ordenó Daniel al vasstor. El animal comenzó a descender en su vuelo hasta aterrizar suavemente en el claro de un bosque. Daniel distinguió el lugar, era el bosque de los orcires. El vasstor se detuvo junto a un pequeño lago de agua cristalina, estaba amaneciendo y los primeros rayos de sol se reflejaban en el agua, creando una gran cantidad de tonalidades luminosas. Daniel descendió del vasstor y depositó a Shela con mucho cuidado sobre la hierba.

- Aguanta Shela, te pondrás bien -le dijo Daniel mientras retiraba el fino pelo del rostro de Shela.

Shela abrió los ojos lentamente y miró a Daniel con ojos agotados.

- Mi vida llega a su fin, los mendhires me torturaron y los efectos de lo que me hicieron afloran ahora con más intensidad -confesó Shela que ni siquiera podía mantener la cabeza levantada para mirar a Daniel.

Daniel sostuvo la cabeza de Shela; el verla tan débil y pronunciando esas palabras le producía un sentimiento desgarrador.

- No digas eso, te recuperarás y viviremos juntos para siempre. En una casa en la llanura de Misbaral, bajo la cumbre nevada del Kirsell. ¿Recuerdas que así lo hablamos un día? -le preguntó Daniel con lágrimas en los ojos.

- Sí, lo recuerdo -respondió Shela-. Recuerdo todos nuestros proyectos, todas nuestras ilusiones. Hubiera sido realmente bello vivir a tu lado, sentir tu amor cada día, cada hora, cada minuto y cada segundo. Siempre te amaré, aunque mi vida se extinga soy feliz por haberte conocido. Tú me hiciste creer que existía el amor verdadero, que una persona puede amar a otra sin reservas, que puede sentirse tan unida a ella como a su propio cuerpo y que nada puede apagar ese amor. Siento no poder ser la persona con la que compartas tu vida. Adiós Daniel.

Shela cerró los ojos. Daniel la seguía sosteniendo mientras multitud de lágrimas corrían por sus mejillas.

- Tú eres mi sol, mi luna y mis estrellas. Eres el aire que me da la vida. Mi corazón no puede latir sin ti. Por favor Shela no me dejes, no puedo vivir sin tu amor -exclamó Daniel desesperado mientras trataba de que Shela abriera sus ojos.

- No puedes morir, te amo más que a mi propia vida -dijo Daniel mientras la abrazaba fuertemente.

Shela no daba ninguna señal de vida, Daniel tocó su cuello y no sintió pulso. La desesperación se adueñó de Daniel, dejó a Shela sobre la hierba, desenvainó su espada y, poniéndola sobre su corazón, se dispuso a infligirse un golpe mortal, una estocada que acabara con su existencia, con todo el dolor que había soportado gracias a una esperanza que ahora se había desvanecido.

De repente, un gran resplandor lanzó a Daniel al suelo, él se levantó y buscó la espada en dirección opuesta a la luz. Daniel se afanó en buscarla pero no la vio.

- ¿Por qué quieres cometer esa locura contra ti mismo? -inquirió una voz que sonó de entre la luz.
- Mi vida ha perdido su significado, sólo la muerte aliviará mi dolor -contestó Daniel con una voz apagada, su tono de voz era como el de Rosjer cuando se encontraba atado en la garganta de Rizpá-Malpá, la voz de alguien cuyas ilusiones habían desaparecido.
- Una vez me confesaste, en la cascada de los deseos, que tu mayor deseo era el de salvar a Shela y vivir con ella por el resto de tu vida -relató la voz mientras la luz disminuía en intensidad y se comenzaba a distinguir la figura del hada.
- Sabia Silmirar -exclamó Daniel arrodillándose ante ella-. Ese es mi mayor deseo sobre todas las cosas.
- Tú cumpliste tu comisión, has demostrado ser un hombre noble. Los mendhires ya no son y sin embargo el rastro de su poder sigue matando, te prometí que si estaba en mi mano trataría que tu deseo se hiciera realidad -recordó Silmirar.

El hada lanzó un gran resplandor hacia Shela, la luz la levantó del suelo, la mantuvo algunos segundos en el aire y la volvió a depositar sobre la hierba. Daniel observó perplejo como Shela levantaba su cabeza y miraba hacia él; en su rostro se habían borrado todas las heridas causadas por los mendhires. Daniel corrió al instante hacia Shela, ambos se abrazaron, contemplaron sus ojos llenos de lágrimas de alegría y se besaron tiernamente. Los rayos del sol llegaban a ellos entre las ramas de los árboles, la quietud del bosque era total y toda la ansiedad y dolor que habían sufrido Daniel y Shela desapareció de sus corazones.

Silmirar se desvaneció. Daniel y Shela, quienes aún no se terminaban de creer que al fin todo hubiera acabado, permanecieron allí un largo rato. El estar juntos para ellos era ahora algo extraordinario, un tiempo precioso que debían aprovechar.

- Te quiero y nunca te dejaré -exclamó Daniel después de un rato.

Shela volvió a derramar lágrimas de alegría y besó a Daniel.

- Eres todo lo que siempre deseé, amo tu ser, el sólo sentirte junto a mí es una sensación mucho más maravillosa que cualquier otra que pueda existir en este u otro mundo -afirmó Shela-. Siempre seré tuya, no quiero volver a estar lejos de ti ni por un instante.
- No volveremos a separarnos jamás -le dijo Daniel acariciando su pelo.

Varias horas después Daniel y Shela montaron en el vasstor y reanudaron el vuelo hacia el valle de la luz.

CAPÍTULO 42

Daniel y Shela pasaron sobre el paso de montaña del Endter a lomos del vasstor. Una vez se encontraban cerca de la cabaña de Jesré-aser, aún sobre el bosque, Daniel hizo descender al vasstor.

- Muchas gracias amigo -dijo Daniel acariciando al animal-. A partir de aquí será mejor que continuemos nosotros solos. Busca a Rosjer y tráelo.

- Antes de caer de la torre vi a un hombre muerto junto a la gran puerta negra de la fortaleza, tenía pelo negro y abundante barba -confesó Shela.

- Ése era Rosjer. Sacrificó su vida para que yo pudiera entrar en la fortaleza de las tinieblas -dijo Daniel bajando la mirada. Una gran tristeza se adueño de su corazón.

El vasstor se marchó, Daniel y Shela observaron en silencio su vuelo.

- Debes de haber sufrido mucho en tu viaje -discernió Shela mientras miraba a Daniel con ojos compasivos-. Siento mucho todo lo que ha ocurrido y el dolor que te haya causado.

- Ser el liberador del valle de la luz era mi destino, y ahora sé que todo el sufrimiento y las dificultades merecieron la pena -confesó Daniel mientras tomaba la mano de Shela-. Una vez que he vuelto a tu lado todo el dolor que he experimentado es similar a un susurro lejano, a un turbio recuerdo que no atormenta mi corazón porque mi corazón está lleno de la felicidad que me da tu amor.

Shela volvió a los brazos de Daniel, después de tanto tiempo separada de él anhelaba pasar el mayor tiempo posible sintiendo el contacto de su piel, sintiendo el amor de aquel joven que se había enfrentado a multitud de peligros para salvarle la vida.

Un sonido de galopar de caballos se oyó a lo lejos, el ruido se incrementó rápidamente. Un grupo de guardias reales llegó rápidamente y rodeó a ambos.

- Debe acompañarnos, su prometido le espera en el castillo real -anunció Shuré, el nuevo jefe de los guardias reales nombrado por Tirsé, dirigiéndose a Shela.

Daniel y Shela se miraron con gestos incrédulos.

- Mi prometido es quien me acompaña e iré con él a Somper -anunció Shela agarrándose del brazo de Daniel.

- No son esas las instrucciones que tenemos princesa Shela -respondió Shuré.
- ¿Princesa? -exclamó incrédula Shela-. No hay familia real en el valle de la luz y mucho menos mi familia.
- Quizás pertenezcas al linaje real cuya gobernación se vio interrumpida por los mendhires -opinó Daniel mientras recordaba el relato de Iskimel-. Debemos hablar con tu padre, él nos aclarará la situación.
- El rey Tander murió en la rebelión -relató Shuré-. Un rebelde invadió el castillo real y le dio muerte.

Shela se derrumbó al oír la noticia, se refugió en los brazos de Daniel y lloró desconsoladamente.

- Mi pobre padre... no puede ser... no es justo. ¡Cuán oscuras fueron las sombras que se extendieron por esta tierra! -se lamentó Shela en voz baja.
- La maldad que extendieron los mendhires fue superior a lo que tu noble padre esperaba -dijo Daniel en voz baja mientras abrazaba a Shela tratando de consolarla.
- Princesa Shela, esperaremos cinco minutos, después nos tendrá que acompañar. Y tú retírate de ella -ordenó Shuré a Daniel.
- Retírate tú de aquí -exclamó Shela entre sollozos dirigiéndose a Shuré mientras permanecía abrazada a Daniel.

Shuré y sus hombres se alejaron algunos metros y observaron a la pareja a distancia.

- Matad al hombre si intenta huir con ella -ordenó Shuré.
- Pienso que deberías ir para informarte de la situación -opinó Daniel.
- No me abandones mi amor, acompáñame allí donde yo vaya -le suplicó Shela a Daniel mirándole a los ojos.
- Te prometo que no te dejaré -la tranquilizó Daniel.

Daniel y Shela se dirigieron hacia el castillo real acompañando a los guardias reales.

Alrededor del mediodía llegaron al castillo real.

- Tú debes esperar fuera -indicó Shuré a Daniel.
- No -protestó Shela-. Él vendrá conmigo.
- Tirsé ha ordenado que sólo usted entre en el castillo -respondió Shuré dirigiéndose a Shela.

- ¿Quién es Tirsé y de quién proviene su autoridad? -inquirió Shela cuyo dolor se mezclaba con indignación.

- Es su prometido, mañana tendrá lugar el enlace y al día siguiente él será nombrado rey según dispuso su madre -explicó Shuré.

- No puede ser -exclamó Shela atónita mientras miraba a Daniel, cuya mirada reflejaba el temor de que, finalmente algo se interpusiera entre ellos.

Ashla se asomó por una ventana del castillo.

- Dejad pasar al joven -ordenó ella.

Ambos entraron en el castillo, los guardias reales llevaron a Daniel y Shela hasta la habitación en la planta alta donde se encontraba Ashla.

Shela se abrazó a su madre cuando los tres quedaron solos en la habitación.

- Madre, ¿qué significa todo esto? -inquirió Shela desconcertada por la situación.

- Muchas cosas han ocurrido desde tu marcha hija mía -comenzó Ashla-. Una gran maldad se extendió por el valle. El libro sagrado señaló a tu padre como descendiente legítimo de la antigua línea real olvidada. Mientras Daniel marchaba a destruir la piedra plateada varios mendhires invadieron el valle y promovieron una rebelión contra el rey.

Ashla se detuvo durante algunos segundos, el dolor por la muerte de Tander hería más y más su corazón.

- Un grupo de varios miles de rebeldes se dirigía hacia aquí cuando le prometí a Tirsé tu mano si lograba defender este castillo -continuó Ashla mirando los ojos preocupados de Shela.

- Madre, yo amo a Daniel. No deseo estar con ningún otro -le aclaró Shela mientras tomaba la mano de Daniel.

- Di mi palabra, no puedo faltar a ella -objetó Ashla-, y Tirsé logró que la batalla terminara y el castillo no fuera tomado por los rebeldes.

- La batalla cesó porque la piedra plateada fue destruida y el maligno poder de los mendhires dejó de influir en las gentes del valle. Y ese hombre no impidió la muerte de padre; según me informaron un rebelde logró entrar y lo mató -exclamó Shela, en cuyo rostro volvían a verse lágrimas de tristeza.

- Hizo lo que pudo, es un buen hombre y gobernará junto a ti esta tierra -afirmó Ashla.

- No me obligues a casarme con él -suplicó Shela desesperada-. Mi amor pertenece a Daniel, él arriesga su vida para salvar la mía.

La puerta de la habitación se abrió de repente, era Tirsé, quien contempló la escena: Ashla se encontraba sentada en una silla junto a la puerta, Shela estaba de rodillas suplicándole a su madre que no pusiera trabas a su amor con Daniel mientras tomaba la mano de este.

- Ella es mi prometida ¿verdad? -inquirió Tirsé señalando a Shela.

- Sí -se limitó a responder Ashla.

- Por tocar a mi prometida y quebrantar las costumbres del valle respecto a los compromisos matrimoniales quedas desterrado de esta tierra para siempre. Si tratas de volver la pena de muerte en la horca será tu condena -anunció Tirsé dirigiéndose a Daniel.

Dos guardias reales entraron en la habitación y se llevaron a Daniel, Shela no soltaba su mano y suplicaba que no se lo llevaran. Tirsé agarró a Shela separándola así de Daniel.

- No volverás a ver a ese extranjero indeseable -declaró Tirsé.

- Eres tú quien has roto las sagradas costumbres de nuestra tierra al tocarme; nunca me casaré contigo, Daniel es el único dueño de mi amor -dijo Shela muy enfadada mientras se desembarazaba de los brazos de Tirsé y salía corriendo de la habitación con lágrimas en los ojos.

Ashla y Tirsé quedaron pensativos en la habitación.

- Es una buena chica -dijo Ashla rompiendo el silencio-. Simplemente se había encariñado con ese muchacho.

- Espero que mañana esté preparada para casarse conmigo -comentó Tirsé molesto.

- Hablaré con ella y todo se solucionará; siempre ha sido muy obediente y razonable -lo tranquilizó Ashla.

Dos guardias reales llevaron a Daniel hasta donde comenzaba el bosque de los orcires, junto a la cabaña de Jesré-aser.

- Si vuelves ya sabes lo que te ocurrirá -le advirtió uno de ellos tras lo que se marcharon sobre sus caballos en dirección al castillo real.

Daniel contempló como se alejaban los guardias reales, había sido desterrado de la tierra que había salvado tan sólo algunas horas antes; un gran dolor inundaba su corazón al pensar que todo había acabado. Tander había muerto, al igual que Rosjer. Shela le había sido arrebatada; no tenía nada, se encontraba solo en un mundo al que no pertenecía. Daniel sentía que no había nada ya por lo que luchar, su lugar no estaba allí.

El atardecer comenzaba a caer sobre el valle de la luz cuando Jesré-aser llegó. Este observó como Daniel contemplaba el horizonte con gesto melancólico.

- ¿Daniel? -inquirió Jesré-aser mientras recordaba su anterior encuentro con ese joven que se hallaba junto a su casa.

Daniel permaneció en silencio con la mirada puesta en el horizonte, la voz de Jesré-aser sonaba lejana y confusa; en su mente solo había sitio para el rostro de Shela, la recordaba continuamente mientras un sentimiento de impotencia lo invadía. Jesré-aser se le acercó.

- ¿Te encuentras bien hijo? Regresaste de tu viaje ¿verdad? -preguntó Jesré-aser poniendo la mano sobre el hombro de Daniel.

- Muchos seres habitan las tierras desconocidas -relató Daniel mientras giraba su cabeza en dirección a Jesré-aser, quien apreció el dolor que se reflejaba en los ojos de Daniel-. Además de los orcires hay bellas hadas, animales alados como los vasstors, poderosas bestias como los tumyars y seres de otros mundos. Hay montañas, bosques, praderas, tierras rocosas, mares, desiertos, pantanos, zonas luminosas y zonas oscuras que ya no lo serán más.

- Veo que largo y agotador ha sido tu viaje, entra en mi casa y come algo -le ofreció Jesré-aser.

- Agradezco tu hospitalidad pero prefiero permanecer aquí. Muchas cosas perturban mi corazón ahora -respondió Daniel sin mirar a Jesré-aser.

- Como quieras amigo, si quieres entrar sólo tienes que llamar a la puerta -dijo Jesré-aser después de lo que entró en la casa.

Daniel permaneció fuera, contemplando como la oscuridad de la noche caía sobre el valle de la luz.

CAPÍTULO 43

El valle de la luz despertó temprano. Se preparaba a toda prisa la boda que tendría lugar aquella misma tarde. La gente deseaba que aquella boda trajera paz y estabilidad al valle, que esa nueva unión contribuyera a borrar el dolor por las muertes de casi mil hombres en la batalla junto al castillo real.

Tirsé se encontraba en el castillo real; la noche anterior había ordenado una férrea vigilancia sobre el castillo para que nadie entrara ni saliera, una vigilancia que se había llevado a cabo en el interior del castillo y sus alrededores.

Shuré llegó precipitadamente a donde estaba Tirsé.

- ¡La princesa ha escapado! -anunció el jefe de los guardias reales.
- ¡Ineptos! ¡Os dije que la vigilarais! -exclamó Tirsé muy enfadado.
- Puse a dos hombres en la entrada de su puerta y otros dos en los jardines que se encuentran bajo la ventana de su habitación -explicó Shuré-. No sé qué puede haber ocurrido.
- Hablemos con los hombres que vigilaban esas posiciones y también con los que se encontraban fuera del castillo -concluyó Tirsé.

Daniel contemplaba el amanecer, la luz del sol inundaba los prados que se distinguían desde ese lugar. Había permanecido allí por toda la noche sin dormir, sin comer y sin tan solamente sentarse; no concebía su vida sin Shela y no soportaba más el dolor que le causaba el pensar que la obligarían a casarse con Tirsé.

Daniel observó a alguien a lo lejos corriendo por un prado verde, la persona vestía unas ropas exquisitas, unas delicadas ropas de color marfil con adornos dorados. Daniel supo que era Shela desde el mismo momento en que la vio y echó a correr a su encuentro. Ambos se encontraron y se abrazaron, se besaron y lloraron de alegría.

- Nada podrá separarme de ti -afirmó Shela-. Ni la torre más alta ni la mazmorra más profunda apagará mi amor. Moriré antes de vivir sin ti, mi mundo eres tú.
- Las estrellas no brillaron anoche porque conmigo tú no estabas pero eso nunca más volverá a ocurrir. Junto a ti nada temo; ningún mal, ningún enemigo es suficientemente fuerte como para ahogar nuestro amor -dijo Daniel emocionado.

Daniel y Shela permanecieron por un largo rato abrazados sobre la verde pradera. La luz del sol fulguraba en el valle de la luz después de mucho tiempo.

Tirsé y Shuré pedían explicaciones a los guardias reales que se encontraban vigilando la noche anterior la puerta de la habitación de Shela.

- ¿Qué ocurrió anoche? -inquirió Tirsé con un tono muy enfadado.

- Nosotros permanecemos toda la noche alerta en nuestro puesto de vigilancia, no pudo salir por aquí - afirmó uno de ellos.

Tirsé miró con rostro inquisitivo al otro guardia.

- La joven no atravesó la puerta en toda la noche, permanecemos despiertos todo el tiempo -concordó el otro.

Tirsé y Shuré interrogaron a los guardias que vigilaron los jardines de palacio que quedaban debajo de la habitación de Shela.

- ¿Hubo algo anormal durante vuestra vigilancia de anoche? -preguntó Shuré.

Los guardias reales se quedaron pensativos durante un momento.

- Sí -recordó finalmente uno de ellos-. La princesa Kimal salió a los jardines de palacio; parecía perdida, por lo que le dije que la llevaría a su habitación de nuevo. La niña pareció asustarse y corrió hacia lo profundo de los jardines, yo corrí tras ella pero se ocultó de tal forma que no la encontraba.

- Entonces yo también acudí a buscarla -le interrumpió el otro guardia-. Después de algunos minutos sin encontrarla pasó corriendo y entró en el castillo, entonces retomamos nuestra posición.

- ¡Sois unos inútiles! -gritó Tirsé dirigiéndose a los dos guardias reales-. Quedáis fuera de la guardia real desde este mismo momento.

Los dos guardias salieron del castillo y se dirigieron hacia Somper.

Tirsé meditó en lo ocurrido. Estaba seguro de que Shela había enviado a Kimal para que distrajera a los guardias reales, para de esta forma escapar de alguna manera por la ventana.

Daniel y Shela seguían en un prado cercano al bosque de los orcires cuando divisaron a lo lejos un anciano que, cubierto por largas ropas oscuras, se dirigía hacia ellos con paso torpe. Shela lo miraba con recelo, Daniel sin embargo se dispuso a ir hacia él.

- Ten cuidado, puede ser un enviado de Tirsé -le advirtió Shela.

- Su caminar es sincero -respondió Daniel-. Ven conmigo.

Daniel y Shela anduvieron hasta encontrarse con el anciano. Daniel reconoció el rostro de este.

- ¡Usted es el sabio mayor del Keshtal! -exclamó Daniel sorprendido.

- Lo era muchacho, lo era cuando se te comisionó la misión de destruir la piedra plateada y, aunque sé que tu amor por Shela prevaleció ante la comisión que te dimos, me alegro de que finalmente fuera así pues la piedra plateada finalmente fue destruida y ambos habéis regresado -explicó Umser.

- Sí, pero he sido desterrado del valle y Shela fue prometida a Tirsé; con toda seguridad pronto acudirán en su búsqueda -se lamentó Daniel.

- La maldad gobierna el valle. Tirsé ha heredado las sombras dejadas por los mendhires. Él fue quien mató a tu padre e hizo lo necesario para que pareciera la obra de un rebelde -le confesó Umser a Shela.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Shela, el hombre que había asesinado a su padre y conspirado contra él se encontraba ahora rigiendo sobre el valle de la luz. Ahora estaba en el castillo junto a su madre y su hermana pequeña y temía que hiriera a Kimal por ayudarle a escapar.

- Tu padre deseaba que se suprimiera la pena de muerte en cuanto los mendhires fueran destruidos; sabía que las gentes del valle son pacíficas por naturaleza, pero la maldad de los mendhires entró en ese hombre en algún momento y si no se le da muerte él se encargará de extenderla por todo el valle de la luz -informó Umser.

- ¡Yo le daré muerte! -exclamó Daniel desenvainando su espada-. ¡Yo vengaré la muerte del rey!

- No será sencillo -confesó Umser-. Sólo yo conozco la traición de Tirsé, yo oí lo que ocurrió desde la planta alta del castillo, pero no pude acudir en ayuda del rey. Mi andar es torpe y tuve que alejarme del castillo porque de lo contrario Tirsé de seguro hubiera acabado con mi vida. Tenemos una oportunidad, debo anunciar los hechos cuando el pueblo esté congregado, de lo contrario no tendrás oportunidades de darle muerte ya que los guardias reales lo protegerán.

- Muy probablemente lo harán de todas maneras -opinó Daniel.

- Sí, pero es la única oportunidad que tenemos. Shela debe volver al castillo real y acudir a la boda, yo me encargaré de estar allí en lugar del sabio mayor del Keshtal y sacar a la luz la conspiración -dijo Umser.

- Tengo miedo -confesó Shela abrazándose a Daniel.

- Debemos cumplir con nuestro papel -le susurró Daniel al oído-. Cuida de tu hermana y tu madre para que no les pase nada. Todo habrá acabado esta noche.

- Los guardias ya deben de estar buscándote -le indicó Umser a Shela-. Si tan solo tuviéramos un medio para que pudieras llegar rápidamente al castillo y no levantar tantas sospechas...

Oyendo esto Daniel comenzó a clamar con voz fuerte.

- ¡Ismael! ¡Ismael! -repitió varias veces tras lo que esperó en silencio.

El viento trajo un sonido de aleteo, finalmente una figura se distinguió en lo alto del cielo; era el vasstor que llegó rápidamente a donde estaban.

- Por favor, lleva a Shela hasta el bosque que hay junto al castillo real -le pidió Daniel al animal.

Shela montó en el vasstor, el animal emprendió el vuelo y se alejó en el horizonte.

- Vamos Daniel, mucho camino nos queda todavía -lo instó Umser.

CAPÍTULO 44

Tirsé entró en el cuarto de Kimal. Ella se encontraba jugando sobre el suelo de la habitación con pequeñas piedras.

- Anoche te diste una vuelta por los jardines ¿verdad? -inquirió tratando de conseguir una confesión de ella.

- Sí -respondió Kimal mientras seguía jugando.

- ¿Sabes? Las niñas deben dormir por las noches, si salen de sus cuartos les pueden pasar cosas horribles -exclamó Tirsé mirándole fijamente a los ojos.

El rostro de Kimal reflejaba miedo por las palabras y el gesto de Tirsé.

- Alguien te dijo que fueras a los jardines ¿verdad Kimal? -dijo Tirsé.

- No, fui porque quise -contestó Kimal sin mirarle al rostro.

Tirsé comenzaba a ponerse nervioso. Deseaba golpear a Kimal y conseguir por la fuerza oír lo que quería.

- A las niñas que no cuentan la verdad les pasan cosas malas, recuérdalo -le amenazó Tirsé antes de salir de la habitación.

El vasstor dejó a Shela en el bosque que se encontraba junto al castillo. Ella corrió y entró en el castillo rápidamente. Shela se cruzó con Tirsé en las escaleras.

- ¿Dónde estabas? -inquirió Tirsé sorprendido de encontrarla allí.

- Necesitaba pensar y sentí que debía salir -respondió Shela seria.

- Salir del castillo no es seguro, muchos enemigos acechan más allá de estas murallas -dijo Tirsé.

Shela continuó subiendo las escaleras y se dirigió a su habitación, sus criadas esperaban allí ansiosas para prepararla para la gran boda.

Ya avanzada la tarde, cuando el sol comenzaba a descender partieron dos carrozas desde el castillo real en dirección a Somper. Una de ellas llevaba a Tirsé y Shuré, mientras que en la otra viajaban Shela, Kimal y Ashla, quien permanecía ajena a todo.

Algunos minutos después llegaron a la plaza mayor de Somper; allí, junto al Keshtal una gran multitud esperaba a los novios. Tirsé descendió de la carroza y se dirigió al centro de la plaza, Shuré lo acompañaba en todos sus movimientos. Frente a ellos se hallaba una plataforma, sobre la que el

sabio mayor los daría en matrimonio.

La segunda carroza llegó poco después; Shela descendió de ella vestida por un precioso vestido largo de color blanco con encajes florales a la altura del cuello y de las mangas. Su rostro se veía luminoso y hermoso a la vez que tenso y preocupado. Daniel permanecía oculto en el Keshtal observando a Shela a través de una pequeña ventana; difícilmente se podía contener allí; sufría un tortuoso esperar que le parecía que nunca tendría fin. Las multitudes aclamaban a los novios y vitoreaban la unión que iba a tener lugar.

Shela llegó a donde Tirsé la esperaba. Este trató de tomar su mano pero ella se alejó ligeramente de él. Tirsé reprimía su cólera como podía; deseaba que la boda terminara para gobernar sobre todos y especialmente sobre Shela.

El anciano mayor salió del Keshtal y subió a la plataforma.

- Hoy tendrá lugar la unión de esta pareja, Tirsé y Shela quienes con su unión asegurarán la descendencia real en el valle de la luz. Es un día para regocijarnos y alegrarnos por todo lo que este enlace significa para nuestra tierra -declaró el anciano mayor.

Shela miraba nerviosamente en todas direcciones, no veía a Daniel ni a Umser por ningún lado y le aterraba la idea de que la boda tuviera lugar.

- Antes de continuar con la ceremonia un hombre muy sabio nos dirá unas palabras -anunció el sabio mayor bajando de la plataforma.

Umser salió del Kesthal, anduvo hasta la plataforma y subió a ella con mucho trabajo. Tirsé no se esperaba verlo allí, no lo había vuelto a ver después de la batalla, pero de todas maneras no guardaba sospecha alguna de él.

- Ciudadanos del valle -comenzó Umser con voz fuerte-. El hombre que se encuentra ante vosotros no es quien pensáis.

Tirsé se puso nervioso y miró en todas direcciones, la tensión era evidente en el ambiente. Shela se alejó disimuladamente de él.

- Tirsé, hijo de Meltaré conspiró contra el rey y le dio muerte -confesó Umser.

- ¡Cállate viejo mentiroso! -gritó Tirsé interrumpiendo a Umser.

- Yo estaba en el castillo cuando él atravesó a nuestro rey Tander con la espada. Merece la muerte por el hecho infiel que cometió -exclamó Umser con voz fuerte ante el pueblo.

- ¡Derribadlo! -ordenó Tirsé a los arqueros que se encontraban rodeando la plaza.

Ninguno de los arqueros se atrevió a lanzar una flecha contra Umser, todos conocían al hombre que por mucho tiempo había sido el sabio mayor y se había ganado el respeto de todos los habitantes del valle.

Viendo que ninguno tomaba acción Tirsé desenvainó su espada y corrió hacia Umser para matarlo. Daniel salió del Keshtal y se interpuso en el camino de Tirsé.

- ¡Extranjero desterrado has firmado tu sentencia a muerte! -exclamó Tirsé-. ¡Matad al extranjero!

- Es Tirsé quien debe morir. ¡Él asesinó al rey legítimo del valle de la luz! -replicó Umser.

La indecisión se adueñó de todos: ni los arqueros, ni los guardas reales, ni ningún hombre de la muchedumbre se atrevía a tomar acción contra un bando u otro. Finalmente Shuré desenvainó su espada y se dirigió hacia Daniel con la intención de atacar.

- Detente Shuré -le ordenó Umser cuando ya se encontraba cerca de Daniel-. Sé que eres un hombre fiel, pero has servido al hombre equivocado. Tira la espada a tierra y no se hallará mal sobre ti.

Shuré se detuvo y, tras algunos segundos de indecisión, arrojó la espada al suelo.

- ¡Traidor! -gritó Tirsé mientras clavaba su espada en la espalda de Shuré.

Se formó un gran revuelo, Tirsé se dio a la fuga en un caballo, Daniel fue tras él en otro y los guardias reales acudieron en la ayuda de Shuré.

Por largo rato galoparon los caballos de Tirsé y Daniel, pasaron incluso la casa de Jesré-aser. Poco después de entrar en el bosque el caballo de Daniel cayó al suelo, agotado por el esfuerzo. Daniel se bajó y trató de seguir corriendo a Tirsé, a pesar de que el caballo de este se encontraba también muy cansado logró dejar atrás a Daniel, quien vio como Tirsé se alejaba en dirección a lo profundo del bosque.

Daniel no se dio por vencido y continuó corriendo durante varias horas más. La oscuridad de la noche había caído ya con todo su peso sobre el valle de la luz. Sólo la luz de la luna y de algunas estrellas penetraba débilmente entre las ramas de los árboles.

Poco después Daniel llegó hasta un pequeño ascenso; el caballo de Tirsé se hallaba dormido sobre la hierba. Una pared vertical de unos tres metros de altura se hallaba ante él; Daniel consiguió encaramarse a ella sin muchos problemas y observó el lugar que se abría ante él: Multitud de pequeñas cuevas se encontraban en una especie de llano que, sin apenas árboles quedaba resguardado de la visión general que se tenía desde el bosque. La luz de la luna iluminaba una pequeña extensión circular en la que se encontraba Tirsé tirado en el suelo, malherido e inconsciente. Alrededor de él

multitud de orcires emitían sus peculiares sonidos, algunos bailaban alrededor del hombre, otros parecían pelearse por él, otros cuantos torturaban a Tirsé clavándole pequeños cristales a la altura de las piernas, los brazos y la cara.

«Nadie se merece semejante castigo» se dijo Daniel mientras la indignación se hacía patente en su corazón. Sabía que Tirsé merecía la muerte pero la inimaginable crueldad de los orcires escapaba a su comprensión. Después de destruir la piedra plateada y acabar con los mendhires Daniel se entristecía al ver que la maldad aún habitaba en aquel mundo.

Tirsé volvió al conocimiento, desgarradores gritos de dolor, provocados por las torturas de los orcires salían de su boca. Le arrancaban el pelo, le quemaban la piel y le cortaban la carne con piedras afiladas. Daniel no pudo soportar más la situación y se dirigió hacia donde se encontraban esas malévolas criaturas. Al verlo los orcires se volvieron hacia donde se encontraba Daniel y quedaron paralizados, mirándolo fijamente mientras emitían sus ruidos. Uno de ellos se le acercó y comenzó a hablarle con una extraña voz.

- ¿Quién piensas que eres para profanar la ciudad orcir? -inquirió el ser con su peculiar acento.

- Vuestra maldad es muy grande, no hay lugar en este mundo ya para seres como vosotros -afirmó Daniel.

El orcir comenzó a reírse, una risa cuyo sonido daba escalofríos hasta al hombre más valiente; una risa en la que se sentía toda la maldad de esas criaturas.

- El sufrimiento de él -declaró el orcir señalando a Tirsé-, será ínfimo en comparación con el que tú experimentarás.

Tras decir esto los orcires se abalanzaron sobre Daniel, quien sintió una sensación muy similar a cuando combatió con los mendhires en la fortaleza de las tinieblas; cada vez que un orcir lo tocaba una gran fuerza salía él.

Varios minutos después Daniel observó a su alrededor, todos los orcires se hallaban muertos sobre el suelo. Daniel acudió donde yacía Tirsé quien estaba ya moribundo.

- Yo podía haber sido alguien, habría gobernado sobre el valle -exclamó Tirsé casi sin voz. Daniel lo escuchaba en silencio.

- Pero por ti... por ti todo se acabó. Si tan solo hubiera visto la piedra plateada una vez... Él me contó cuan esplendorosa era su apariencia, pero ya nunca la veré, ni siquiera una vez -se lamentó Tirsé justo antes de expirar.

CAPÍTULO 45

Habían pasado varias semanas desde la muerte de Tirsé. El alba despuntaba en el valle de la luz, la luz del sol comenzaba a iluminar el castillo real, donde Ashla, asomada por una ventana, miraba hacia Somper. En los jardines de palacio algunas personas visitaban un monumento en recuerdo de los guerreros olvidados. Pocos andaban por las calles de las poblaciones del valle a hora tan temprana.

Jesré-aser cortaba la leña para algunos hombres que habían acudido a su casa para comprarla.

Los arroyos corrían pacíficos por todo el valle; la vida fluía alrededor de ellos. La paz volvía a estar sobre el valle de la luz.

En la llanura de Misbaral, bajo la cumbre nevada de Kirsell, se encontraba una casa. Junto a su puerta Daniel y Shela contemplaban el bello amanecer que se divisaba en el horizonte.

- Te amo -susurró Shela en el oído de Daniel.

Daniel miró a los ojos azules de Shela, una lágrima corrió por su mejilla.

Esta obra está bajo una licencia Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.5 España de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/es/> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbott Way, Stanford, California 94305, USA.